

Albert Memmi

RETRATO DEL COLONIZADO

precedido por el
RETRATO DEL COLONIZADOR

Prólogo:
JEAN-PAUL SARTRE



EDICIONES DE LA FLOR

Nota del editor a la segunda edición francesa

El destino de este libro ha sido singular. Escrito antes de la guerra de Argelia,¹ describía con precisión la fisonomía y la conducta del colonizador y el colonizado, y el drama que los ligaba entre sí. De la rigurosa pintura de este dúo, concluía que no había otra salida en la colonización que su destrucción y la independencia de los colonizados. A los espíritus aún poco dispuestos a esta solución radical les pareció delirante, inclusive a los de izquierda. Un gran semanario parisiense, que avanzó bastante desde entonces, anotaba con espanto: "Habría que felicitar a los dirigentes de los pueblos colonizados sean hombres de acción y no filósofos. Bourguiba, Mohammed V, Houphouët Boigny, Allal el Fassi, emplean otro lenguaje y tienen otra concepción de los intereses de sus pueblos".

Luego, los acontecimientos se precipitaron en Argelia, en África negra y en otros lugares. Y todo lo que Memmi había descrito y predicho se reveló exacto, inclusive las breves y densas páginas del final, donde anunciaba las primeras reacciones de los colonizados una vez obtenida la independencia. Poco a poco se toma la costumbre de referirse más o menos abiertamente a este texto, que ha servido de modelo o punto de partida a docenas de otros. Para todos aquellos que quieren comprender las relaciones entre colonizador y colonizado, devino algo así como un clásico.²

¹ Los primeros fragmentos de la obra aparecieron en abril de 1957 en *Les Temps Modernes* y en *Esprit*.

² Ni se soñaría, por ejemplo, que el *Retrato del colonizado* apareció inclusive antes que los grandes libros del malogrado Franz Fanon, excepto *Piel negra, máscaras blancas*.

Título del original: *Portrait du colonisé*

© J. J. Pauvert Editeur, París, 1966

Traducción: J. Davis

Tapa: Carlos Boccardo

Novena edición: marzo de 2001

© 1969 by Ediciones de la Flor S.R.L.

Gorriti 3695, 1172 Buenos Aires, Argentina

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

ISBN 950-515-301-5

Hoy en día se lo comenta en varias facultades, particularmente en las universidades negras. Léopold Sédar Senghor, presidente de la República del Senegal y poeta renombrado, escribió: "El libro de Albert Memmi constituirá una especie de documento al cual los historiadores de la colonización deberán referirse...". Y Alionne Diop, presidente de la Sociedad Africana de Cultura, expresó "Consideramos que este Retrato es la mejor de las obras conocidas sobre la psicología colonial". Puede leerse finalmente el prefacio de Jean-Paul Sartre, donde afirma que en este libro "todo está dicho".

Así como dedicó la edición neoyorkina de la obra a los negros norteamericanos, el autor consideró necesario ofrecer esta nueva edición francesa a los canadienses franceses. No se trata aquí de simples gestos de solidaridad. Si se tiene el cuidado de completar la lectura del Retrato del colonizado con la del Retrato de un judío, se verá que Memmi, además, ha revelado los mecanismos comunes a la mayoría de las opresiones en todo el mundo. A través de la diversidad de las experiencias vividas, reaparecen los mismos temas, las mismas actitudes y las mismas conductas. "En tanto hombre de color que ha vivido la experiencia racial en los Estados Unidos", le escribía un escritor norteamericano, "me resulta fácil identificarme con el colonizado. Reconozco también sin dificultad el paralelismo entre la mentalidad del colonizador y la actitud racista de los blancos de mi país...". Y ésta será, en definitiva, la verdadera originalidad histórica de esta obra: más allá de la exactitud de los diferentes rasgos que componen las fisonomías de colonizador y colonizado, el mérito del autor finca en haber mostrado la coherencia de cada figura, así como la necesidad de la relación que encadena entre sí a los dos protagonistas de toda opresión: "La colonización fabrica colonizados del mismo modo que fabrica colonizadores".

Prefacio del autor a la edición de 1966

Esta nueva edición está dedicada a mis amigos canadienses franceses porque quieren ser canadienses y franceses.

Mentiría si dijera que había percibido desde un comienzo toda la significación de este libro. Tenía escrita una primera novela, La estatua de sal, que narraba una vida, la de un personaje piloto, para tratar de dirigirme en la mía. Pero la imposibilidad que se me hizo evidente, por el contrario, de una vida de hombre realizada en África del Norte en aquella época, me condujo a intentar una salida por medio del matrimonio mixto. Esto fue Agar, que finalizó con otro fracaso. Fundaba yo entonces grandes esperanzas sobre la pareja, que aún ahora me parece una de las dichas más sólidas del hombre; quizá la única solución verdadera a la soledad.

Pero acababa de descubrir igualmente que la pareja no es una célula aislada, un oasis de frescura y de olvido en medio del mundo; por el contrario, el mundo entero estaba en la pareja. Ahora bien, para mis desgraciados héroes, el mundo era el de la colonización; y si yo quería entender el fracaso de su aventura, la de una pareja mixta en la colonia, debía entender primero al colonizador y al colonizado y quizás inclusive a toda la relación y la situación coloniales. Todo eso me arrastraba bastante lejos de mí mismo y de mis dificultades para vivir; pero la explicación retrocedía siempre ante mí, y sin saber aún dónde iba a terminar, y sin la pretensión de abarcar totalmente una condición tan compleja, me hacía falta al menos encontrar un límite a mi angustia.

Mentiría igualmente entonces si pretendiera que este Retrato con que acabé trazando una de las mayores opresiones de nuestro tiempo, tendía primero a pintar al Oprimido en general. Algún día, ciertamente, terminaré por dar ese retrato

general del Oprimido. Pero, precisamente, lo querría realmente general; es decir un retrato-síntesis, por sobreimpresión de varios inventarios concretos, de varios retratos particulares de diferentes oprimidos. Me parece que un retrato del oprimido en general supone a todos los otros; no los prefigura, como lo creen ciertos filósofos, que toman sus construcciones por creaciones ideales de su espíritu, provistos de las cuales irían al campo de lo real, siendo que, en la mayoría de los casos, son estilizaciones inconfesadas de lo real.

En todo caso, por aquella época yo no tenía la intención de pintar a todos los oprimidos, ni siquiera a todos los colonizados. Yo era tunecino, y en consecuencia, colonizado. Descubrí que pocos aspectos de mi vida y mi personalidad no habían sido afectados por este hecho dado. No sólo mi pensamiento, mis propias pasiones y mi conducta, sino también la conducta de los otros a mi respecto. Joven estudiante que llegaba a la Sorbona por primera vez, los rumores me inquietaban: ¿Tenía derecho yo, como tunecino, a presentarme a concurso para la cátedra de Filosofía? Fui a ver al presidente del jurado: "No es un derecho, me explicó..., es un voto". Hesité, jurista buscando las palabras exactas: "Pongamos que es un voto colonial". Aun ahora no he comprendido qué significaba eso en realidad, pero no pude sacarle nada más y puede imaginarse con qué tranquilidad de espíritu trabajé en adelante. En resumen, empecé este inventario de la condición del colonizado en primer lugar para entenderme a mí mismo e identificar mi lugar en medio de los demás hombres. Fueron mis lectores, que no eran todos tunecinos ni mucho menos, los que me convencieron más tarde de que este Retrato era también el de ellos. Los viajes, las conversaciones, las confrontaciones y las lecturas me confirmaron, a medida que avanzaba, que lo que había descripto era la suerte de una multitud de hombres alrededor del mundo.

Descubrí al mismo tiempo, en resumen, que todos los colo-

nizados se parecen, debía comprobar luego que todos los oprimidos se parecen en alguna medida. No había llegado todavía a pensar eso y por prudencia, tanto cuanto porque mis preocupaciones eran otras, preferí diferir esta conclusión que hoy tengo por innegable. Pero tantas personas diferentes se reconocen en este retrato que no puedo ya pretender que sea sólo el mío, o el del colonizado tunecino, o inclusive norafricano. En alguna medida en todos lados, me informaron, las policías coloniales secuestraron el libro en las células de los militantes colonizados.

Estoy persuadido de que yo no les aportaba nada nuevo, nada que ya no supieran, que ya no hubieran vivido. Pero supongo que al reconocer sus propias emociones, sus rebeliones y sus reivindicaciones, éstas les parecerían más legítimas. Y sobre todo, cualquiera fuere la fidelidad de esta descripción de nuestra experiencia común, es probable que esa fidelidad los haya sacudido menos que la coherencia que les proponía. Cuando la guerra de Argelia estuvo a punto de estallar y luego estalló, yo predije para mí la dinámica probable de los acontecimientos y luego me atreví a anunciarla. La relación colonial que yo había intentado precisar, encadenaba a colonizador y colonizado en una especie de dependencia implacable, daba forma a sus rostros y dictaba sus conductas. Del mismo modo que existía una evidente lógica en el comportamiento recíproco de los dos protagonistas de la colonización, otro mecanismo, que se desprendía del anterior, iba a proceder inexorablemente, según yo pensaba, a la descomposición de esta dependencia. Los acontecimientos argelinos confirmaron ampliamente este esquema, que he verificado tan frecuentemente después, en el estallido de otras situaciones coloniales.

En todo caso, la multitud de hechos que había vivido desde la infancia, a menudo incoherentes o contradictorios en apariencia, se organizaban así en constelaciones dinámicas. ¿Có-

mo podía el colonizador a la vez, cuidar a sus obreros y ametrallar periódicamente a una multitud de colonizados? ¿Cómo podía el colonizado rechazarse tan cruelmente y reivindicarse de una manera tan excesiva, todo al mismo tiempo? ¿Cómo podía a un tiempo detestar al colonizador y admirarlo apasionadamente (esa admiración que, a pesar de todo, sentía en mí)? Era esto, sobre todo, lo que yo mismo necesitaba: poner orden en mis sentimientos y mis pensamientos, y posiblemente armonizar mi conducta. En verdad, por temperamento y por educación necesitaba hacerlo con rigor y perseguir las consecuencias tan lejos como fuera posible. Si me hubiera detenido por el camino, si no hubiera tenido en cuenta todos los hechos, si no hubiera intentado tornar coherentes entre sí todos estos materiales hasta reconstruirlos en retratos y hasta que estos retratos se correspondieran entre sí, no habría conseguido convencerme, y habría quedado insatisfecho, particularmente de mí mismo. Pero comencé a entrever al mismo tiempo en qué medida podía apuntalar a los hombres en lucha la simple descripción, si bien rigurosa, ordenada, de sus miserias, de su humillación y de su condición objetiva de oprimidos. Y cuán explosiva podía resultar la revelación al foco de la conciencia tanto del colonizado cuanto del colonizador, de una situación explosiva por naturaleza. Como si develar esa especie de fatalidad de sus respectivos itinerarios tornara la lucha de uno cada vez más necesaria y la acción dilatoria del otro más desesperada. En una palabra, el libro se me había escapado de las manos. ¿Debo confesar que eso me asustó un poco? Tras los colonizados explícitos, los argelinos, los marroquíes o los negros africanos, comenzaron a reconocerlo, reivindicarlo y utilizarlo otros hombres dominados de una u otra forma, como ciertos sudamericanos, los japoneses o los negros norteamericanos. Los últimos en el tiempo fueron los canadienses franceses, que me hicieron el honor de creer encontrar allí numerosos esquemas de su propia alienación. Yo no podía sino verlo

vivir con asombro, con la inquietud mezclada de orgullo con que un padre ve adquirir a su hijo una fama en la cual el escándalo se mezcla con los aplausos. Esto no fue beneficioso del todo, ya que tanto alboroto impidió ver, por el contrario, varios pasajes que yo estimaba particularmente. Así, los desarrollos sobre lo que he llamado el complejo de Nerón; la descripción del hecho colonial como condición objetiva, que se impone a los dos protagonistas de la colonización; o esa tentativa de una definición del racismo en relación con la dominación de un grupo por otro; o, inclusive, el análisis de los fracasos de la izquierda europea, y particularmente de los partidos comunistas, por haber subestimado el aspecto nacional de las liberaciones coloniales; y sobre todo, por encima de un bosquejo que quise hacer tan depurado como fuera posible, la importancia, la riqueza irreemplazable de la experiencia vivida.

Porque quiero seguir pensando, a pesar de todo, que lo que premia a esta empresa, al menos a mis ojos, es su modestia y su particularidad iniciales. De modo que nada en este texto ha sido inventado o supuesto, o siquiera extrapolado peligrosamente. Se trata siempre de una experiencia, a la que se ha dado forma y estilizado, pero siempre subyacente detrás de cada frase. Y si he consentido finalmente este aspecto general que ha terminado por adquirir, es precisamente porque sé que podría hacer corresponder hechos múltiples y perfectamente concretos a cada línea, a cada palabra.

Así, se me ha reprochado no haber construido íntegramente mis Retratos sobre una estructura económica. Sin embargo —y lo he repetido bastante— la noción de privilegio está en el corazón de la relación colonial. Privilegio económico, sin duda alguna y aprovecho la ocasión para reafirmarlo con intensidad: el aspecto económico de la colonización es fundamental para mí. ¿No se inicia el libro acaso por una denuncia de la pretendida misión moral o cultural de la colonización y

exhibiendo que la noción de lucro le es esencial?¹ ¿No he subrayado a menudo acaso, que numerosas carencias del colonizado son el resultado casi directo de las ventajas que el colonizador encuentra allí? ¿No vemos acaso, aún hoy, que ciertas descolonizaciones se efectúan tan a duras penas porque el ex colonizador no ha renunciado realmente a sus privilegios e intenta recuperarlos solapadamente? Pero el privilegio colonial no es únicamente económico. Cuando se ve vivir a colonizador y colonizado, se descubre rápidamente que la humillación cotidiana del colonizado y su aplastamiento objetivo no son solamente económicos; el triunfo permanente del colonizador no es sólo económico. El pequeño colonizador, el colonizador pobre, se creía igualmente superior al colonizado, y en algún sentido lo era, objetivamente, y no sólo en su imaginación. Y esto también formaba parte del privilegio colonial. No está en discusión el descubrimiento marxista de la importancia de la economía en toda relación opresiva. Pero esta relación contiene otros rasgos que he creído descubrir en la relación colonial.

Pero, se dirá aún: en último análisis, todos estos fenómenos ¿no se convierten en un aspecto económico más o menos oculto? o más aún, el aspecto económico, ¿no es acaso el factor primero, el motor de la colonización? Es probable; ni siquiera es seguro esto. En el fondo, ni siquiera sabemos completamente qué es el hombre en definitiva, qué le es esencial, si el dinero, o el sexo, o el orgullo, si el psicoanálisis tiene razón frente al marxismo, o si esto depende de los individuos y de las sociedades. Y de todos modos, antes de llegar a este análisis último, he querido mostrar toda la complejidad de la realidad vivida por colonizado y colonizador. Tanto el psicoanálisis cuanto el marxismo no deben, so pretexto de haber descubierto el resor-

te fundamental o uno de los resortes de la conducta humana, descartar todo lo humano vivido, todos los sentimientos, todos los sufrimientos, todos los giros de la conducta, para no ver allí sino la búsqueda del lucro o el complejo de Edipo.

Tomaré un ejemplo más, que probablemente me perjudicará. (Pero así es como concibo mi papel de escritor: inclusive contra mi propio personaje.) Este Retrato del colonizado que es entonces, en buena medida el mío, es precedido de un Retrato del colonizador. ¿Cómo me he permitido entonces, teniendo tal preocupación por la experiencia vivida, trazar igualmente el retrato del adversario? He aquí una confesión que aún no había hecho: en verdad, conozco al colonizador casi igualmente bien, y desde adentro. Me explicaré: he dicho que era de nacionalidad tunecina; como todos los demás tune-cinos era tratado en consecuencia como ciudadano de segunda clase, privado de derechos políticos, impedido de acceder a la mayor parte de los cargos públicos, bilingüe de cultura durante largo tiempo incierta, etc.... en resumen, me remito al Retrato del colonizador. Pero yo no era musulmán, y esto, en un país donde tantos grupos sociales están próximos entre sí, pero cada uno estrechamente celoso de su fisonomía propia, tenía un significado considerable. Para simplificar, digamos que el judío participaba tanto del colonizador cuanto del colonizado. Si bien era innegablemente un indígena como se decía, lo más cerca posible del musulmán por la insostenible miseria de sus pobres, por la lengua materna (mi propia madre nunca aprendió el francés), por sensibilidad y costumbres, el gusto por la misma música y los mismos perfumes, por una cocina casi idéntica, por el contrario y a pesar de ello intentaba con pasión identificarse con el francés. En un gran impulso que lo llevaba hacia Occidente, que le parecía el parangón de toda civilización y toda cultura verdaderas, volvía alegremente la espalda al Oriente, elegía irrevocablemente la lengua francesa, se vestía a la italiana y adoptaba con deleite hasta los tics

¹ "La colonización es, en primer lugar, una explotación político-económica". (Pág. 146).

de los europeos. (En lo cual, por lo demás, trataba de realizar una de las ambiciones de todo colonizado antes de pasar a la rebelión.) Mejor aún, o peor, como se quiera, en esta pirámide de tiranuelos que he tratado de describir y que constituye el esqueleto de toda sociedad colonial, el judío se encontraba exactamente un escalón más arriba que su conciudadano musulmán. Su privilegio era irrisorio, pero bastaba para darle algo de orgullo y para hacer que esperase no ser asimilado a la masa de los colonizados musulmanes que forma la base última de la pirámide. Esto bastó igualmente para que se sintiera amenazado el día en que el edificio empezó a moverse; se lo ha visto claramente en las barricadas de Argelia donde numerosos judíos dispararon brazo con brazo con los pieds-noirs. Lo cual, dicho sea de paso, no me ha facilitado nada mis relaciones con mis correligionarios desde que se me ocurrió apoyar a los colonizados. En resumen: si de todos modos me ha parecido necesario denunciar la colonización a pesar de no haber sido tan pesada para los míos, he conocido los movimientos contradictorios que han agitado sus almas. ¿Acaso no latía mi propio corazón a la vista de la banderita azul-blanca-roja de los barcos de la Compañía General Transatlántica que unían Marsella con el puerto de Túnez?

Lo que antecede es para decir que este Retrato del colonizador era también, en parte, el mío; un retrato en proyección, digamos, en el sentido de los geómetras. Para trazar el del colonizador benévolo en particular, me he inspirado en un grupo de profesores de filosofía de Túnez, mis colegas y amigos, cuya generosidad estaba fuera de toda duda; como estaba fuera de toda duda su impotencia, su imposibilidad de hacerse oír por quienquiera fuese en la colonia. Ahora bien: era entre ellos donde yo me sentía mejor. Desde que me esforzaba por desmontar los mitos propuestos por la Colonización, ¿podía acaso aprobar complacientemente los contramitos surgidos en el seno del colonizado? No podía sino sonreír con

ellos ante su afirmación, insegura, de que la música andaluza era la más hermosa del mundo; o, por el contrario, de que el europeo era inmensamente duro y malvado: dando como prueba la forma en que maltrataba a sus hijos. Pero el resultado de esto era la sospecha del colonizado a pesar de la inmensa buena voluntad de ellos a su respecto y puesto que ya habían sido infamados por la comunidad francesa. Claro que todo eso yo lo conocía demasiado: sus dificultades, su necesaria ambigüedad y el aislamiento que de ella se derivaba, y, lo más grave de todo, su ineficacia ante la acción, eran desde hacía largo tiempo mi suerte. (Un día hice que disputaran acrememente conmigo por haber juzgado inútil y peligroso propagar el rumor, que había corrido por la Medina, de que el Representante de Francia se había vuelto loco furioso.)

¿Debo ir más lejos? En el fondo, si bien no apruebo, comprendo inclusive al pied-noir más simple de sentimientos y pensamientos. He repetido lo bastante que un hombre es lo que ha hecho de él su condición objetiva. Si yo me hubiera beneficiado más con la Colonización, me decía, ¿habría conseguido realmente condenarla con tanto vigor? Quiero esperar que sí, pero inclusive haberla sufrido apenas algo menos que los demás ya me ha tornado más comprensivo. En pocas palabras: el pied-noir más testarudo, el más ciego, ha sido, en resumen, mi hermano al tiempo de nacer. La vida nos ha tratado en forma diferente; él era reconocido como hijo legítimo de la metrópoli, heredero del privilegio que iba a defender a cualquier precio, hasta el más escandaloso; yo era un especie de mestizo de la colonización, que comprendía a todos porque no era totalmente de nadie.

Una palabra más para cerrar este nuevo prefacio ya bastante extenso. Este libro ha sido acogido con tanta inquietud y cólera cuanto entusiasmo. De un lado se ha visto en él una

insolente provocación; del otro, una bandera. Todos estuvieron de acuerdo en caracterizarlo como un arma, un útil de combate contra la colonización; en eso se ha convertido, es cierto. Pero nada me parece más ridículo que prevalerse de un coraje tomado en préstamo y de hazañas que nunca se han llevado a cabo; ya he hablado de mi relativa ingenuidad al redactar este texto; quería solamente comprender la relación colonial dentro de la cual estaba tan estrechamente enlazado. No se trata de que no haya tenido siempre esta filosofía que subyace mi investigación y que colorea de algún modo mi vida: estoy incondicionalmente contra todas las opresiones; veo en la opresión el flagelo mayor de la condición humana, que invierte y vicia las mejores fuerzas del hombre, tanto del oprimido como del opresor, como se verá más adelante: si la colonización destruye al colonizado, por otro lado pudre al colonizador. Pero no era ése exactamente mi propósito en este libro. La eficacia de este texto le ha surgido, de algún modo, genéticamente, de la sola virtud de la verdad. Es que probablemente bastaba describir con precisión el hecho colonial, la forma en que el colonizador actuaba necesariamente, la lenta e inexorable destrucción del colonizado, para poner en evidencia la iniquidad absoluta de la colonización y simultáneamente, para develar su inestabilidad fundamental y predecir su fin.

El único mérito que en consecuencia me reconozco es haber intentado, por encima de mi propio malestar, dar cuenta de un aspecto insoportable de la realidad humana, como tal inaceptable, y destinado a provocar sin cesar sacudimientos costosos para todo el mundo. En lugar de leer aún este libro como objeto de escándalo, deseo que por el contrario se lo examine con calma, porque estas conclusiones que se me han impuesto continuaban siendo espontáneamente reencontradas por muchos hombres en situaciones similares. ¿No es acaso simplemente a causa de que estos dos Retratos que he intentado trazar son nada más que fieles a sus modelos, que éstos no tienen necesi-

dad de reconocerse en el espejo que les extiende para descubrir por sí solos la conducta más eficaz en su vida miserable? Es conocida la confusión tenaz (que es uno de los signos importantes de nuestra persistente barbarie, de nuestra mentalidad desesperadamente mágica) entre el artista y su tema. En vez de irritarse con las intenciones de los escritores y de acusarlos de querer crear un desorden que ellos no hacen sino describir y anunciar, se haría mejor en escucharlos más atentamente y en tomar con más seriedad sus advertencias prematorias. Pues, finalmente, tras tantas guerras coloniales desastrosas e inútiles, cuando Francia se convierte en el campeón de la descolonización en el mundo, ¿no tengo derecho ahora a pensar que este libro hubiera podido ser igualmente útil al colonizador que al colonizado?

París, febrero de 1966.

ALBERT MEMMI

Prólogo de Jean-Paul Sartre

Solamente el Sudista tiene competencia para hablar de la esclavitud; él conoce al Negro; la gente del Norte, puritanos abstractos, conoce solamente al Hombre, que es un ente. Este bello razonamiento sirve todavía: en Houston, en la prensa de Nueva Orleans, y luego, como siempre se es el Nortista de alguien, en la Argelia “francesa”; los diarios de allí nos repiten que sólo el colono está calificado para hablar de la colonia: nosotros, metropolitanos, no tenemos experiencia; veremos la tierra ardiente de África a través de sus ojos o de otro modo no veremos sino fuego.

A las personas a quienes intimida este chantaje, les recomiendo leer el *Retrato del colonizado*, precedido por el *Retrato del colonizador*; esta vez es experiencia contra experiencia; el autor, un tunecino, ha contado en *La estatua de sal* su amarga juventud. ¿Qué es él exactamente? ¿Colonizador o colonizado? Él dirá: ni lo uno ni lo otro; ustedes quizá dirán: una y otra cosa; en el fondo, viene a ser lo mismo.

Pertenece a uno de esos grupos indígenas pero no musulmanes, “más o menos en ventaja en relación con las masas colonizadas y... rechazados... por el grupo colonizador” que sin embargo no “desalienta totalmente” sus esfuerzos por integrarse a la sociedad europea. Unidos al subproletariado por una solidaridad de hecho, separados de él por magros privilegios, sus miembros viven en una desazón perpetua. Memmi ha experimentado esta doble solidaridad y este doble rechazo: el movimiento que opone entre sí a colonos y colonizados, los “colonos que se niegan” a los “colonos que se aceptan”. La ha comprendido muy bien porque, primeramente, la ha sentido como su pro-

pia contradicción. En su libro explica claramente que estos desgarramientos del alma, puras internalizaciones de los conflictos sociales, no predisponen para la acción. Pero aquel que los sufre, si toma conciencia de ahí, si conoce sus complicidades, sus tentaciones y su exilio, puede esclarecer a los demás hablandoles de sí mismo; "fuerza desdenable en la confrontación", este sospechoso no representa a nadie; pero, puesto que es todo el mundo al mismo tiempo, constituirá el mejor testimonio.

Pero el libro de Memmi no relata; si bien está alimentado de recuerdos, los ha asimilado: es la conformación de una experiencia; entre la usurpación racista de los colonos y la nación futura que construirán los colonizados, donde "sospecha que no habrá lugar para él", trata de vivir su particularidad superándola hacia lo universal. No hacia el Hombre, que todavía no existe, sino hacia una Razón rigurosa y que se impone a todos. Esta obra sobria y clara se alinea junto a las "geometrías apasionadas": su calma objetividad proviene del sufrimiento y la cólera rebalsados.

Sin duda por esta razón puede reprochársele una apariencia de idealismo: de hecho, todo está dicho. Pero le cuestionaremos un poco el orden adoptado. Quizá le hubiera valido más mostrar al colonialista y su víctima estrangulados igualmente por el aparato colonial, esta pesada máquina construida a fines del Segundo Imperio, bajo la Tercera República y que, después de haber dado completa satisfacción a los colonizadores, se vuelve contra ellos y amenaza triturarlos. De hecho el racismo está inscripto en el sistema: la colonia vende baratos los artículos de consumo, las materias primas, y compra muy caros a la metrópoli los productos manufacturados. Este extraño comercio es provechoso para ambas partes sólo si el indígena trabaja por nada o casi nada. Este subproletariado agrícola ni siquiera puede contar con la alianza de los europeos menos favorecidos: todos viven a expensas de él, inclusive estos "pequeños colonos" a quienes los grandes propietarios explo-

tan, pero que comparados con los argelinos son todavía privilegiados: el ingreso medio del francés de Argelia es diez veces superior al del musulmán. La tensión nace de allí. Para que los salarios y el costo de la vida sean los más bajos posibles, se requiere una competencia muy fuerte entre los trabajadores indígenas, cuya tasa de natalidad se acrecienta; pero como los recursos del país están limitados por la usurpación colonial, por los propios salarios, el nivel de vida musulmán baja sin cesar y la población vive en estado de subalimentación permanente. La conquista fue lograda gracias a la violencia; la hipereplotación y la opresión exigen el mantenimiento de la violencia, y por consiguiente, la presencia del Ejército. En esto no habría contradicción si el terror reinara por todas partes sobre la tierra; pero allá en la metrópoli, el colono goza de los derechos democráticos que el sistema colonial niega a los colonizados. Es el sistema, efectivamente, el que favorece el crecimiento de la población para reducir el costo de la mano de obra, y es él mismo, aun, el que impide la asimilación de los indígenas: si tuvieran derecho a votar, su superioridad numérica haría estallar todo en un instante. El colonialismo niega los derechos humanos a hombres a quienes ha sometido por la violencia, a quienes mantiene por la fuerza en la miseria y la ignorancia, en consecuencia, como diría Marx, en estado de "subhumanidad". El racismo está inscripto en los hechos mismos, en las instituciones, en la naturaleza del intercambio y la producción; los estatutos político y social se refuerzan mutuamente: puesto que el indígena es un subhombre, la Declaración de los Derechos Humanos no le concierne; a la inversa, puesto que carece de derechos, es abandonado sin protección a las fuerzas inhumanas de la naturaleza, a las "duras leyes" de la economía. El racismo ya está allí, producido por la praxis colonialista, engendrado a cada instante por el aparato colonial sostenido por estas relaciones de producción que definen dos clases de individuos: para uno, el privilegio y la humanidad son la

misma cosa; se hace hombre por el libre ejercicio de sus derechos para el otro, su carencia de derechos sanciona su miseria, su hambre crónica, su ignorancia, en una palabra, su subhumanidad. Siempre he pensado que las ideas se dibujan en las cosas y que ellas ya están en el hombre cuando las revela y las expresa para explicarse su situación. El "conservatismo" del colono, su "racismo", las relaciones ambiguas con la metrópoli, todo está dado desde un principio, antes de que lo resucite en el "complejo de Nerón".

Memmi sin duda me respondería que él no dice otra cosa: lo sé¹; acerca del resto, quizá tiene razón: al exponer sus ideas en el orden en que fueron descubiertas, es decir, a partir de las intenciones humanas y las relaciones vividas, garantiza la autenticidad de su experiencia: ha sufrido ante todo en sus relaciones con los otros, en sus relaciones consigo mismo: ha dado con la estructura objetiva al profundizar la contradicción que lo desgarraba: y nos las entrega en esa forma, en bruto, todavía completamente penetradas por su subjetividad.

Pero dejemos estas cuestiones menores. La obra establece algunas vigorosas verdades. En primer lugar, que no hay ni buenos ni malos colonos: hay colonialistas. Entre ellos, algunos niegan su realidad objetiva: arrastrados por el aparato colonial, hacen todos los días lo que condenan en sueños y cada uno de sus actos contribuye a mantener la opresión: no cambiarán nada, no servirán a nadie y encontrarán su comodidad moral en la desazón, eso es todo.

Los otros —se trata de la mayoría— comienzan o terminan por aceptarse.

Memmi ha descripto notablemente la serie de procedimientos que los conduce a la "autoabsolución". El conservatismo

¹ ¿No escribe acaso que "La situación colonial fabrica colonialistas así como fabrica colonizados?" (pág. 73). Toda la diferencia entre nosotros quizá provenga de que él ve una situación donde yo veo un sistema.

engendra la selección de los mediocres. ¿Cómo puede fundar sus privilegios esta élite de usurpadores conscientes de su mediocridad? Hay un solo medio: disminuir al colonizado para engrandecerse, negar la calidad de hombres a los indígenas, definirlos como simples privaciones. Esto no será difícil porque justamente el sistema los priva de todo; la práctica colonialista ha grabado la idea colonial en las cosas mismas; el movimiento de las cosas es el que fija a la vez al colono y al colonizado. Así, la opresión se justifica por sí misma: los opresores producen y mantienen por la fuerza los males que, a sus ojos, hacen que el oprimido se parezca más y más a lo que haría falta que fuera para merecer su suerte. El colono sólo puede absolverse persiguiendo sistemáticamente la "deshumanización" del colonizado, es decir, identificándose cada día un poco más al aparato colonial. El terror y la explotación deshumanizan, y el explotador se siente autorizado por esta deshumanización para explotar todavía más. La máquina gira en redondo; imposible distinguir la idea de la praxis de aquella de la necesidad objetiva. Estos momentos del colonialismo ora se condicionan recíprocamente, ora se confunden. La opresión es ante todo el odio del opresor contra el oprimido. Existe un solo límite a esta empresa de exterminación: el propio colonialismo. Aquí el colono reencuentra su propia contradicción: "Junto con el colonizado desaparecería la colonización, incluyendo al colonizador". No más subproletariado, no más hiperexplotación: se recaería en las formas ordinarias de la explotación capitalista, los salarios y los precios se alinearían con los de la metrópoli: sería la ruina. El sistema quiere a la vez la muerte y la multiplicación de sus víctimas; toda transformación le resultará fatal: sea que se asimile o que se masacre a los indígenas, el costo de la mano de obra no cesará de subir. La pesada maquinaria mantiene entre la vida y la muerte —mucho más cerca de la muerte que de la vida— a los que están obligados a moverla; una ideología petrificada se encarga de considerar a

los hombres "bestias que hablan". Es en vano: para darles órdenes, aun las más duras, las más insultantes, es necesario comenzar por reconocerlos; y como no se los puede vigilar sin cesar, es preciso decidirse a otorgarles confianza: nadie puede tratar a un hombre "como a un perro" si primero no lo considera un hombre. La imposible deshumanización del oprimido se invierte y deviene alienación del opresor: es él, él mismo, quien resucita con su menor gesto la humanidad que quiere destruir y, como la niega en los otros, la vuelve a encontrar en todas partes como una fuerza enemiga. Para escapar de ella es necesario que él se mineralice, que adquiera la consistencia opaca y la impermeabilidad de la roca; en una palabra: que se "deshumanice" a su vez.

Una implacable reciprocidad clava al colonizador sobre el colonizado, su producto y su destino. Memmi lo ha destacado con fuerza; descubrimos con él que el sistema colonial es una forma en movimiento, nacida hacia la mitad del último siglo y que producirá por sí misma su propia destrucción: he aquí que hace ya mucho tiempo que cuesta a las metrópolis más de lo que les reporta; Francia se encuentra aplastada bajo el peso de Argelia y actualmente sabemos que abandonaremos la guerra, sin victoria ni derrota, cuando seamos demasiado pobres para pagarla. Pero, ante todo, es la rigidez mecánica del aparato lo que lo está deteriorando: las antiguas estructuras sociales están pulverizadas, los indígenas "atomizados", pero la sociedad colonial no puede integrarlos sin destruirse; en consecuencia, será necesario que reencuentren su unidad contra ella. Estos excluidos reivindicarán su exclusión bajo el nombre de personalidad nacional: es el colonialismo el que crea el patriotismo de los colonizados. Mantenidos por un sistema opresivo al nivel de la bestia, no se les otorga ningún derecho, ni siquiera el de vivir, y su condición empeora día a día: cuando un pueblo no tiene otro recurso que elegir su género de muerte, cuando ha recibido de sus opresores un solo regalo, la desespera-

ción, ¿qué le resta perder? Su desgracia se convertirá en su coraje, convertirá este eterno rechazo que le opone la colonización en el rechazo absoluto de la colonización. El secreto del proletariado, dijo un día Marx, es que lleva en sí la destrucción de la sociedad burguesa. Es preciso saber agradecer a Memmi por habernos recordado que el colonizado también tiene su secreto y que asistimos a la atroz agonía del colonialismo.

JEAN-PAUL SARTRE

Retrato del colonizador

1

¿EXISTE EL COLONIAL?

El sentido del viaje colonial

Algunos se complacen a veces aún hoy en representar al colonizador como un hombre alto, bronceado por el sol, calzado con botas de media caña, apoyado sobre una pala (pues no desdeña echar manos a la obra), con la mirada fija en el horizonte de sus tierras; entre dos actos tendientes a dominar la naturaleza, se prodiga a los hombres, cuida a los enfermos y expande la cultura; en resumen: un noble aventurero, un pionero.

No sé si este estereotipo popular correspondió nunca a alguna realidad, o si se limita a los grabados de los billetes de banco coloniales. Los motivos económicos de la empresa colonial son hoy en día puestos en claro por todos los historiadores de la colonización. Nadie cree más en la *misión cultural* y moral del colonizador, ni siquiera en los orígenes de la empresa. En nuestros días, en todo caso, la partida hacia la colonia no constituye la elección de una lucha incierta, buscada precisamente por sus peligros; no se trata de la tentación de la aventura, sino de la tentación de la facilidad.

Por otra parte, basta con interrogar a los europeos de las colonias: cuáles son las razones que los han impulsado a expatriarse, o, sobre todo, cuáles les han hecho persistir en su exilio. Sucede que hablen también de aventura, de pintoresquismo, de cambio de costumbres. Pero ¿por qué no han buscado eso en Arabia, o simplemente en Europa central, donde no se

habla su propia lengua, donde no vuelven a encontrarse con grupos importantes de compatriotas suyos, una administración que los sirve, un ejército que los protege? La aventura habría comportado mayor número de imprevistos; pero este tipo de expatriación, más certero y cualitativamente mejor, hubiera resultado de un *beneficio* dudoso: la expatriación colonial, si se trata en realidad de expatriación, debe ser, en primer lugar, provechosa. Espontáneamente, mejor que un técnico del lenguaje, nuestro viajero nos propondrá la definición más precisa posible de la colonia: allí se gana más, se gasta menos. Se incorpora uno a la colonia porque allí los empleos están asegurados, las remuneraciones son más altas, las carreras más rápidas y los negocios más fructíferos. Se le ofrece al joven graduado un puesto, al funcionario un grado superior en el escalafón, al comerciante desgravaciones sustanciales; al industrial, materias primas y mano de obra a precios insólitos.

Pero sea: supongamos que existe ese ingenuo que desembarca por casualidad como lo haría en Toulouse o en Colmar.

¿Le haría falta mucho tiempo para descubrir las ventajas de su nueva situación? No por ser percibido después, el sentido económico del viaje colonial se impone menos, y lo hace rápidamente. Seguramente, el europeo de las colonias puede también gustar de esta comarca nueva, deleitarse con el pintoresquismo de sus costumbres. Pero aunque fuera rechazado por su clima, o se sintiera incómodo en medio de esas turbas extrañamente vestidas, o extrañase a su país natal, el problema en adelante es éste: ¿hay que aceptar esas molestias a cambio de las ventajas de la colonia?

Muy pronto, ya no se oculta más; es habitual escucharlo soñar en alta voz: unos años más y se comprará una casa en la metrópoli... una especie de purgatorio, en suma, pero un purgatorio que rinde. Desde ese momento, aun hartado, asqueado de exotismo, a veces enfermo, se aferra: la trampa funcionará hasta su retirada o incluso hasta la muerte. ¿Cómo regresar a la

metrópoli si habría que reducir el tren de vida a la mitad? ¿Volver a la lentitud viscosa del progreso metropolitano?...

Desde que la historia se puso a correr en estos últimos años tornándose difícil y a menudo peligrosa la vida para los colonizadores, es este cálculo simple pero sin réplica el que los ha retenido. Aun aquellos a quienes en la colonia se califica de aves de paso, no han manifestado excesiva prisa por partir. Algunos, contemplando la posibilidad de volver, comenzaron a temer, de forma inesperada, una nueva expatriación: la de reencontrarse en su país de origen. Se les puede creer parcialmente: han abandonado su país hace bastante tiempo como para tener allí aún amigos vivos; sus hijos han nacido en la colonia, y allí han enterrado a sus muertos. Pero exageran su desgarramiento: si han organizado sus hábitos cotidianos en la ciudad colonial, han importado a ésta e impuesto las costumbres de la metrópoli, donde pasan habitualmente sus vacaciones, de donde extraen su inspiración administrativa, política y cultural, y sobre la cual sus ojos permanecen fijos constantemente.

Su expatriación, en verdad, sería de base económica: la del nuevo rico que se arriesga a tomarse pobre.

Se mantendrán entonces el mayor tiempo posible, pues cuanto más tiempo pasa más duran las ventajas, que bien merecen que uno se inquiete por ellas, y que se perderán siempre demasiado pronto. Pero si un día ha alcanzado lo económico, si las "situaciones" —como se dice comúnmente— corren peligros reales, el colonizador se siente amenazado y sueña, esta vez seriamente, con volver a la metrópoli.

En el plano colectivo, el asunto es aún más claro. Las empresas coloniales nunca tuvieron otro sentido expreso. A partir de las negociaciones franco-tunecinas, algunos ingenuos se han asombrado de la relativa buena voluntad del gobierno francés, particularmente en el campo cultural, tras la aquiescencia, sumamente rápida, de los jefes de la colonia. Es que las

cabezas pensantes de la burguesía y de la colonia habían comprendido que lo esencial de la colonización no era ni el prestigio de la bandera, ni la expansión cultural, ni inclusive la conducción administrativa y la salvación de un cuerpo de funcionarios. Admitieron que podían conceder en todo, si el fondo, es decir, las ventajas económicas, permanecía a salvo. Y si el señor Mendès-France pudo hacer su famoso viaje relámpago, fue con la bendición y bajo la protección de una de éstas. Que fue exactamente su programa, y el primer contenido de las convenciones.

El indígena y el privilegiado

Una vez descubierto el lucro, sea por casualidad o porque lo había buscado, el colonizador todavía no ha tomado conciencia de cuál va a ser su papel histórico. Le falta un paso hacia el conocimiento de su nueva situación: le falta comprender el origen y la significación de ese lucro. A decir verdad, esto no tarda en suceder. ¿Cómo podría dejar de ver por largo tiempo la miseria del colonizado y la relación entre esta miseria y su bienestar? Percibe que este lucro es fácil porque es arrancado a otros. En resumen, hace dos adquisiciones en una: descubre la existencia del colonizado y simultáneamente su propio *privilegio*.

Seguramente *sabía* que la colonia no estaba poblada únicamente por colonos o colonizadores. Tenía incluso cierta idea de los colonizados gracias a los libros de lectura de su infancia; había visto en el cine algún documental sobre ciertas costumbres de ellos, elegidas especialmente por su rareza. Pero esos hombres pertenecían precisamente al dominio de la imaginación, de los libros o del espectáculo. No le concernían, o al menos, apenas le concernían indirectamente por intermedio de imágenes colectivas a toda su nación, epopeyas militares,

vagas consideraciones estratégicas. Se había inquietado un poco al respecto cuando decidió trasladarse personalmente a la colonia; pero no de un modo diferente al que lo había preocupado el clima, probablemente desfavorable, o el agua, de la que se decía que era demasiado calcárea. Y sucede que esos hombres, de repente, dejan de ser un simple elemento de un decorado histórico o geográfico y se instalan en su vida.

No puede ni siquiera decidir evitarlos: debe vivir en relación constante con ellos, pues es esta relación la que le permite esta vida que ha decidido buscar en la colonia; es esta relación la que resulta fructuosa, la que crea el privilegio. Se encuentra sobre el platillo de una balanza cuyo otro platillo soporta al colonizado. Si su nivel de vida es alto, es porque el del colonizado es bajo; si puede beneficiarse de una mano de obra de domesticidad numerosa y poco exigente, es porque se puede explotar al colonizado a merced de las leyes de la colonia y no bajo su protección; si obtiene tan fácilmente puestos administrativos, es porque le son reservados y se excluye de ellos al colonizado; cuanto más fácilmente respira, más se asfixia el colonizado.

No puede no descubrir todo esto. No es él quien se arriesgaría a convencer a los discursos oficiales, pues estos discursos oficiales los redacta él, o su primo, o su amigo; es él quien concibe las leyes que le conceden derechos exorbitantes y fijan los deberes de los colonizados; él está necesariamente en el secreto de las consignas apenas discretas de la discriminación, el dosaje en los concursos y las contrataciones, pues es él quien está a cargo de ellos. Si fuera ciego y sordo al funcionamiento de toda la maquinaria, bastaría con que recogiese los resultados: él es el beneficiario de toda la empresa.

El usurpador

Es imposible, finalmente, que él no compruebe la *ilegitimidad* constante de su situación. Que, además, es una *ilegitimidad* doble, de algún modo. Extranjero, venido a un país por los azares de la historia, consigue no sólo hacerse un lugar sino tomar el del habitante, otorgarse asombrosos privilegios en detrimento de los derecho-habientes. Y esto no en virtud de leyes locales que legitimen de algún modo la desigualdad por tradición, sino trastrocando las reglas admitidas y suplantándolas por las suyas. Aparece así como doblemente injusto: es un privilegiado y un privilegiado no legítimo, es decir, un *usurpador*. Y finalmente, no sólo a los ojos de los colonizados, sino a los suyos propios. Si alguna vez objeta que los privilegios existen también entre los colonizados, los feudales, los burgueses, cuya opulencia iguala o sobrepasa la suya, lo hace sin convicción. No ser el único culpable, puede tranquilizar, no absolver. Reconocería fácilmente que los privilegios de los privilegiados autóctonos son menos escandalosos que los suyos. Sabe también que los colonizados más favorecidos no serán nunca más que colonizados, es decir, que ciertos derechos les serán eternamente negados, que ciertas ventajas le son estrictamente reservadas a él. En resumen, a sus ojos como a los ojos de su víctima, se sabe usurpador: es necesario que se acomode a ser mirado así y a esta situación.

El pequeño colonizador

Antes de ver cómo esos tres descubrimientos —lucro, privilegio, usurpación—, esos tres progresos de la conciencia del colonizador, van a dar forma a su rostro, a través de qué mecanismos, van a transformar al candidato colonial en colonizador o en colonialista, hay que responder a una objeción habitual: la

colonia, se dice a menudo, no comprende sino colonos. ¿Puede hablarse de privilegios respecto de ferroviarios, funcionarios medios, o incluso de pequeños agricultores que calculan para vivir igual que sus homólogos metropolitanos?...

Para convenir en una terminología cómoda, distingamos entre el colonial, el colonizador y el colonialista. El *colonial* sería el europeo que vive en la colonia pero sin privilegios, cuyas condiciones de vida no serían superiores a las del colonizado de categoría económica y social equivalente. Por temperamento o por convicción ética, el colonial sería el europeo benevolente, que no tendría frente al colonizado la actitud del colonizador. ¡Y bien! Digámoslo de golpe a pesar del aparente extremismo de la afirmación: *el colonial definido así no existe, pues todos los europeos de las colonias son privilegiados.*

Es cierto que no todos los europeos de las colonias son potentados, o gozan de miles de hectáreas o dirigen oficinas públicas. Muchos son también víctimas de los amos de la colonización, y explotados económicamente y utilizados políticamente con vistas a la defensa de intereses que a menudo no coinciden con los suyos. Pero las relaciones sociales no son casi nunca unívocas. Contrariamente a todo lo que se prefiere creer, a los deseos piadosos y a las afirmaciones interesadas, de hecho el pequeño colonizador es generalmente solidario con los colonos y encarnizado defensor de los privilegios coloniales. ¿Por qué?

¿Se trata de una solidaridad entre semejantes? ¿O es una reacción de defensa, expresión ansiosa de una minoría que vive en medio de una mayoría hostil? Parcialmente. Pero en los buenos tiempos de la colonización, protegidos por la policía y el ejército y con una fuerza aérea siempre pronta a intervenir, los europeos de las colonias no tenían miedo, al menos no lo bastante en todo caso como para explicar tal unanimidad. ¿Mistificación? Por cierto, más aún que todo lo anterior. Es exacto que el pequeño colonizador tendría un combate que

librar por sí mismo, una liberación que obtener, si no estuviera tan gravemente engañado por los suyos y cegado por la historia. Pero no creo que una mistificación pueda descansar sobre una ilusión completa, que pueda gobernar tan totalmente el comportamiento humano. Si el pequeño colonizador defiende con tanto calor al sistema colonial, es porque se beneficia con él, poco o mucho. La mistificación reside en que para defender sus muy limitados intereses, defiende también otros infinitamente más importantes y de los cuales, por lo demás, es víctima. Pero engañado y víctima, encuentra allí su provecho.

Es que el privilegio es un asunto relativo: más o menos, todo colonizador es privilegiado porque lo es *comparativamente* y en detrimento del colonizado. Si los privilegios de los poderosos de la colonización son escandalosos, los menudos privilegios del pequeño colonizador (aun del más pequeño) son muy numerosos. Cada gesto de su vida cotidiana lo pone en relación con el colonizado, y a cada gesto se beneficia de un adelanto reconocido. ¿Se encuentra en dificultades con las leyes? La policía e incluso la justicia serán más clementes. ¿Tiene necesidad de un servicio de la administración pública? Ésta le será menos fastidiosa, le abreviará las formalidades, le reservará una ventanilla donde el menor número de postulantes hará menos larga la espera. ¿Busca un empleo? ¿Debe participar en un concurso? Lugares y puestos le estarán reservados de antemano, los exámenes se tomarán en su lengua, ocasionando al colonizado dificultades que lo eliminarán. Entonces, ¿será tan ciego o estará tan cegado como para no percibir nunca que a condiciones objetivas idénticas, clase económica igual, iguales méritos, está siempre en ventaja? ¿Cómo no ha de volver la cabeza de vez en cuando, para ver a todos los colonizados que alguna vez fueron sus condiscípulos o colegas, y de los que se ha distanciado tanto?

Finalmente, aunque no pidiera nada, aunque no necesitara nada, le bastaría con presentarse para que se adhiriera a su per-

sona el prejuicio favorable de todos los que cuentan en la colonia, y aun de aquellos que no cuentan, pues goza del prejuicio favorable, del respeto, del mismo colonizado, que se lo acuerda en mayor medida que a los mejores entre los suyos; que, por ejemplo, tiene más confianza en su palabra que en la de los suyos. Sucede que posee desde su nacimiento una cualidad independiente de sus méritos personales, de su clase objetiva: es miembro del grupo de los colonizadores, cuyos valores reinan y de los cuales participa. El país sigue el ritmo de sus fiestas tradicionales, inclusive las religiosas, y no el de las fiestas de los habitantes; el descanso hebdomadario es el de su país de origen; es la bandera de su nación la que flamea sobre los monumentos, es su lengua materna la que permite la comunicación social; aun su traje, su acento, sus modales terminan por imponerse a la imitación del colonizado. El colonizador participa de un mundo superior cuyos privilegios no puede sino recoger automáticamente.

Otros mistificados de la colonización

Y aun con respecto a otros grupos humanos, que no son ni colonizadores ni colonizados, su situación concreta, económica, psicológica, en el complejo colonial con relación a los colonizados por un lado y a los colonizadores por otro, es la que dará cuenta de su fisonomía. Son los nacionales de otras potencias (italianos, malteses de Túnez), los candidatos a la asimilación (la mayoría de los judíos), los asimilados recientes (corsos en Túnez, españoles en Argelia). Se puede agregar a los agentes de la autoridad reclutados entre los mismos colonizados.

La pobreza de los italianos y de los malteses es tal que puede parecer gracioso hablar de privilegios a su respecto. Sin embargo, si bien son a menudo miserables, las pequeñas miga-

jas que se les acuerdan sin pensar contribuyen a diferenciarlos, a separarlos seriamente de los colonizados. Tengan más o menos ventajas con relación a las masas colonizadas, tienden de todos modos a establecer con ellas relaciones de tipo colonizador-colonizado. Al mismo tiempo, sin coincidir con el grupo colonizador ni jugando el mismo papel en el complejo colonial, se distinguen dentro de él, cada cual a su modo.

Todos estos matices se leen fácilmente en el análisis de sus relaciones con el hecho colonial. Si bien los italianos de Túnez han envidiado siempre a los franceses sus privilegios jurídicos y administrativos, de todos modos se hallan en una posición mejor que la de los colonizados. Están protegidos por leyes internacionales y por un consulado ostensiblemente presente, bajo la constante mirada de una metrópoli atenta. A menudo, lejos de ser rechazados por el colonizador, son ellos los que hesitan entre la asimilación y la fidelidad a su patria. Finalmente, un mismo origen europeo, una religión común, una mayoría de rasgos de costumbres idénticos, los aproximan sentimentalmente al colonizador. De todo ello resultan ventajas ciertas, que sin duda no posee el colonizado: una mayor facilidad para conseguir trabajo, menor inseguridad frente a la miseria total y la enfermedad, una escolaridad menos precaria; finalmente algunos miramientos de parte del colonizador, una dignidad casi respetada. Se comprenderá que, por más desheredados que sean desde un punto de vista absoluto, tendrán frente al colonizado varias conductas comunes con el colonizador.

Prueba de descargo: al no beneficiarse con la colonización más que “de prestado”, por su parentesco con el colonizador, los italianos están bastante menos alejados de los colonizados que los franceses. No tienen con ellos esas relaciones forzadas, formales, ese tono que huele siempre al del amo dirigiéndose al esclavo, del que los franceses no pueden desembarazarse totalmente. Contrariamente a los franceses, los italianos hablan

casi todos la lengua de los colonizados, contraen con ellos amistades duraderas e inclusive —signo particularmente revelador— matrimonios mixtos. En resumen: no encontrando gran interés en ello, los italianos no mantienen grandes distancias frente a los colonizados. El mismo análisis, con alguna diferencia de matices, sería válido para los malteses.

La situación de los israelitas —eternos candidatos hesitantes y reacios a la asimilación— puede encararse desde una perspectiva similar. Su ambición constante, y muy justificada, es escapar a su condición de colonizados, carga suplementaria en un balance ya pesado. Para ello, se esfuerzan en parecerse al colonizador, con la confesada esperanza de que éste deje de reconocerles diferencias con él. De allí sus esfuerzos por olvidar el pasado, por modificar hábitos colectivos, su adopción entusiasta de la lengua, la cultura y las costumbres occidentales. Pero si bien el colonizador no siempre descorazona abiertamente a estos candidatos a parecerse, no les ha permitido nunca conseguirlo. Viven así una penosa y constante ambigüedad; rechazados por el colonizador, comparten parcialmente la situación concreta del colonizado, tienen con él solidaridades de hecho; por lo demás, rechazan los valores del colonizado como pertenecientes a un mundo disminuido al cual esperan escapar con el tiempo.

Los asimilados recientes se sitúan generalmente bastante más allá del colonizador medio. Practican una puja colonizadora; hacen alarde de un orgulloso desprecio del colonizado y recuerdan con insistencia su nobleza prestada, que a menudo es desmentida por su brutalidad plebeya y su avidez. Demasiado asombrados aún por sus privilegios, los saborean y defienden con inquietud y aspereza. Y cuando la colonización resulta estar en peligro, la proveen de sus defensores más dinámicos, sus tropas de choque y, a veces, sus provocadores.

Los agentes de la autoridad (cuerpos militares, caídos, policías, etc.), reclutados entre los colonizados, forman una cate-

goría de éstos que pretende escapar a su condición política y social. Pero eligiendo para ello ponerse al servicio del colonizador y defender exclusivamente sus intereses, terminan por adoptar su ideología, incluso a los ojos de los suyos y a sus propios ojos.

Todos, en fin, más o menos mistificados, más o menos beneficiados, engañados al punto de aceptar el injusto sistema que cae más pesadamente sobre el colonizado (de defenderlo o de resignarse a él). Su desprecio puede no ser sino una compensación a su miseria, como el antisemitismo europeo es tan a menudo un derivativo cómodo. Así es la historia de la pirámide de los tiranuelos: cada uno de ellos socialmente oprimido por otro más poderoso, encuentra siempre uno menos poderoso para descansar sobre él, para convertirse en tirano a su vez. ¡Qué revancha y qué orgullo para un pequeño carpintero no colonizado caminar al lado de un obrero árabe que lleva sobre su cabeza una tabla y algunos clavos! Para todos existe al menos esta profunda satisfacción de estar negativamente mejor que el colonizado: no estar nunca totalmente confundidos en la abyección en que los prensa el hecho colonial.

Del colonial al colonizador

El colonial no existe porque no depende de la voluntad del europeo de las colonias permanecer como tal, aun teniendo esa intención. Lo haya querido o no, es acogido como privilegiado por las instituciones, las costumbres y la gente. Apenas desembarcado o desde su nacimiento, se encuentra en una situación de hecho común a todo europeo que viva en una colonia, situación que lo transforma en colonizador. Pero en verdad, no es a este nivel que se plantea el problema ético fundamental del colonizador: el del compromiso de su libertad y, en consecuencia, de su responsabilidad. Es cierto que habría podido no

intentar la aventura colonial, pero en cuanto la empresa ha comenzado, ya no depende de él rechazar sus condiciones. Incluso debo agregar que podría encontrarse sometido a estas condiciones, independientemente de toda elección previa, si nació en la colonia de padres ya colonizadores, o si ignoraba realmente, al tiempo de su decisión, el sentido real de la colonización.

Es en un segundo estadio que se va a plantear el verdadero problema del colonizador: una vez que ha descubierto el sentido de la colonización, que ha tomado conciencia de su propia situación y de la del colonizado y de sus necesarias relaciones, ¿las aceptará? ¿Se aceptará o se rechazará como privilegiado, confirmando en el primer caso la miseria del colonizado, correlativo inevitable de sus privilegios? ¿Se aceptará o rechazará como usurpador, yendo a confirmar la opresión y la injusticia respecto del verdadero habitante de la colonia, correlativas de su excesiva libertad y de su prestigio? ¿Se aceptará finalmente como colonizador, este rostro de sí mismo que le aguarda, que se siente dibujar ya, bajo la costumbre nacida del privilegio y de la ilegitimidad, bajo la constante mirada del usurpado? ¿Se acomodará a esta situación y a esta mirada y a su propia condenación de sí mismo, que pronto resultará inevitable?

EL COLONIZADOR QUE SE NIEGA
El colonizador de buena voluntad...

Si bien todo colonial adopta de inmediato la postura del colonizador, no es fatal que todo colonizador devenga colonialista. Y los mejores de entre ellos se rehúsan a hacerlo. Pero el hecho colonial no es una pura idea: conjunto de *situaciones vividas*, rechazarlo significa o bien sustraerse físicamente a estas situaciones o bien permanecer en el lugar y luchar por transformarlas.

Sucede que el recién desembarcado por azares de un contrato de trabajo o funcionario de buenas intenciones —más raramente hombre de negocios o agente de la autoridad, menos aturdido o menos ingenuo— estupefacto desde sus primeros contactos con los aspectos menudos de la colonización, la multitud de mendigos, los niños semidesnudos errando por las calles, el tracoma, etc., incómodo ante una tan evidente organización de la injusticia, asqueado por el cinismo de sus propios compatriotas (“¡No preste atención a la miseria! Verá usted, ¡uno se habitúa a ella muy rápidamente!”), sueña de inmediato con volver a partir. Obligado a esperar el fin de su contrato, intenta en efecto acostumbrarse a la miseria y a lo demás. Pero sucede que aquel que no había querido ser sino un colonial, no se habitúa: en consecuencia volverá a su país.

Sucede también que, por diversas razones, no vuelva a partir. Pero al haber descubierto el escándalo económico, político y moral de la colonización, e incapaz de olvidarlo, ya no puede aceptar convertirse en aquello en que se han convertido sus compatriotas; decide quedarse, prometiéndose rechazar la colonización.

¡Oh! No se trata necesariamente de un rechazo violento. Esta indignación no es siempre acompañada por el gusto por la política activa. Es más bien una posición de principio, algunas afirmaciones que no espantarían a un congreso de moderados, al menos en la metrópoli. Una protesta, una firma de vez en cuando, posiblemente llegará hasta a la adhesión a un grupo no sistemáticamente hostil al colonizado. Esto es ya suficiente para que perciba que no ha hecho sino cambiar de dificultades y de incomodidad. No es tan fácil evadirse por el espíritu de una situación concreta, rechazar su ideología al mismo tiempo que se continúa viviendo sus relaciones objetivas. Su vida se encuentra desde ese momento emplazada bajo el signo de una contradicción que surgirá a cada uno de sus pasos, que le quitará toda coherencia y toda quietud.

¿Qué rechaza él, en efecto, sino una parte de sí mismo, eso en que se torna lentamente en cuanto acepta vivir en la colonia? Porque participa y goza de los privilegios que denuncia a media voz. ¿Acaso recibe un tratamiento inferior al de sus compatriotas? ¿No se beneficia acaso de las mismas facilidades para viajar? ¿Cómo no ha de calcular, distraídamente, que pronto podrá pagarse un automóvil, una heladera eléctrica, quizá una casa? ¿Cómo se arreglará para desembarazarse de ese prestigio que lo aureola y del que se pretende escandalizado?

Llegado que fuera a embotar un poco su contradicción, a organizarse de esa incomodidad, sus compatriotas se encargarían de trastornarlo. Primero con una irónica indulgencia; ellos han conocido, conocen, esta inquietud un poco tonta del recién desembarcado; se le pasará bajo el efecto de la vida colonial, bajo una multitud de pequeños y agradables compromisos.

Debe pasársele, insisten, pues el romanticismo humanitarista es considerado en la colonia como una enfermedad grave, el

peor de los peligros: no es ni más ni menos que pasarse al campo del enemigo.

Si se obstina, aprenderá que se embarca en un vergonzoso conflicto con los suyos, un conflicto que permanecerá siempre abierto, que no cesará nunca, sino por su derrota o por su vuelta al redil colonizador. Es asombrosa la violencia de los colonizadores contra aquel de entre ellos que pone en peligro la colonización. Es claro que no pueden considerarlo sino como un traidor. Pone en cuestión a los suyos su existencia misma, amenaza a la patria metropolitana toda, a la cual ellos pretenden representar, y a la que, en definitiva, representan en la colonia. La incoherencia no está del lado de ellos. ¿Cuál sería, con todo rigor, el resultado lógico de la actitud del colonizador que rechaza la colonización? ¿Qué otro que desear su desaparición, es decir, la desaparición de los colonizadores en tanto tales? ¿Cómo no iban a defenderse contra una actitud que desembocaría en su inmolación, quizá sobre el altar de la justicia, pero finalmente en su sacrificio? Inclusive si reconocen completamente la injusticia de sus posiciones. Pero son ellos, precisamente, los que han aceptado, los que se han acomodado a ellas gracias a mecanismos que veremos más adelante. Si no puede aquél sobreponerse a ese insoportable moralismo que le impide vivir, si se cree tan fuerte en su posición, que comience por irse: probará así la seriedad de sus sentimientos y solucionará sus problemas... y dejará de creárselos a sus compatriotas. Si no lo hace, no debe esperar poder continuar importunándolos con toda tranquilidad. Pasarán al ataque y le devolverán golpe por golpe; sus camaradas se tomarán agresivos, sus superiores lo amenazarán; hasta su mujer se entrometerá y llorará —las mujeres tienen en menor medida la preocupación por la humanidad abstracta— y le confesará que los colonizados no son nada para ella, que no se siente cómoda sino entre los europeos.

¿No existe entonces otra salida que la sumisión al seno de

la colectividad colonial o la partida? Sí, hay una más. Desde que su rebelión le ha cerrado las puertas de la colonización y lo aísla en medio del desierto colonial, ¿por qué no golpear a la del colonizado a quien defiende y que, seguramente, le abriría los brazos reconocido? Ha descubierto que uno de los campos es el de la injusticia; el otro, en consecuencia, es el del derecho. Que haga un poco más, que lleve hasta el fin su rebelión, ¡la colonia no se limita a los europeos! Rechaza a los colonizadores y es condenado por ellos: que adopte a los colonizados y se haga adoptar por ellos, que se convierta en trans-fuga.

En realidad son tan pocos los colonizadores, aun los de buena voluntad, que sueñan con emprender este camino que el problema es más bien teórico; sin embargo es capital para la inteligencia del hecho colonial. Rechazar la colonización es una cosa; adoptar al colonizado y hacerse adoptar por él parecen ser otras que están lejos de estar ligadas a la primera.

Para obtener esta segunda conversión, habría hecho falta, parece, que nuestro hombre fuera un héroe moral; y bastante antes, el vértigo se apodera de él. En rigor, hemos dicho ya, sería necesario que rompiera económica y administrativamente con el campo de los opresores. Esa sería la única manera de cerrarles la boca. ¡Qué prueba más decisiva que abandonar la cuarta parte de su sueldo o renunciar a los favores de la administración! Entretanto, dejemos eso: se admite en buena medida hoy en día que se puede ser, esperando la revolución, revolucionario y explotador. Descubre entonces que si bien los colonizados tienen la justicia de su lado, si puede llegar a llevarles su aprobación y hasta su ayuda, su solidaridad se detiene allí; *no es uno de los suyos y no tiene ninguna gana de serlo*. Entrevé vagamente el día de su liberación, la reconquista de sus derechos, pero ni sueña seriamente con compartir su existencia, ni siquiera su existencia liberada.

¿Un rasgo de racismo, quizá? Posiblemente, sin que él se dé

cuenta demasiado. ¿Quién puede deshacerse de él completamente en un país donde todo el mundo, hasta las mismas víctimas lo padecen? ¿Es tan natural acaso asumir, siquiera mentalmente, sin estar obligado a ello, un destino sobre el que pesa un desprecio tan intenso? ¿Cómo se arreglaría además para atraer sobre sí ese desprecio que se adhiere a la persona del colonizado? ¿Y cómo habría de tener la idea de compartir una eventual liberación, siendo que ya es libre? Todo esto, en verdad, no es sino un ejercicio mental.

¡Y bien, no, no se trata necesariamente de racismo! Simplemente ha tenido tiempo de darse cuenta de que la colonia no es una prolongación de la metrópoli, que allí no está en su casa. Esto no contradice sus posiciones de principio. Por el contrario, a causa de que ha descubierto al colonizado, su originalidad existencial, porque de repente el colonizado ha dejado de ser un elemento de un sueño exótico para tornarse humanidad viviente y sufriente, el colonizador rehúsa participar en la tarea de aplastarlo, decide ir en su ayuda. Pero simultáneamente ha comprendido que ha hecho otra cosa que mudarse de departamento; que tiene frente a sí una civilización distinta, costumbres diferentes a las suyas, hombres cuyas reacciones a menudo lo sorprenden, con los cuales no siente poseer afinidades profundas.

Y desde que estamos allí —es muy preciso que se lo confiese— (incluso si rechaza convenir en ese punto con los colonialistas) no puede impedirse juzgar a esta civilización y a esta gente. ¿Cómo negar que su técnica es gravemente retrógrada, que sus costumbres están extrañamente congeladas, su cultura perimida? ¡Oh!, se apresura a responder: Estas carencias no son imputables al colonizado sino a decenios de colonización que han narcotizado su historia. Pero ciertos argumentos de los colonialistas, alguna vez le preocupan: por ejemplo, *antes de la colonización, ¿no estaban ya retrasados los colonizados?* Si se han dejado colonizar, es precisamente porque no tenían la esta-

tura militar y técnica como para luchar. Es cierto, su desfallecimiento pasado no significa nada para su porvenir; no hay duda de que, si se les devolviera su libertad, se recuperarían de ese retraso; él tiene plena confianza en el genio de los pueblos, de todos los pueblos. Falta entretanto que admita una diferencia fundamental entre él y el colonizado. El hecho colonial es un hecho histórico específico, la situación y el estado del colonizado (entiéndase, los actuales) son igualmente particulares. Él admite también que no se trata ni de su hecho, ni de su situación, ni de su estado actual.

Con más seguridad que los grandes trastrocamientos intelectuales, son las pequeñas usuras de la vida cotidiana las que le confirmarán este descubrimiento decisivo. Al principio comió *cuscus* por curiosidad, ahora lo saborea de vez en cuando por cortesía, encuentra que “uno se atraca con ‘eso’, embrutece y no nutre, se trata —dice complacientemente— de un revienta-cristianos”. O bien, si le gusta el *cuscus*, no puede soportar esa “música de feria” que lo atrapa de improviso y lo importuna cada vez que pasa delante de un café; “¿por qué tocan tan fuerte? ¿Cómo hacen para oírse?”. Lo afecta ese olor a grasa vieja de cordero que apesta la casa y que surge del desván situado debajo de la escalera donde vive el colonizado que trabaja como encargado. Muchos rasgos del colonizado le irritan o le chocan; tiene repugnancias que no alcanza a ocultar y que manifiesta en observaciones que recuerdan curiosamente a las del colonialista. En verdad, está lejos de aquel momento en que estaba seguro, *a priori*, de la identidad de la naturaleza humana en todas las latitudes. Cree en ella todavía, ciertamente, pero más bien como una universalidad abstracta o un ideal situado en el porvenir de la historia...

Usted va muy lejos, se dirá, su colonizador de buena voluntad no lo es tanto ya: ha evolucionado lentamente, ¿no es ya un colonialista? No, en absoluto, la acusación sería, en la mayoría de los casos, prematura e injusta. Simplemente se trata de que

no se puede *vivir*, y vivir toda la vida, en lo que para usted sigue siendo pintoresco, es decir, en un grado más o menos intenso de expatriación. Puede interesarse como turista, puede apasionarlo por un tiempo, pero termina por fatigarse, por defenderse de ello. Para vivir sin angustia, es preciso vivir distraído de uno mismo y del mundo; es preciso reconstruir alrededor de uno los olores y los ruidos de la infancia, los que por sí solos son económicos, pues no requieren sino gestos y actitudes mentales espontáneos. Sería tan absurdo exigir una sintonía similar del colonizador de buena voluntad, como requerir de los intelectuales de izquierda que remedien a los obreros, como estuvo de moda alguna vez. Después de haberse obstinado por algún tiempo en parecer desaliñado, en conservar indefinidamente sus camisas, en usar zapatos claveteados, fue necesario reconocer la estupidez de la empresa. Aquí, sin embargo, la lengua, el fondo de la cocina, son idénticos; los ocios llevan a los mismos temas y las mujeres siguen el mismo ritmo de la moda. El colonizador no puede sino renunciar a cualquier tipo de identificación con el colonizado.

—¿Por qué no peinarse con *chechia* en los países árabes y no teñirse de negro la cara en los países negros? —me replicó un día, irritado, un profesor.

No carece de importancia acotar que este profesor era comunista.

La política y el colonizador de buena voluntad

Una vez dicho esto, quiero admitir que falta poco para evitar un romanticismo excesivo de la diferencia. Puede pensarse que las dificultades de adaptación del colonizador de buena voluntad carecen de una importancia considerable; que lo esencial es la firmeza de la actitud ideológica, la condenación de la colonización. A condición, evidentemente, de que estas difi-

cultades no terminen por impedir la rectitud del juicio ético. Ser de izquierda o de derecha no es solamente una manera de pensar, sino también, y quizá sobre todo, una forma de sentir y de vivir. Notemos simplemente que son muy raros los colonizadores que no se dejan invadir por esas repugnancias y esas dudas, y, por otra parte, que esos matices deben ser tomados en consideración para comprender sus relaciones con el colonizado y con el hecho colonial.

Supongamos en consecuencia que nuestro colonizador de buena voluntad haya conseguido poner entre paréntesis, simultáneamente, el problema de sus propios privilegios y el de sus dificultades afectivas. No nos queda en efecto sino considerar su actitud ideológica y política.

Era comunista o socialista de cualquier matiz, o simplemente demócrata; se estableció en la colonia. Decidió, cualesquiera fueren los avatares de su propia sensibilidad individual o nacional, continuar siéndolo; mejor aún, actuar como comunista, socialista o demócrata, es decir, obrar por la igualdad económica, y la libertad social, lo que en la colonia debe traducirse por la lucha por la liberación del colonizado y la igualdad entre colonizadores y colonizados.

El nacionalismo y la izquierda

Vamos a tocar aquí un capítulo, que si alguien hubiera osado escribirlo, sería uno de los más curiosos de la historia de la izquierda contemporánea, y al que se podría titular el nacionalismo y la izquierda. Dentro del mismo, uno de los párrafos sería el dedicado a la actitud política del hombre de izquierda respecto del problema colonial; otro se dedicaría a las relaciones humanas, vividas por el colonizador de izquierda, a la forma en que rechaza y vive la colonización.

Existe una incontestable incomodidad en la izquierda euro-

pea frente al nacionalismo. Desde hace tanto tiempo el socialismo se ha querido de vocación internacionalista, que esta tradición ha parecido definitivamente ligada a su doctrina y parte de sus principios fundamentales. Entre los hombres de izquierda de mi generación, la palabra nacionalista provoca aún una reacción de desconfianza si no de hostilidad. Cuando la U.R.S.S., “patria internacional” del socialismo, se constituyó en nación (por razones que sería demasiado extenso examinar aquí), sus razones no parecieron nada convincentes a muchos de sus admiradores más devotos. Últimamente, se recuerda, los gobiernos de los pueblos amenazados por el nazismo, apelaron, tras una breve hesitación, a las respuestas nacionales, algo olvidadas. En esta oportunidad, los partidos obreros preparados por el ejemplo ruso, ante el peligro inminente y tras haber descubierto que el sentimiento nacional permanecía siendo poderoso entre sus tropas, respondieron a esta apelación y colaboraron con ella. El propio Partido Comunista francés lo retomó por su cuenta y se reivindicó como “partido nacional” rehabilitando a la bandera tricolor y a la *Marsellesa*. Y es aún esta táctica —o esta reaparición— la que ha prevalecido después de la guerra contra el bloqueo de esas viejas naciones por la joven Norteamérica. En vez de batirse en nombre de la ideología socialista contra un peligro capitalista, los partidos comunistas y una gran parte de la izquierda han preferido oponer una entidad nacional a otra entidad nacional, asimilando de modo bastante lamentable, norteamericanos a capitalistas. De todo esto ha resultado un embarazo real en la actitud socialista con respecto al nacionalismo, una vacilación en la ideología de los partidos obreros. Es bastante significativa al respecto la reserva de los periodistas y ensayistas de izquierda frente a este problema. Lo tratan lo menos posible, no se atreven ni a condenarlo ni a aprobarlo, no saben si quieren integrarlo y en tal caso cómo hacerlo, introducirlo en su comprensión del futuro histórico. En una palabra, la izquierda actual se halla desorientada frente al nacionalismo.

Ahora bien: por múltiples causas, históricas, sociológicas y psicológicas, la lucha de los colonizados por su liberación ha tomado una acusada fisonomía nacional y nacionalista. Si bien la izquierda europea no puede sino aprobar, alentar y sostener esta lucha, como toda esperanza de libertad, experimenta no obstante una muy profunda hesitación, una real inquietud, frente a la forma nacionalista de esas tentativas de liberación. Y hay más aún: el resurgir nacionalista de los partidos obreros es sobre todo una *forma* para un mismo *contenido socialista*. Todo ocurre como si la liberación social, que sigue siendo el fin último, tuviera un avatar de forma nacional más o menos durable; simplemente las Internacionales habían enterrado demasiado pronto a las naciones. Pero el hombre de izquierda no percibe siempre con una suficiente evidencia el contenido social próximo de la lucha de los colonizados nacionalistas. En resumen, el hombre de izquierda no reencuentra en la lucha del colonizado, a la que apoya *a priori*, ni los medios tradicionales ni los fines últimos de esa izquierda de la que forma parte. Y, comprendase bien, esta inquietud, esta desorientación, se agravan singularmente en el colonizador de izquierda, es decir, en el hombre de izquierda que vive en la colonia y tiene trato cotidiano con ese nacionalismo.

Tomemos un ejemplo de entre los medios utilizados en esta lucha: el terrorismo. Es sabido que la tradición de izquierda condena el terrorismo y el asesinato político. Cuando los colonizados accedieron a su utilización, el embarazo del colonizador de izquierda fue muy grande. Se esfuerza por recortarlos de la acción *voluntaria* del colonizado, por convertirlos en un epifenómeno de su lucha: se trata, asegura, de explosiones espontáneas de las masas oprimidas por demasiado tiempo, o, mejor aún, de acciones de elementos inestables, dudosos, difícilmente controlables por la cabeza del movimiento. Fueron muy pocos quienes, incluso en Europa, percibieron y admitieron (y se atrevieron a decirlo) que el colonizado estaba aplastado de

tal forma, que tan grande era la desproporción de fuerzas, que había llegado a utilizar *voluntariamente* esos medios, con razón o sin ella desde el punto de vista moral. Por más esfuerzos que hiciera, ciertos actos parecieron incomprensibles, escandalosos y políticamente absurdos al colonizador de izquierda; por ejemplo, la muerte de niños o de extraños a la lucha, o incluso la de colonizadores que, hallándose de acuerdo con el fondo, desaprobaban ese detalle de la empresa. En un principio, se hallaba tan preocupado que no encontró nada mejor que *negar* esos actos; en efecto, no podía ubicárselos en ningún lugar en su perspectiva del problema. Apenas le parecía defendible el argumento de explicar la reacción ennegrecida por la crueldad de la opresión: no puede aprobar en el colonizado lo que combate en la colonización, aquello por lo que precisamente condena la colonización.

Posteriormente, tras haber sospechado en cada oportunidad que la noticia era falsa, dice, desesperando de su causa, que tales acciones son *errores*, es decir, que *no deberían* integrar la esencia del movimiento. Sin duda los jefes las desaprueban, afirma animosamente. Un periodista que siempre sostuvo la causa de los colonizados, cansado de esperar una condena que no se producía, terminó un día por intimar públicamente a ciertos jefes, a que tomaran posición contra los atentados. Seguramente no recibió respuesta alguna; no tuvo al menos la ingenuidad suplementaria de insistir.

Ante ese silencio: ¿qué hacer? Interpretar. Se puso a explicar el fenómeno, a explicárselo a los otros para sentirse mejor: pero nótese, nunca a *justificarlo*. Los jefes, agrega ahora, no pueden hablar, no hablarán, pero eso no significa que no lo piensen. Habría aceptado con alivio, con alegría, el menor signo de inteligencia. Y como esos signos no pueden producirse, se encuentra ubicado ante una terrible alternativa: o bien asimila la situación colonial a cualquier otra, debiendo en tal caso aplicarle los mismos esquemas, juzgarla y juzgar al colo-

nizado según sus valores tradicionales; o bien considera la coyuntura colonial como original y renuncia a sus hábitos de pensamiento político, a sus valores, es decir, precisamente, a aquello que lo ha impulsado a tomar partido. En resumen, o no reconoce al colonizado o no se reconoce más a sí mismo. Entretanto, al no poder resolverse a elegir uno de estos dos caminos, se queda en la encrucijada y se eleva por el aire: adjudica a unos y otros segundas intenciones según su conveniencia, reconstruye un colonizado de acuerdo con sus deseos; en suma, se pone a fantasear.

No se halla menos preocupado por el futuro de esta liberación, al menos por su futuro inmediato. Es frecuente que la futura nación que se adivina, que se afirma ya, más allá de la lucha, se pretenda religiosa, por ejemplo, o no revele ninguna preocupación por la libertad. Aquí también, no tiene otra salida que suponerle un pensamiento oculto, más osado y generoso: en el fondo de su corazón todos los combatientes lúcidos y responsables son otra cosa que teócratas, les gusta la libertad y la veneran. Es la coyuntura la que le impone disfrazar sus verdaderos sentimientos; dado que la fe todavía está demasiado viva entre las masas, debe tenerla en cuenta. ¿No manifiestan preocupaciones democráticas? Obligados a aceptar el concurso de todos, evitan así contrariar a los propietarios, burgueses y feudales.

Entretanto los hechos, indóciles, casi nunca llegan a alinear-se en el lugar que sus hipótesis les asignan; y el malestar del colonizador de izquierda se mantiene vivo, renace a cada instante. Los jefes colonizados no pueden censurar los sentimientos religiosos de sus tropas, eso ya lo ha admitido. ¡Pero de allí a servirse de ellos! Esas proclamas en el nombre de Dios, el concepto de guerra santa, por ejemplo, lo desorientan, lo espantan. ¿Será realmente pura táctica? ¿Cómo no comprobar que la mayor parte de las naciones que fueron colonias se apresuran, no bien obtenida su libertad, a incluir a la religión en su

constitución? Que sus policías o la nascente organización de su justicia no se parecen en nada a las premisas de libertad y democracia que el colonizador de izquierda esperaba.

Entonces, temblando en el fondo de sí mismo ante la posibilidad de engañarse una vez más, regulará un paso más aún, y hará una apuesta sobre un futuro un poco más lejano: *Más tarde*, con toda seguridad, surgirán, en el seno de estos pueblos, guías que expresarán sus necesidades no mistificadas, que defenderán sus verdaderos intereses de acuerdo con los imperativos morales (y socialistas) de la historia. Era inevitable que sólo los burgueses y los señores feudales que pudieron hacer algunos estudios, proveyeran los cuadros e imprimieran esta orientación al movimiento. *Más tarde*, los colonizados se desembarazarán de la xenofobia y de las tentaciones racistas que el colonizador de izquierda discierne no sin inquietud. Reacción inevitable al racismo y a la xenofobia del colonizador; hay que esperar que desaparezcan el colonialismo y las llagas que ha dejado en la carne de los colonizados. *Más tarde*, se desembarazarán del oscurantismo religioso...

Pero esperando, respecto del sentido del combate inmediato, el colonizador de izquierda no puede sino permanecer dividido. Para él, ser de izquierda no significa sólo aceptar y apoyar la liberación nacional de los pueblos, sino también la democracia política y la libertad, la democracia económica y la justicia, el rechazo de la xenofobia racista y la universalidad, el progreso material y espiritual. Y si toda verdadera izquierda debe desear y apoyar la promoción nacional de los pueblos, es también, si no sobre todo, porque esta promoción significa todo aquello. Si el colonizador de izquierda rechaza la colonización y se niega como colonizador, es en nombre de este ideal. Ahora descubre que no hay relación entre la liberación de los colonizados y la aplicación de un programa de izquierda. Más aún, que puede ser que esté apoyando el nacimiento de un orden social donde *no hay lugar para un hombre*

de izquierda en tanto tal, al menos en un futuro inmediato.

Sucede inclusive que por diversas razones —para atraerse las simpatías de las potencias reaccionarias, para realizar la unión nacional o por convicción— los movimientos de liberación proscriban *desde ya* la ideología de izquierda y rehúsen sistemáticamente su ayuda, sumiéndola así en un insoportable embarazo, condenándola a la esterilidad. Entonces, en tanto militante de izquierda, el colonizador se encuentra prácticamente excluido del movimiento de liberación nacional.

El tránsito

Por lo demás, sus mismas dificultades, esta hesitación que vista desde afuera se parece bastante al arrepentimiento, lo excluyen más aún, lo convierten en sospechoso no sólo a los ojos del colonizado sino también frente a los hombres de la izquierda metropolitana; y esto es lo que más lo hace sufrir. Él se ha segregado de los europeos de la colonia pero lo ha querido, desprecia sus injurias y se enorgullece de ello. Pero los hombres de izquierda son en verdad los suyos, los jueces que se asigna, frente a los cuales tiene que justificar su vida en la colonia. Ahora, sus pares y sus jueces no lo comprenden en absoluto: la menor de sus tímidas reservas no hace sino despertar desconfianza e indignación. ¡Y qué, le dicen, un pueblo espera, un pueblo que sufre hambre, enfermedad y desprecio, un niño de cada cuatro muere durante su primer año de vida, y él pretende asegurarse acerca del fin y los medios! ¡Cuántas condiciones pone a su colaboración! ¡No se trata en este asunto de ética e ideología, la única tarea por el momento es liberar a este pueblo! En cuanto al futuro, ya habrá tiempo de ocuparse de él cuando se haga presente. Sin embargo, insiste él, es posible prever ya la fisonomía de la postliberación... Se lo hará callar con un argumento decisivo —en cuanto se trata de

negarse pura y simplemente a afrontar ese futuro— diciéndole que el destino del colonizado no le concierne, que lo que el colonizado haga de su libertad no le concierne sino a éste.

Es entonces cuando no comprende ya nada más. Si quiere apoyar al colonizado es precisamente porque su destino le concierne, porque sus destinos se entrecruzan, se conciernen entre sí, porque espera continuar viviendo en la colonia. No puede evitar pensar con amargura que la actitud de los hombres de izquierda de la metrópoli es bastante abstracta. Sin duda en la época de la resistencia contra los nazis la única tarea que se imponía y que unía a todos los combatientes era la liberación. Pero todos luchaban también por un cierto futuro político. Acaso si se hubiera asegurado a los grupos de izquierda, por ejemplo, que el régimen futuro sería teocrático y autoritario, o a los grupos de derecha que sería comunista; si hubieran entendido que por razones sociológicas imperiosas serían aplastados después de la lucha, ¿hubieran continuado batiéndose unos y otros? Posiblemente, pero ¿no se hubieran encontrado sus dudas, sus inquietudes igualmente escandalosas? El colonizador de izquierda se pregunta si no ha pecado por orgullo al creer al socialismo exportable y al marxismo universal. En este asunto, afirma, se cree con derecho a defender la concepción del mundo de acuerdo con la cual espera regir su vida.

Pero le falta todavía un golpe: dado que todo el mundo parece estar de acuerdo, la izquierda metropolitana y el colonizado (que se unen curiosamente en este punto al colonialista, que afirma la heterogeneidad de las mentalidades), dado que todo el mundo le grita lo mismo, se someterá. Sostendrá la liberación *incondicional* de los colonizados, con los medios que emplean y el futuro que parecen haberse elegido. Un periodista del mejor semanario de la izquierda francesa acabó por admitir que la condición humana pudiera significar el Corán y la Liga Árabe. El Corán, sea; ¡pero la Liga Árabe! La justa causa de un pueblo, ¿debe implicar sus mistificaciones y sus

errores? Para no ser excluido o sospechado, el colonizador de izquierda aceptará entretanto todos los temas ideológicos de los colonizados en lucha: *olvidará provisoriamente que está en la izquierda*.

¿Habrá terminado con eso? Nada menos seguro. Pues para conseguir convertirse en tráfuga, como finalmente lo ha resuelto, no es suficiente aceptar totalmente a aquellos por quienes se quiere ser adoptado; es preciso aun ser adoptado por ellos.

El primer punto no lo obtuvo sin dificultades ni contradicciones graves, dado que debió abandonar aquello por lo que luchaba tanto, es decir, sus valores políticos. Tampoco sin una casi-utopía, cuya posibilidad nos hemos concedido. El intelectual o el burgués progresista puede desear que un día se desvanezca lo que lo separa de sus camaradas de lucha, que son sus características de clase, a las que renunciaría de buen grado. Pero no aspira seriamente a cambiar de idioma, de costumbres, de pertenencia religiosa, etcétera... ni para calmar su conciencia ni para obtener su seguridad material.

El segundo punto no es muy fácilmente asequible. No basta su completa buena voluntad para que se inserte verdaderamente en el contexto de la lucha colonial: aún es preciso que sea posible su adopción por el colonizado; ahora bien, *sospecha que no tendrá un lugar en la futura nación*. Éste será el último descubrimiento del colonizador de izquierda, el que más lo sacudirá, el que hará muy a menudo la víspera de la liberación de los colonizados, cuando en realidad era previsible desde el comienzo.

Para comprender este punto es preciso tener presente un rasgo esencial de la naturaleza del hecho colonial: la situación colonial es una relación de pueblo a pueblo. El colonizador de izquierda forma parte del pueblo opresor y estará condenado, quiéralo o no, a compartir su destino del mismo modo que ha compartido su riesgo. Si algún día los suyos, los colonizadores,

deben ser expulsados de la colonia, es probable que el colonizada no haga una excepción con él; si en cambio pudiera continuar viviendo en medio de los colonizados, como extranjero tolerado, soportará, junto a los antiguos colonizadores, el rencor de un pueblo otrora esquilado por ellos; si, por el contrario, perdurara el poder de la metrópoli sobre la colonia, continuará cosechando su parte de odio a pesar de sus manifestaciones de buena voluntad. Para decir verdad, el estilo de una colonización no depende de uno o de algunos individuos generosos o lúcidos. Las relaciones coloniales no surgen de la buena voluntad o del gesto individual; existían antes de su llegada o de su nacimiento; el hecho de que las rechace o las acepte no las modificará profundamente; por el contrario, son ellas, como toda institución, las que determinan *a priori* su lugar y el del colonizado y, en definitiva, sus verdaderas correspondencias. En vano se reaseguraré: "Siempre he sido esto o aquello con los colonizados"; sospecha que aunque no fuera culpable en modo alguno como individuo, participa de una responsabilidad colectiva en tanto miembro de un grupo nacional opresor. Oprimidos en tanto grupo, los colonizados adoptan fatalmente una forma de liberación nacional y étnica de la cual él no puede sino hallarse excluido.

¿Qué le impediría pensar una vez más que esta lucha no es la suya? ¿Qué lo haría luchar por un orden social en el cual comprende, acepta y decide, que no habría lugar para él?

Imposibilidad del colonizador de izquierda

Visto desde más cerca, el papel del colonizador de izquierda se reduce a polvo. Creo que existen situaciones históricas imposibles, y ésta es una de ellas. Su vida actual en la colonia es finalmente inaceptable por la ideología del colonizador de izquierda, y, si esta ideología triunfara, pondría en cuestión su

propia existencia. La consecuencia rigurosa de esta toma de conciencia sería el abandono de ese papel.

Claro que puede intentar la componenda, lo que convertirá toda su vida en una larga serie de acomodamientos. Los colonizados en medio de los cuales vive no son, entonces, los suyos, ni lo serán nunca. Considerándolo bien, no puede identificarse con ellos ni ellos pueden aceptarlo. “Estoy más cómodo con los europeos colonialistas —me confesó un colonizador de izquierda que estaba más allá de toda sospecha— que con cualquier colonizado”. Ya no encara, si alguna vez lo hizo, tal asimilación; por lo demás carece de la imaginación necesaria para una revolución así. Cuando llega a soñar con un mañana, un estado social totalmente nuevo en el cual el colonizado cesará de serlo, no encara, por otro lado, una transformación profunda de *su propia situación y de su propia personalidad*. En ese estado nuevo, más armonioso, continuará siendo lo que es, conservando su idioma y sus tradiciones culturales dominantes. Por una contradicción afectiva que no ve en sí mismo, o que se niega a ver, espera continuar siendo europeo de derecho divino en un país que no será ya posesión europea; pero para entonces de un derecho divino del amor y de la confianza recuperada. Ya no lo protegerá e impondrá su ejército, sino la fraternidad de los pueblos. Jurídicamente, apenas algunos pequeños cambios administrativos cuyo sabor y consecuencias no adivina. Sin tener al respecto una idea legislativa clara, espera vagamente formar parte de la joven nación futura, pero se reserva firmemente el derecho de seguir siendo ciudadano de su país de origen. Finalmente, acepta que todo cambio llama, según sus deseos, al fin de la colonización, pero se niega a considerar que esta revolución pueda entrañar un sacudimiento en su situación y en su ser. Pues no es demasiado pedirle a la imaginación que imagine su propio fin, aunque sea para renacer diferentemente; sobre todo si, como el colonizador, no se aprecia para nada este renacimiento.

Se comprende ahora uno de los rasgos más engañosos del colonizador de izquierda: su ineficacia política. Ésta se encuentra en él en primer lugar, y deriva del carácter particular de su inserción en la coyuntura colonial. Su reivindicación, comparada con la del colonizado o, inclusive, con la del colonizador de derecha, es aérea. ¿Dónde se ha visto una reivindicación política seria —que no sea una mistificación o una fantasía— que no repose sobre sólidos correspondientes concretos, sea la masa o el poder del dinero o de la fuerza? El colonizador de derecha es coherente cuando exige el mantenimiento del *statu quo* colonial, o aun cuando reclama cínicamente todavía más privilegios; defiende sus intereses y su modo de vida, puede poner en acción fuerzas enormes para apoyar sus exigencias. La esperanza y la voluntad del colonizado no son menos evidentes, y se hallan fundadas sobre fuerzas latentes, que ni siquiera se revelan con claridad a sí mismas, pero susceptibles de sorprendentes desarrollos. El colonizador de izquierda se niega a formar parte del grupo de sus compatriotas y al mismo tiempo le es imposible hacer coincidir su destino con el de los colonizados ¿Quién es él, políticamente? ¿A quién expresa sino a sí mismo, es decir, a una fuerza descartable en la confrontación?

Su voluntad política padecerá una grieta profunda, la de su propia contradicción. Si intenta fundar un grupo político, no interesará nunca sino a sus semejantes, ya colonizadores de izquierda, o a otros transfugas, ni colonizadores ni colonizados, ellos mismos sin apoyo alguno. No conseguirá nunca atraer a la multitud de los colonizadores, cuyos intereses y sentimientos hiere demasiado; ni a los colonizados, pues su grupo no se ha originado en ellos ni es llevado hacia ellos, como deben ser los partidos de profunda expresión popular. Y mejor que no trate de tomar alguna iniciativa, hacer estallar una huelga por ejemplo; de inmediato verificaría su absoluta impotencia, su exterioridad. Si llega a someterse a ofrecer

incondicionalmente su apoyo, no tiene ninguna seguridad de poder influir sobre los acontecimientos y ese apoyo en la mayoría de los casos no se acepta y en todos es considerado descartable. Y de yapa, ese aire de gratitud no hace sino resaltar mejor su impotencia política.

Este hiato entre su acción y la del colonizado tendrá consecuencias imprevisibles y en la mayoría de los casos insuperables. A pesar de sus esfuerzos por unirse a la realidad política de la colonia, se verá constantemente desfasado tanto en su lenguaje cuanto en sus manifestaciones.

A veces dudará en conceder su apoyo (o lo negará) a una reivindicación del colonizado cuyo significado no comprenderá de golpe, lo que parecerá confirmar su tibieza. Otras, queriendo rivalizar con los nacionalistas menos realistas, se lanzará a una demagogia verbal cuyos mismos excesos aumentarán la desconfianza del colonizado. Propondrá explicaciones tenebrosas y maquiavélicas de los actos del colonizador, en casos en que el simple juego de la mecánica de la colonización hubiera bastado para explicarlos. O bien, ante el irritado asombro del colonizado, excusará ruidosamente lo que este último condena en sí mismo. En suma, rechazando el mal, el colonizador de buena voluntad no puede nunca alcanzar el bien, pues *la única elección que le está permitida no es la que se da entre el bien y el mal, sino entre el mal y el malestar.*

Por último, no puede dejar de interrogarse acerca del alcance de sus esfuerzos y de su voz. Sus accesos de furor verbal no suscitan sino el odio de sus compatriotas, dejando indiferentes a los colonizados. Dado que el colonizador de izquierda no detenta el poder, sus afirmaciones y sus promesas no tienen influencia alguna sobre la vida del colonizado. Por otra parte, no puede dialogar con el colonizado, hacerle preguntas o requerirle seguridades. Forma parte de los opresores y apenas haga un gesto equívoco, apenas se olvide de hacer la menor reserva —y eso que cree poder permitirse la franquicia que

autoriza la buena voluntad— lo vemos de inmediato convertido en sospechoso. Por lo demás, admite que no debe perturbar con dudas o preguntas en público al colonizado en lucha. Para decirlo en pocas palabras, todo le suministra la prueba de su desorientación, de su soledad y de su ineficacia. Descubrirá lentamente que sólo le queda callarse. Ya había estado obligado a interpretar sus declaraciones con silencios suficientes como para no indisponerlo con las autoridades de la colonia y ser compelido a abandonar el país. ¿Es preciso confesar que ese silencio, al cual se acostumbra bastante bien, no le significará mayores desgarramientos? ¿Que, por el contrario, se esforzaba por luchar en nombre de una justicia abstracta, por intereses que no son los suyos y que a menudo excluyen a los suyos?

Si no puede soportar ese silencio y convertir su vida en un perpetuo compromiso, si se halla entre los mejores, puede terminar también por abandonar la colonia y sus privilegios. Y si su ética política le prohíbe lo que considera de algún modo una retirada, hará otro tanto, arrojará piedras contra las autoridades hasta el momento en que sea “puesto a disposición de la metrópoli” según la púdica jerga administrativa. Dejando de ser colonizador, pondrá fin a su contradicción y a su malestar.

EL COLONIZADOR QUE SE ACEPTA
... o colonialista

El colonizador que rechaza el hecho colonial no encuentra en su rebelión el fin de su malestar. Si no se suprime a sí mismo como colonizador, se instala en la ambigüedad. Si rechaza esta medida extrema, concurre a confirmar, a instituir, la correspondencia colonial: la relación concreta entre su existencia y la del colonizado. Es comprensible que sea más cómodo aceptar la colonización, recorrer hasta el fin el camino que lleva *de colonial a colonialista*.

En resumen, el colonialista no es sino el colonizador que se acepta como tal. El que, en consecuencia, explicitando su situación, busca legitimar la colonización. Actitud más lógica, afectivamente más coherente que la danza atormentada del colonizador que se niega y continúa viviendo en la colonia. Uno trata en vano de conformar su vida a su ideología; el otro de conformar su ideología a su vida, de unificar y justificar su conducta. Desde todo punto de vista, *el colonialista es la vocación natural del colonizador*.

Es corriente oponer el *inmigrante* al *colonialista de nacimiento*. El inmigrante adoptaría más débilmente la doctrina colonialista. Ciertamente es más fatal la transformación del colonizador nativo en colonialista. El medio familiar, los intereses creados, las situaciones adquiridas en medio de las que vive y cuya ideología es el colonialismo, restringen su libertad. No pienso sin embargo que la distinción sea fundamental. La condición objetiva de privilegiado-usurpador es idéntica para los dos, para el que la hereda al nacer y para el que la goza desde el momento de desembarcar. Si aceptan esta condición, con mayor o menor rapidez, en forma más o menos aguda,

sobreviene la toma de conciencia de qué son y en qué se convertirán.

Ya no es buena señal haber decidido hacer la propia vida en la colonia, al menos en la mayoría de los casos; como no es signo positivo casarse con una buena dote. Sin hablar del inmigrante que está dispuesto a aceptar todo desde el momento de partir, el que viene expresamente para gustar del beneficio colonial. Este sería *el colonialista por vocación*.

El modelo es corriente y su retrato desciende con facilidad a la pluma. Generalmente es un hombre joven, prudente y culto, de espinazo flexible y dientes largos. Justifica todo a todo trance: a la gente en el lugar y al sistema. Aparenta obstinadamente no haber visto nada de la miseria y la injusticia que le saltan a los ojos; presta atención sólo a hacerse sitio, a obtener su parte. En la mayoría de los casos, por lo demás, ha sido llamado y enviado a la colonia: un protector lo envía, otro lo recibe, y su sitio lo espera ya. Si llega sin haber sido precisamente llamado, pronto es elegido. Sólo el tiempo que demore en actuar la solidaridad colonizadora: ¿se puede dejar en la mala a un compatriota?... Cuántas veces he visto a los que, llegados la víspera, tímidos y modestos, y provistos súbitamente de un título estupendo, ven iluminada su obscuridad por un prestigio que sorprende hasta a ellos mismos. Luego, sostenidos por el corset de su rol social, enderezan la cabeza y pronto adquieren una confianza tan desmesurada en sí mismos que se toman estúpidos. ¿Cómo no se felicitarían éstos de haberse trasladado a la colonia? ¿Acaso no han de estar convencidos de la excelencia del sistema que los convierte en lo que son? De ahora en adelante lo defenderán agresivamente; terminarán por creerlo justificado. En pocas palabras, se han transformado en colonialistas.

En el *colonialista por persuasión*, si bien la intención no era tan clara, el fin no es diferente. Funcionario designado allí por casualidad, o primo a quien su primo ofrece asilo, puede inclu-

so ser de izquierda al llegar y transmutarse irresistiblemente, por el mismo mecanismo fatal, en colonialista agresivo o solapado. ¡Como si hubiera sido suficiente que atravesara el mar, como si se hubiera podrido con el calor!

Inversamente, entre los colonizadores nativos, si bien la mayoría se aferra a su oportunidad histórica y la defiende a cualquier precio, existen quienes recorren el itinerario opuesto, rechazan la colonización y hasta terminan por abandonar la colonia. En la mayoría de los casos se trata de los jóvenes más generosos y más abiertos que, al salir de la adolescencia, deciden no llevar la vida del hombre de la colonia.

En ambos casos, los mejores se van. Sea por razones éticas, al no soportar beneficiarse con la injusticia cotidiana, o simplemente por orgullo, porque deciden ser de mejor estofa que el colonizador medio. Se fijan otras ambiciones y otros horizontes que los de la colonia que, contrariamente a lo que se cree, son muy limitados, demasiado previstos, y rápidamente agotados por los individuos con cierto temperamento. En ambos casos, la colonia no puede retener a los mejores: los que están de paso y se vuelven, vencido su contrato, indignados o irónicos y desengañados; los nativos, que no soportan el juego con cartas marcadas, donde es demasiado fácil triunfar, donde no pueden dar la plena medida de sus posibilidades.

“Los colonizados que aprueban son habitualmente superiores a los europeos de la misma categoría”, me confesaba con amargura el presidente de un tribunal examinador. “Con ellos se puede estar seguro de que lo han merecido.”

La mediocridad

Este constante “descremamiento” del grupo colonizador explica uno de los rasgos más frecuentes en el colonialista: su mediocridad. Esa impresión se aumenta por una decepción qui-

zás ingenua: es demasiado flagrante el desacuerdo entre el prestigio, las pretensiones y las responsabilidades del colonialista y sus capacidades reales, los resultados de su acción. Es imposible impedirse esperar, al enfocar la sociedad colonialista, encontrar una *élite*, al menos una selección, por ejemplo, los mejores técnicos, los más eficaces, los más seguros. Esta gente ocupa, casi todos y por todas partes, de derecho o de hecho, los primeros lugares. Y ellos lo saben y reivindican esa consideración y esos honores. La sociedad colonizadora quiere ser una sociedad dirigente, y se aplica en tener la apariencia de serlo. Las recepciones de los delegados metropolitanos recuerdan más a las de un jefe de Estado que a las de un prefecto. El menor desplazamiento motorizado entraña una serie de motociclistas imperiosos, petardeantes y ululantes. Nada se ahorra para impresionar al colonizado, al extranjero y, posiblemente, al mismo colonizador.

Ahora bien: mirando todo de más cerca, no se descubre en general otra cosa, más allá del fasto y del orgullo del pequeño colonizador, que hombres de pequeña estatura. Políticos, encargados de dar forma a la historia, casi sin conocimientos históricos, siempre sorprendidos por el acontecer, rehusando prever o incapaces de hacerlo. Especialistas, responsables de los destinos técnicos de un país, y que revelan ser técnicos fuera de carrera, porque se les evita toda competencia. En cuanto a los miembros de la administración pública, podría escribirse un capítulo acerca de su injuria y la indigencia de la gestión colonial. Se debe decir, en verdad, que la mejor gestión de la colonia no forma parte en absoluto de la intencionalidad de la colonización.

Como no existe una raza de colonizadores, así como no la hay de colonizados, es muy preciso encontrar otra explicación para la sorprendente carencia de los amos de la colonia. Ya hemos anotado la hemorragia de los mejores, hemorragia doble, de nativos y de hombres de paso. Este fenómeno es

seguido por un complemento desastroso: los mediocres se quedan, y durante toda su vida. Sucede que ellos no esperaban tanto. Una vez instalados, se cuidarán muy bien de soltar sus lugares; excepto el caso de que se les proponga uno mejor, lo que no puede sucederles sino en la colonia. Es por eso que, contrariamente a lo que se dice y salvo en ciertos puestos movibles por definición, el personal colonial es relativamente estable. La promoción de los mediocres no es un error provisorio, sino una catástrofe definitiva de la cual la colonia no se alivia nunca. Las *aves de paso*, aun las animadas de mucha energía, no llegan nunca a trastocar la fisonomía o simplemente la rutina administrativa de las prefecturas coloniales.

Esta selección gradual de los mediocres, que se opera necesariamente en la colonia, se agrava aun por la existencia de un campo de reclutamiento exiguo. Sólo el colonizador es llamado desde su nacimiento, de padre a hijo, de tío a sobrino, de primo a primo, a la dirección de los asuntos de la ciudad. La clase dirigente, salida únicamente del grupo colonizador que es por lejos el menos numeroso, no se beneficia así sino de una aireación irrisoria. Se produce una especie de marchitez, si se puede decir así, por consanguinidad administrativa.

Es, por fin, el mediocre el que impone el tono general de la colonia. Es él la verdadera contraparte del colonizado, pues es él quien necesita más de la compensación y de la vida colonial. Entre él y el colonizado se crean las relaciones coloniales más típicas. Se aferrará tanto más firmemente a estas relaciones, al hecho colonial, a su *statu quo*, cuanto que, como lo presiente, toda su existencia colonial depende de ello. Ha apostado a fondo y definitivamente a la colonia.

De manera que si bien no todo colonialista es un mediocre, todo colonizador debe aceptar en alguna medida la mediocridad de la vida colonial, debe amoldarse a la mediocridad de la mayoría de los hombres de la colonización.

...Del mismo modo que todo colonizador debe amoldarse a su situación objetiva y a las relaciones humanas que de ella se derivan. En efecto: no por haber elegido confirmar el hecho colonial, el colonialista ha suprimido las dificultades objetivas. La situación objetiva impone a todo colonizador *elementos dados* económicos, políticos y afectivos, contra los cuales puede rebelarse, sin conseguir nunca abandonarlos, pues forman la esencia del hecho colonial. Y pronto el colonialista descubre su propia ambigüedad.

Al aceptarse como colonizador, el colonialista acepta al mismo tiempo, aun si ha decidido no parar mientes en ello, lo que ese papel implica de censurable a los ojos de los otros y a los suyos propios. Esta decisión no le trae en absoluto una bienhechora y definitiva tranquilidad de espíritu. Por el contrario, el esfuerzo que deberá hacer para superar esta ambigüedad nos dará una de las claves para comprenderlo. Quizá si el colonialista hubiera estado convencido de su legitimidad, las relaciones humanas en la colonia habrían sido mejores, menos pesadas para el colonizado. En resumen: el problema que se le plantea al colonizador que se niega es el mismo que para aquel que se acepta. Sólo difieren sus soluciones: *la del colonizador que se acepta lo transforma irremisiblemente en colonialista.*

En efecto: de esta asunción de sí mismo y de su situación, van a derivar varios rasgos que pueden agruparse en un conjunto coherente. Nos proponemos denominar a esta constelación *el rol del usurpador (o el complejo de Nerón).*

Hemos dicho que aceptarse como colonizador sería esencialmente aceptarse como privilegiado ilegítimo, es decir, como usurpador. Es cierto que el usurpador reivindica su lugar y que, de ser necesario, lo defenderá por todos los medios. Pero reivindica un lugar usurpado (y lo admite). Es decir, que en el mismo momento de su triunfo, admite que lo que triunfa de él

es una imagen que condena. En consecuencia, su victoria *de hecho* no lo colmará nunca: le faltará inscribirla dentro de las leyes y de la moral. Para eso le sería preciso convencer de ella a los demás, si no a sí mismo. En suma, para gozar completamente de su victoria, necesita lavarse de ella y de las condiciones en medio de las cuales fue obtenida. De allí su encarnizamiento, que sorprende en un vencedor, respecto de aparentes futilidades: se esfuerza en falsificar la historia, hará reescribir los textos, extinguirá los recuerdos. Cualquier cosa para llegar a transformar su usurpación en legitimidad.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo puede la usurpación intentar pasar por legitimidad? Parecen posibles dos procedimientos: demostrar los méritos eminentes del usurpador, tan eminentes que merecen una recompensa tal; o insistir acerca del demérito del usurpado, tan profundo como para suscitar una desgracia tal. Y estos dos esfuerzos son de hecho inseparables. Su inquietud, su sed de justificación, exigen del usurpador al mismo tiempo, que se lleve a sí mismo a las nubes y que sumerja al usurpado bajo tierra.

Además, esta complementariedad no agota la relación compleja entre esos dos movimientos. Es necesario agregar que cuanto más es aplastado el usurpado, tanto más triunfa el usurpador en su usurpación; y, en consecuencia, se confirma en su culpabilidad y su autocondenación: esto acentúa más el juego del mecanismo, arrastrado sin cesar, agravado por su propio ritmo. En el límite, el usurpador tenderá a hacer desaparecer al usurpado, cuya sola existencia lo ubica como usurpador, cuya opresión, cada vez más pesada, lo torna a él cada vez más opresor. Nerón, figura ejemplar de usurpador, es llevado así a acosar rabiosamente a Británico, a perseguirlo. Pero cuanto más mal le haga, más coincidirá con ese rol atroz que ha elegido para sí. Y cuanto más se suma en la injusticia, más odiará a Británico y buscará obtener más de su víctima: que lo transforme en verdugo. No contento con haberle robado el trono, tra-

tará de arrebatarle el único bien que le queda: el amor de Junia. No se trata de celos puramente, ni de perversidad, sino de esta fatalidad interior de la usurpación que lo arrastra irresistiblemente hacia esta suprema tentación: la supresión moral y física del usurpado.

En el caso del colonialista, sin embargo, este límite encuentra en sí mismo su regulación. Si bien puede desear obscuramente —y llega hasta a proclamarlo— borrar al colonizado de la lista de los vivos, le sería imposible hacerlo sin alcanzarse. De algo sirve la desgracia: la existencia del colonialista está demasiado ligada a la del colonizado y aquél nunca podrá rebasar esta dialéctica. Le es preciso negar al colonizado con todas sus fuerzas y, al mismo tiempo, la existencia de su víctima le es indispensable para continuar la propia. Desde que ha elegido mantener el sistema colonial, debe aportar a su defensa mayor vigor que el que le hubiera hecho falta para rechazarlo. Desde que ha tomado conciencia de la injusta relación que lo une al colonizado, debe aplicarse sin tregua a autoabsolverse. No olvidará nunca hacer resplandecer públicamente sus virtudes, abogará con rabiosa obstinación por parecer heroico y grande, ampliamente merecedor de su fortuna. Al mismo tiempo, debiendo sus privilegios tanto a su gloria cuanto al envilecimiento del colonizado, se encarnizará en envilecerlo. Empleará para pintarlo los colores más sombríos; actuará, si es preciso, para devaluarlo, para aniquilarlo. Pero nunca saldrá de ese círculo: debe explicar esta distancia que la colonización pone entre él y el colonizado; ahora bien: para justificarse, es llevado a aumentar más aún esa distancia, a oponer irremediablemente las dos figuras, la propia, tan gloriosa; la del colonizado, tan despreciable.

Los dos retratos

Esta autojustificación conduce así a una verdadera reconstrucción ideal de los dos protagonistas del drama colonial. Nada es más sencillo que recolectar los rasgos supuestos de estos dos retratos según los propone el colonialista. Bastarían para ello una breve estadía en la colonia, algunas conversaciones o simplemente el rápido repaso de la prensa o de las novelas llamadas coloniales.

Como veremos, estas dos imágenes no carecen de consecuencias por sí mismas. La del colonizado visto por el colonialista, impuesta por sus exigencias, generalizada en la colonia y a menudo en el mundo gracias a sus periódicos, a su literatura, termina por repercutir de cierto modo sobre la conducta del colonizado y, en consecuencia, sobre su fisonomía real.¹ Del mismo modo, la forma en que el colonialista quiere verse juega un papel considerable en la emergencia de su fisonomía definitiva.

Es que no se trata de una simple adhesión intelectual, sino de la elección de todo un estilo de vida. Este hombre, tal vez amigo sensible y padre afectuoso, que en su país de origen por su situación social, su medio familiar, sus amistades naturales, habría podido ser un demócrata, se transformará con toda seguridad en conservador, reaccionario o incluso en fascista colonial. No puede sino aprobar la discriminación y la codificación de la injusticia, se alegrará de las torturas policiales y, si hace falta, se convencerá de la necesidad de la masacre. Todo lo conducirá a ello: sus nuevos intereses, sus relaciones profesionales, sus vínculos familiares y amistosos establecidos en la colonia. El mecanismo es casi fatal: *la situación colonial fabrica colonialistas del mismo modo que colonizados.*

¹ Ver más adelante el *Retrato del colonizado*.

El autodesprecio

Pero no se necesita impunemente de la policía y el ejército para ganarse la vida, de la fuerza y la iniquidad para continuar existiendo. No se acepta vivir permanentemente con la propia culpa sin perjuicio alguno. El panegírico de sí mismo y de los suyos, la afirmación repetida, aun con convicción, de su superioridad cultural y técnica, de la excelencia de sus costumbres, de sus instituciones, no borran la condenación fundamental que todo colonialista lleva en el fondo de sí. ¿Cómo podría no tenerla en cuenta? Ni bien trate de ensordecir a su propia voz interior, todo se la recordará todos los días; la simple visión del colonizado, las insinuaciones corteses o las acusaciones brutales de los extranjeros, las confesiones de los suyos en la colonia, y hasta en la metrópoli, donde en cada viaje se ve rodeado de una desconfianza entre envidiosa y condescendiente. Por supuesto que se lo trata con miramientos, como a todos los que disponen o participan de algún poder económico o político. Pero se sugiere que se trata de un habilidoso que ha sabido sacar partido de una situación particular, cuyos recursos serían, en resumen, de una discutible moralidad. Falta poco para que se le haga un guiño cómplice.

Él se defiende como puede contra esta acusación, implícita o expresa, pero que está siempre allí, siempre presta en sí mismo y en los demás. Ora insiste sobre las dificultades de su existencia exótica, las perfidias de un clima traidor, la frecuencia de las enfermedades, la lucha contra un suelo ingrato, la desconfianza de las poblaciones hostiles: ¿no merecerá todo eso alguna compensación? Ora furioso, agresivo, reacciona como Gribouille,* oponiendo desprecio a desprecio, acusando al metropolitano de cobardía y degeneración; por el contrario,

*Gribouille es el personaje francés que representa el grado máximo de estupidez y de simpleza. (N. del T.)

reconoce y reclama las riquezas de la expatriación y también, ¿por qué no?, los privilegios de la vida que se ha elegido, la vida fácil, los numerosos sirvientes, el goce, imposible en Europa, de una autoridad anacrónica e, inclusive, el bajo precio de la nafta. En resumen, nada puede salvarlo dándole esa alta idea compensatoria de sí mismo que busca tan ávidamente. Ni el extranjero, cuanto más indiferente, pero no cándido ni cómplice; ni su patria de origen, donde siempre se desconfía de él y a menudo se lo ataca, ni su propia acción cotidiana, que querría ignorar la muda rebelión del colonizado. De hecho, acusado por los otros, no cree para nada en su propia causa; en el fondo de sí, *el colonialista se declara culpable*.

El patriota

Resulta claro en estas condiciones que no espera seriamente hallar en sí mismo la fuente de esa indispensable grandeza, prenda de su rehabilitación. Lo extremado de su vanidad, del autorretrato demasiado magnífico del colonialista, lo traiciona más de lo que lo sirve. Y, en verdad, siempre ha recurrido simultáneamente a algo que se halla fuera de sí mismo: *busca en la metrópoli este último recurso*.

En efecto, esta caución debe reunir dos condiciones previas. La primera es que pertenezca a un universo del cual él mismo participe, si quiere que los méritos del mediador recaigan sobre él. La segunda es que este universo sea totalmente ajeno al colonizado, a fin de que éste nunca pueda prevalerse de él. Ahora bien: estas dos condiciones son milagrosamente reunidas por la metrópoli. Apelaré entonces a las cualidades de su patria de origen, celebrándolas, ampliándolas, insistiendo sobre sus tradiciones particulares, su originalidad cultural. De este modo, habrá establecido de un solo golpe su propia pertenencia a este universo afortunado, su ligazón natural con la

metrópoli y la imposibilidad para el colonizado de participar en esos esplendores, su heterogeneidad radical, al mismo tiempo desgraciada y despreciable.

Por otra parte, el colonialista quiere merecer todos los días esta elección, esta gracia. Se presenta a sí mismo (y lo recuerda frecuentemente) como uno de los miembros más conscientes de la comunidad nacional, finalmente, uno de los mejores. Porque él es agradecido y fiel. Sabe lo que debe a su origen, contrariamente al metropolitano, cuya felicidad nunca se ve amenazada. Sin embargo, su fidelidad es desinteresada —su alejamiento lo garantiza—; no se ve manchada por todas las mezquindades de la vida cotidiana del metropolitano, que debe arrancar todo a través de la astucia y las componendas electorales. En fin, su puro fervor patriótico hace de él el verdadero patriota, el que representa a su país mejor y en lo que tiene de más noble.

Y en verdad, en un sentido puede prestarse a creerlo. Ama los símbolos más estridentes, las manifestaciones más demostrativas de la potencia de su país. Asiste a todos los desfiles militares, que quisiera frecuentes y nutridos (y lo obtiene); les aporta su contribución, pavoneándose en ellos con disciplina y ostentación. Admira al ejército y la fuerza, respeta los uniformes y codicia las condecoraciones. Atravesamos aquí lo que es habitual denominar la política del prestigio; que no deriva sólo de un principio de economía (“mostrar la fuerza para no tener que emplearla”) sino que corresponde a una necesidad profunda de la vida colonial: trata al mismo tiempo de impresionar al colonizado y de reasegurarse él mismo.

Como retribución por haber depositado en la metrópoli la delegación y el peso de su propia grandeza desfalleciente, espera de ella que responda a su esperanza. Le exige que merezca su confianza, que le devuelva esta imagen de ella que él desea: ideal que resulta inaccesible al colonizado y que es perfecto justificativo de sus propios méritos que ha tomado prestados. Frecuentemente, a fuerza de esperarlos, termina por

crear un poco en ello. Los recién desembarcados, con su memoria todavía fresca, hablan de la metrópoli con una justeza infinitamente mayor que la de los viejos colonialistas. En sus comparaciones, inevitables, entre los dos países, las columnas del debe y del haber pueden aún rivalizar. El colonialista parece haber olvidado la realidad viviente de su país de origen. En el curso de los años, ha esculpido tal monumento de la metrópoli, por oposición a la colonia, que ésta se le aparece necesariamente irrisoria y vulgar. Es notable que incluso para los colonizadores nacidos en la colonia, es decir, amoldados carnalmente, adaptados al sol, al calor, a la tierra seca, el paisaje de referencia sigue siendo brumoso, húmedo y verde. Como si la metrópoli fuera un componente esencial del super-yó colectivo de los colonizadores, sus características objetivas devienen cualidades cuasi-éticas. Es un valor entendido que la bruma es *superior* en sí misma al pleno sol y el verde al ocre. La metrópoli no reúne así sino positivities, el clima correcto y la armonía de los paisajes, la disciplina social y una exquisita libertad, la belleza, la moral y la lógica.

Sin embargo, sería ingenuo retrucar al colonialista que debería regresar lo más rápido posible a ese universo maravilloso, reparar el error de haberlo abandonado. ¿Desde cuándo puede uno instalarse cotidianamente en la virtud y la belleza? Lo propio de un super-yó es precisamente no ser vivido, reglar desde lejos sin ser alcanzado nunca jamás por la conducta prosaica y escabrosa de los hombres de carne y hueso. La metrópoli no es tan grande sino por el hecho de que se halla más allá del horizonte y porque permite valorizar la existencia y la conducta del colonialista. Si éste regresara, perdería su carácter sublime, y él dejaría de ser un hombre superior: si en la colonia es todo, el colonialista sabe que en la metrópoli no sería nada; volvería a ser el hombre común. En realidad, la noción de metrópoli es comparativa. Reducida a sí misma, se desvanecería y simultáneamente dejaría en ruinas la sobrehumanidad

del colonialista. El colonialista es temido y admirado solamente en la colonia, porque posee una metrópoli de la que carecen sus cohabitantes. ¿Cómo va a dejar el único lugar en el mundo donde todavía es posible, sin ser fundador de ciudades o víctima de una gran desgracia de guerra, cambiar de nombre a los pueblos y legar el propio nombre a la geografía? Donde puede hacerlo sin siquiera temer el simple ridículo o la cólera de los habitantes, desde que su opinión no cuenta; donde todos los días obtiene la prueba eufórica de su poderío y su importancia.

El conservador

En consecuencia, es preciso no sólo que la metrópoli constituya ese ideal distante y nunca vivido, sino que ese ideal sea inmutable y esté al abrigo del tiempo: el colonialista exige que la metrópoli sea *conservadora*.

Entiéndase bien que él lo es resueltamente. Incluso es sobre este punto donde es más severo, donde menos transige. En rigor, tolera la crítica a las instituciones o a las costumbres del metropolitano, no es responsable de lo peor si apela a lo mejor. Pero es presa de inquietud y perturbación cada vez que a alguno se le ocurre tocar el estatuto político. Es sólo entonces que se enturbia la pureza de su patriotismo, y se debilita su adhesión indefectible a la madre patria. Puede llegar, ¡oh estupor!, hasta a la amenaza de secesión. Lo que parece aberrante, contradictorio con su patriotismo tan pregonado y real en algún sentido.

Pero en verdad, el nacionalismo del colonialista es de naturaleza particular. Se dirige esencialmente hacia ese aspecto de su patria que tolera y protege su existencia en tanto colonialista. Una metrópoli que se torna democrática hasta el punto, por ejemplo, de promover la igualdad de derechos hasta en las colonias, se arriesgaría también a abandonar las empresas coloniales. Una transformación así sería para el colonialista *asunto*

de vida o muerte, volver a poner en cuestión el sentido de su vida.

Se comprende que su nacionalismo vacile y que se niegue a reconocer esa cara peligrosa de su patria.

La tentación fascista

Para que él pueda subsistir como colonialista es preciso que la metrópoli permanezca eternamente metrópoli. Y en la medida en que esto dependa de él, se comprende que se aboque a ello con todas sus fuerzas.

Pero se puede dar un paso más aún: *toda nación colonial lleva así, en su seno, los gérmenes de la tentación fascista*.

¿Qué es el fascismo sino un régimen de opresión en beneficio de algunos? Pues toda la máquina administrativa y política de la colonia no tiene otros fines. Allí las relaciones humanas son resultado de una explotación aguda al máximo grado posible, están fundadas sobre la desigualdad y el desprecio, garantizadas por el autoritarismo policíaco. No quedan dudas para quienes lo han vivido que el colonialismo es una variedad del fascismo. No debe uno asombrarse demasiado de que instituciones que dependen, después de todo, de un poder central liberal, puedan ser tan diferentes de las de la metrópoli. Este cariz totalitario, que toman en sus colonias regímenes a menudo democráticos, es aberrante sólo en apariencia: no pueden tener otro, hallándose representados frente al colonizado por el colonialista.

No es más asombroso que el fascismo colonial difícilmente se limite a la colonia; un cáncer no tiende sino a extenderse. El colonialista no puede sino apoyar gobiernos y tendencias opresivas y reaccionarias, o, por lo menos, conservadoras. Aquellas que han de mantener el estatuto actual de la metrópoli, condición del suyo propio o, mejor aún, aquellas que asegurarán más firmemente las bases de la opresión. Y dado que más vale pre-

venir que curar, ¿cómo no ha de tentarlo provocar el nacimiento de tales gobiernos y regímenes? Si se le agrega el hecho de que sus medios financieros (y en consecuencia los políticos) son desmesurados, puede concebirse que represente para las instituciones centrales un peligro permanente, una bolsa de veneno que amenaza siempre emponzoñar todo el organismo metropolitano.

Y, finalmente, aunque nunca se moviera, su simple existencia, la existencia del sistema colonial, propondrá su constante ejemplo a las hesitaciones de la metrópoli; una seductora extrapolación de un estilo político donde las dificultades se resuelven por la total servidumbre de los gobernados. No es exagerado decir que, del mismo modo que la situación colonial corrompe al europeo de las colonias, *el colonialista es el germen de corrupción para la metrópoli*.

El resentimiento contra la metrópoli

El peligro y la ambigüedad de su excesivo ardor patriótico se vuelven a encontrar, además, y se verifican, en la ambigüedad más general de sus relaciones con la metrópoli. Es cierto que canta su gloria y se aferra a ella hasta paralizarla o incluso ahogarla si le es preciso. Pero al mismo tiempo nutre un resentimiento profundo contra la metrópoli y los metropolitanos.

Hasta ahora nos hemos referido solamente al privilegio del colonizador con relación al colonizado. En realidad, el europeo de las colonias sabe que es doblemente privilegiado: con relación al colonizado y con relación al metropolitano. Las prebendas coloniales significan también que, a igual importancia, el funcionario cobra más, el comerciante paga menores impuestos, el industrial paga más baratas las materias primas y la mano de obra que sus homólogos metropolitanos. El paralelo no se detiene allí. El privilegio colonial es del mismo modo consubstancial

a la existencia del colonizado y función de la metrópoli y del metropolitano. El colonialista no ignora que obliga a la metrópoli a sostener un ejército, que la colonia, si bien es para él toda ventajas, le cuesta al metropolitano más de lo que le reporta.

Y del mismo modo en que la naturaleza de las relaciones entre colonizador y colonizado deriva de sus vínculos económicos y sociales, las relaciones entre colonizador y metropolitano son tributarias de sus situaciones recíprocas. El colonizador no se enorgullece de las dificultades cotidianas de su compatriota, de los impuestos que pesan sólo sobre él y de sus mediocres ingresos. Vuelve de su viaje anual perturbado, descontento de sí mismo y furioso contra el metropolitano. Le fue preciso, como en cada oportunidad anterior, responder a insinuaciones o incluso a francos ataques, recurrir al arsenal, tan poco convincente, de los peligros del sol africano y las enfermedades del aparato digestivo, llamar en su apoyo a la mitología de los héroes con casco colonial. Ni siquiera hablan ya más el mismo lenguaje político: *A clase igual, el colonialista está naturalmente más a la derecha que el metropolitano*. Un camarada recién llegado me participó su ingenuo asombro: no comprendía por qué los jugadores de bochas, pertenecientes a la S.F.I.O. o radicales en la metrópoli, son reaccionarios o fascitizantes en la colonia.

Existe finalmente un antagonismo real, con fundamentos políticos y económicos, entre el colonialista y el metropolitano. Y en esto el colonialista, a pesar de todo, tiene razón de hablar de expatriación en la metrópoli: ya no tiene los mismos intereses que sus compatriotas. En cierta medida, ya no forma parte de ellos.

Esta dialéctica exaltación-resentimiento que une al colonialista a su patria matiza singularmente la calidad de su amor por ella. Sin duda se preocupa por dar de ella la imagen más gloriosa, pero este movimiento se halla viciado por todo lo que de ella espera. Así como no afloja nunca su esfuerzo patriotero,

así como multiplica sus zalamerías, esconde mal su cólera y su despecho. Debe velar sin cesar, intervenir si se hace necesario, para que la metrópoli siga sosteniendo a las tropas que lo protegen, conserve los hábitos políticos que lo toleran, mantenga finalmente esa fisonomía que le conviene y que puede oponer al colonizado. Y los presupuestos coloniales serán el precio pagado por las metrópolis, persuadidas de la discutible grandeza de serlo.

El rechazo del colonizado

Sin embargo es tal la enormidad de la opresión del colonizado que esta sobrevaloración de la metrópoli no basta nunca para justificar el hecho colonial. En verdad, la distancia entre el amo y el sirviente no es nunca lo bastante grande. Casi siempre, el colonialista se libra igualmente a la desvalorización sistemática del colonizado.

¡Ah! Sobre este punto no hace falta alentarlo: está colmado de su tema, que desgarrar su conciencia y su vida. Busca descartarlo de su pensamiento, imaginar la colonia sin el colonizado. Una humorada, más sería dado que no parece serlo, afirma que "Todo sería perfecto... si no hubiera allí indígenas". Pero el colonialista se da cuenta de que, sin el colonizado, la colonia ya no tendría sentido alguno. Esta contradicción insoportable lo llena de furor, de un odio siempre presto a desencadenarse sobre el colonizado, ocasión inocente pero fatal de su drama. Y no sólo si se trata de un policía o de un especialista de la autoridad, cuyos hábitos profesionales encuentran en la colonia posibilidades inesperadas de completa expansión. He visto estupefacto cómo apacibles funcionarios, docentes, cortesés y bien hablados por lo demás, se convertían súbitamente en monstruos vociferantes con pretextos fútiles. Se acusa al colonizado de las cosas más absurdas. Un viejo médi-

co me confió, con una mezcla de regaño y gravedad, que "el colonizado no sabe respirar"; un profesor me explicó doctamente que "aquí no se sabe caminar, se dan sólo pasitos que no hacen avanzar", de donde deriva esa impresión de hormigueo, característica, según parece, de las calles de la colonia. La devaluación del colonizado se extiende de este modo a todo lo que le concierne. A su país, que es feo, demasiado cálido, asombrosamente frío, maloliente, al clima vicioso, a la geografía tan desesperada que lo condena al menosprecio y a la pobreza, a la dependencia eterna.

Este rebajamiento del colonizado que debe explicar su miseria sirve al mismo tiempo como contraste a la positividad del colonialista. Esas acusaciones, esos juicios irremediablemente negativos siempre se expresan *con referencia a la metrópoli*, es decir, ya hemos visto a través de qué rodeo, con referencia al mismo colonialista. Se trata de comparaciones morales o sociológicas, estéticas o geográficas, explícitas, insultantes o alusivas y discretas, pero siempre favorables a la metrópoli o al colonialista. *Aquí, la gente aquí, las costumbres de este país*, son siempre inferiores, y por lejos en virtud de un orden fatal y preestablecido.

Este rechazo de la colonia y del colonizado tendrá graves consecuencias sobre la vida y el comportamiento de éste. Pero provoca también un efecto desastroso sobre la conducta del colonialista. Al haber definido de esta manera a la colonia, al no conceder ningún mérito a la ciudad colonial, al no reconocer ni sus tradiciones, ni sus leyes, ni sus costumbres, no puede admitir formar parte de ella. Rehúsa considerarse ciudadano con derechos y deberes, así como no encara la posibilidad de que su hijo llegue a serlo. Por lo demás, si bien se pretende indisolublemente ligado a su patria de origen, no vive allí, no participa de la conciencia colectiva de sus compatriotas y no funciona cotidianamente como tal. El resultado de este señalamiento sociológico doble pero negativo es que el colonialista

es *cívicamente aéreo*. Navega entre una sociedad lejana que quiere suya pero que se torna en alguna medida mítica, y una sociedad presente, a la que rechaza y mantiene de tal modo en la abstracción.

Pues con toda seguridad que no es la aridez del país o la falta de gracia de las ciudades coloniales lo que explica el rechazo del colonialista. Por el contrario, se trata de que el país sigue siendo árido o las construcciones de un utilitarismo desesperante, a causa de que él no lo ha adoptado, o no podía adoptarlo como tal. ¿Por qué, por ejemplo, no hace nada por el urbanismo? Cuando se queja por la presencia de un lago pestilente a las puertas de la ciudad, o porque las alcantarillas desbordan, o porque los servicios funcionan mal, ¿finge olvidar que él detenta el poder administrativo, que debería inculparse a sí mismo por ello? ¿Por qué no concibe o no puede concebir su esfuerzo de un modo desinteresado? Toda municipalidad, originada normalmente en sus administrados, se preocupa no sólo del bienestar de éstos sino de su porvenir, de la posteridad; su esfuerzo se inscribe en una duración: la de la ciudad. El colonialista no hace coincidir su porvenir con el de la colonia, no está aquí sino de paso, no invierte sino en lo que reditúa a plazo fijo. La verdadera razón, la razón primera de la mayor parte de sus carencias es ésta: el colonialista nunca decidió transformar la colonia a imagen y semejanza de la metrópoli ni al colonizado a su imagen. *No puede admitir tal adecuación que destruiría el principio de sus privilegios.*

El racismo

Por lo demás, esto no es allí sino un vago sueño de humanista metropolitano. El colonialista afirmó siempre, con nitidez, que esta adecuación era impensable. Pero la explicación de esto que se cree obligado a dar, muy significativa por sí

misma, será totalmente distinta. Esta imposibilidad no surge de él sino de su contraparte: depende de la *naturaleza* del colonizado. En otras palabras, y he aquí el trazo que completa este retrato, el colonialista recurre al racismo. Es notable que el racismo forme parte de todos los colonialismos, en todas las latitudes. No es una coincidencia: *El racismo resume y simboliza la relación fundamental que une a colonialista y colonizado.*

No se trata en absoluto de un racismo doctrinario. Por lo demás, esto sería difícil; al colonialista no le gustan las teorías ni los teóricos. El que se sabe en una mala posición ideológica o ética, generalmente se jacta de ser un hombre de acción que extrae sus lecciones de la experiencia. El colonialista ya la pasa bastante mal para construir su sistema de compensación como para no desconfiar de la discusión. Su racismo es vivido, cotidiano; pero no por ello pierde nada de tal. Al lado del racismo colonial, el de los doctrinarios europeos aparece casi transparente, congelado en ideas, casi desapasionado a primera vista. El racismo colonial, conjunto de conductas, de reflejos aprendidos, ejercidos desde la primera infancia, fijado, valorizado por la educación, se halla incorporado tan espontáneamente a los gestos, a las palabras, incluso a las más banales, que parece constituir una de las estructuras más sólidas de la personalidad colonialista. Si no se supiera hasta qué punto ayuda al colonialista a vivir y permite su inserción social, sin embargo, la frecuencia de su intervención, su intensidad en las relaciones coloniales, dejarían estupefacto al observador. Un constante esfuerzo del colonialista consiste en explicar, justificar y sostener, por la palabra tanto cuanto por la acción, el lugar y la suerte del colonizado, su contraparte en el drama colonial. Es decir, en definitiva, explicar, justificar y sostener el sistema colonial y, en consecuencia, su propio lugar. Ahora bien: el análisis de la actitud racista revela en ella tres elementos importantes:

1.— Descubrir y poner en evidencia las *diferencias* entre colonizador y colonizado.

2.— *Valorizar* estas diferencias en beneficio del colonizador y en detrimento del colonizado.

3.— Llevar esas diferencias a *lo absoluto*, al afirmar que son definitivas y actuar para que lleguen a serlo.

El primer procedimiento no es el más revelador de la actitud mental del colonialista. Estar al acecho del rasgo diferencial entre dos pueblos no es una característica racista por sí misma. Pero ocupa su lugar y toma un sentido particular dentro de un contexto racista. Lejos de buscar lo que podría atenuar su expatriación, acercarlo al colonizado y contribuir a la fundación de una ciudad común, el colonialista insiste, por el contrario, acerca de todo lo que los separa. Y en esas diferencias, siempre infamantes para el colonizado, gloriosas para él, encuentra la justificación de su negativa. Pero he aquí posiblemente lo más importante: una vez aislado el rasgo de costumbres, hecho histórico o geográfico que caracteriza al colonizado y lo opone al colonizador, es preciso impedir que el vacío entre ambos pueda llenarse. El colonialista extraerá al hecho de la historia, del tiempo y, en consecuencia, de una evolución posible. El hecho sociológico se bautiza como biológico o, mejor aún, metafísico. Se declara que pertenece a la *esencia* del colonizado. Súbitamente, la relación colonial entre colonizado y colonizador, fundada sobre la forma de ser, esencial, de los dos protagonistas, se torna una *categoría definitiva*. Es lo que es porque ellos son los que son, y ni uno ni otro cambiarán nunca.

Nos volvemos a encontrar una vez más con la intencionalidad de toda política colonial. Y he aquí dos ilustraciones. Contrariamente a lo que se cree, el colonialista no ha alentado nunca jamás con seriedad la conversión religiosa del colonizado. Las relaciones entre la Iglesia (católica o protestante) y el colonialismo son más complejas de lo que se afirma entre la

gente de izquierda. Es cierto que la Iglesia ayudó mucho al colonialista: garantizando sus empresas, dándole buena conciencia, contribuyendo a hacer aceptar la colonización, inclusive por el colonizado. Pero esto no fue para ella sino una alianza accidental y lucrativa. Hoy en día, en que el colonialismo se revela mortal y se torna comprometedor, la Iglesia se desprende de él por todos lados; dejó de defenderlo y ya casi comienza a atacarlo. En resumen, se sirvió del colonialismo como éste se sirvió de ella, pero conservando siempre la Iglesia su fin propio. Inversamente, si bien el colonialista recompensó a la Iglesia por su ayuda, concediéndole importantes privilegios, tierras, subvenciones, un lugar desproporcionado a su papel en la colonia, etc., nunca deseó que tuviese éxito: es decir, que obtuviera la conversión de todos los colonizados. Si lo hubiera querido realmente, le hubiera permitido realizar su sueño. Sobre todo en los comienzos de la colonización, disponiendo el colonizador de una completa libertad de acción, de un poder de opresión ilimitado y de una amplia complicidad internacional.

Pero el colonialista no podía favorecer una empresa que hubiera contribuido al desvanecimiento de la relación colonial. La conversión del colonizado a la religión del colonizador habría sido una etapa en el camino hacia la asimilación. Esta es una de las razones por las que las misiones coloniales fracasaron.

Otro ejemplo: el colonizado no tiene salvación social en mayor grado que salvación mística. Así como no puede librarse de su condición por la conversión religiosa, no se le permitirá abandonar su grupo social para incorporarse al grupo colonizador.

En realidad, toda opresión se dirige globalmente hacia un grupo humano, y, *a priori*, todos los individuos en tanto miembros de ese grupo son alcanzados anónimamente por la opresión. A menudo se oye afirmar que los obreros, es decir *todos* los obreros, en tanto obreros, padecen tales defectos o tales

taras. La acusación racista expresada contra los colonizados no puede sino ser colectiva, y todo colonizado, sin excepción, debe responder a ella. Se acepta, sin embargo, que la opresión obrera admite una salida: al menos teóricamente, un obrero puede dejar su clase y cambiar de estatuto. Mientras que, dentro del cuadro de la colonización, nada podrá salvar al colonizado. Nunca podrá ingresar al clan de los privilegiados; aunque gane más dinero que ellos, aunque obtenga todos los títulos, aunque aumente infinitamente su poderío.

Hemos comparado la opresión y la lucha colonial a la opresión y la lucha de clases. La relación colonizador-colonizado, de pueblo a pueblo, en el seno de las naciones, puede recordar, en efecto, la relación burguesía-proletariado en el seno de una nación. Pero es preciso mencionar además el estancamiento casi total de los grupos coloniales. A esto tienden todos los esfuerzos del colonialista; y, a este respecto, el racismo es el arma más segura: en efecto, se torna imposible el tránsito y toda rebelión sería absurda.

De esta manera, el racismo aparece no como un detalle más o menos accidental sino como un elemento consubstancial al colonialismo. Es la mejor expresión del hecho colonial y uno de los rasgos más significativos del colonialista. No sólo establece la discriminación fundamental entre colonizador y colonizado, condición *sine qua non* de la vida colonial, sino que en él se funda su *inmutabilidad*. Sólo el racismo autoriza a establecer para la eternidad, sustantivándola, una relación histórica que tuvo un comienzo en el tiempo. De donde resulta la extraordinaria difusión del racismo en la colonia; la coloración racista del más mínimo procedimiento, intelectual o activo, del colonialista e, inclusive, de todo colonizador. Y esto no sucede sólo entre los hombres de la calle: un psiquiatra de Rabat se atrevió a asegurarme, después de veinte años de ejercicio, que las neurosis norafricanas se explicaban por *el alma norafricana*.

Esta alma o esta etnia, o ese psiquismo, da cuenta de las instituciones anticuadas, de la ausencia de desarrollo técnico, de la necesidad de la servidumbre política, en fin de la totalidad del drama. Demuestra luminosamente que la situación colonial era irremediable y será definitiva.

La autoabsolución

Y he aquí el toque final. Al colonizador le era preciso explicar la servidumbre del colonizado dado que a él mismo le pareció escandalosa. Esto so pena de terminar en el escándalo y la inseguridad de su propia existencia. Gracias a una doble reconstrucción de sí mismo y del colonizado, conseguirá de un solo golpe justificarse y tranquilizarse.

Portador de los valores de la civilización y de la historia, él cumple una misión: tiene el inmenso mérito de iluminar las infamantes tinieblas del colonizado. El que este rol le reditue ventajas y respeto no es sino un acto de justicia: la colonización es *legítima* en todos sus sentidos y consecuencias.

Por lo demás, hallándose inscrita la servidumbre en la naturaleza del colonizado, y la dominación en la propia, no habrá solución. A las delicias de la virtud recompensada, agrega la necesidad de las leyes naturales. La colonización es *eterna*, el colonizador puede afrontar su porvenir sin ninguna inquietud.

A partir de lo cual, todo se tornará posible y tomará un sentido nuevo. El colonialista podrá permitirse vivir casi sosegado, benevolente e inclusive benefactor. El colonizado no podría sino estarle *agradecido* por recoger sus migajas.

Aquí se inscribe la sorprendente actitud mental llamada *paternalismo*. El paternalista es el que quiere ser generoso más allá del racismo y la desigualdad, una vez admitidos éstos. Se trata, si se quiere, de un racismo caritativo que no es el menos hábil ni el menos rentable. Porque el paternalista más abierto

monta en cólera en cuanto el colonizado *reclama*, por ejemplo, sus derechos sindicales. Si aumenta su paga, si su mujer cuida al colonizado, se trata de donaciones, no de deberes. Si reconociera tener deberes, deberá admitir que el colonizado tiene derechos. Ahora bien, se entiende, por todo lo que antecede, que él no tiene deberes, que el colonizado no tiene derechos.

Tras haber instaurado este nuevo orden moral en el que, por definición, es amo e inocente, el colonialista por fin se habrá concedido la absolución. Pero es preciso aun que ese orden no sea puesto nuevamente en cuestión por los demás, especialmente por el colonizado.

Retrato del colonizado

1

RETRATO MÍTICO DEL COLONIZADO

Nacimiento del mito

Exactamente del mismo modo en que la burguesía propone una imagen del proletario, la existencia del colonizador reclama e impone una imagen del colonizado. Sin esas coartadas las conductas del colonizador y del burgués, sus propias existencias, parecerían escandalosas. Pero alentamos la mistificación precisamente porque les sienta demasiado.

Sea, en este retrato-acusación, el rasgo de la pereza. Parece recoger la unanimidad de los conquistadores, desde Liberia hasta Laos, pasando por el Maghreb. Es sencillo ver hasta qué punto esta caracterización es *cómoda*. Ocupa un lugar importante en el juego dialéctico “dignificación del colonizador-depreciación del colonizado”. Por lo demás, es *fructuosa desde el punto de vista económico*.

Nada podría legitimar mejor el privilegio del colonizador que su trabajo; nada podría justificar mejor la miseria del colonizado que su ociosidad. En consecuencia, el retrato mítico del colonizado comprenderá una pereza increíble. El del colonizador, una virtuosa devoción por la acción. Simultáneamente, el colonizador sugiere que el trabajo del colonizado es poco rentable, lo que autoriza a pagarle salarios inverosímiles.

Puede parecer que la colonización hubiera alcanzado a disponer de un personal consumado. Nada menos cierto. El obrero calificado, que existe entre los símil-colonizadores, reclama una paga tres o cuatro veces superior a la del colonizado; ahora bien: no produce tres o cuatro veces más, ni en cantidad ni en

calidad. *Es más económico emplear tres colonizados que un europeo.* Es cierto que toda empresa requiere especialistas, pero se trata de un *mínimum*, que el colonizador importa o recluta entre los suyos. Sin contar los miramientos y la protección legal justamente exigidos por el trabajador europeo. Al colonizado no se le piden sino sus brazos y no es sino eso: por lo demás, sus brazos se cotizan tan mal que es posible alquilar tres o cuatro pares por el precio de uno.

Por lo demás, escuchándolo, se descubre que el colonizador no está tan indignado por esta pereza real o supuesta. Habla de ella con una divertida complacencia, bromea a su respecto; retoma todas las expresiones habituales y las perfecciona, inventa otras. Nada es suficiente para caracterizar la extraordinaria deficiencia del colonizado. Se torna lírico, pero de un lirismo negativo: el colonizado *no tiene un pelo en la mano** sino una cana, un árbol, ¡y qué árbol!, un eucalipto, un pino, ¡un roble centenario de América!, ¿un árbol? no, ¡una selva!, etcétera.

Pero, se insistirá, ¿es verdaderamente perezoso el colonizado? Para decir verdad, la pregunta está mal planteada. Además de que haría falta definir un ideal de referencia, una norma, variable de pueblo a pueblo, ¿puede acusarse de pereza a todo un pueblo? Puede sospechárselo de individuos, incluso de individuos numerosos dentro de un mismo grupo; preguntarse si su rendimiento no es mediocre, si la subalimentación, los salarios bajos, el porvenir bloqueado, un significado irrisorio de su rol social no quitan al colonizado todo interés por su tarea. Lo sospechoso es que la acusación no se dirige sólo a la mano de obra agrícola o al habitante de las villas miseria, sino también al profesor, al ingeniero o al médico que suministran la misma cantidad de horas de trabajo que sus colegas colonizadores; o

**Tener un pelo en la mano*: expresión idiomática francesa que significa ser muy holgazán. (N. del T.)

sea que se dirige, finalmente, a *todos* los individuos del grupo colonizado. Lo sospechoso es la *unanimidad* de la acusación y la *globalidad* de su objeto; de manera que ningún colonizado se salva de ella ni podría salvarse nunca. Es decir: *la independencia de la acusación de toda condición sociológica o histórica.*

De hecho, no se trata en absoluto de una connotación objetiva, en consecuencia diferenciada, en consecuencia susceptible de probables transformaciones, sino de una *institución*: por medio de su acusación, el colonizador instituye al colonizado como ser perezoso. Decide que la pereza es constitutiva de la esencia del colonizado. Una vez establecido esto, se torna evidente que el colonizado no sería nunca otra cosa que perezoso cualquiera fuese la función que asumiere o el celo que desplegar en su cumplimiento. Volvemos aquí siempre al racismo, que es en buena medida una sustantificación, en beneficio del acusador, de un rasgo real o imaginario del acusado.

Es posible retomar idéntico análisis a propósito de cada uno de los rasgos adjudicados al colonizado.

Cuando el colonizador afirma en su lenguaje que el colonizado es un débil, sugiere por allí que esta deficiencia reclama la protección. De donde surge, fuera de broma —yo lo he oído a menudo—, la noción de protectorado. Es en el propio interés del colonizado que se lo excluye de las funciones de dirección reservándose al colonizador esas pesadas responsabilidades. Cuando el colonizador agrega, para no entregarse a la solicitud, que el colonizado es un ignorante perverso, de malos instintos, ladrón y un poco sádico, legitima al mismo tiempo su policía y su justa severidad. Es muy necesario defenderse de las peligrosas tonterías de un irresponsable. Y también —meritoria preocupación— ¡defenderlo de sí mismo! Del mismo modo con respecto a la falta de necesidades del colonizado, su ineptitud para el confort, para la técnica, para el progreso, su sorprendente familiaridad con la miseria: ¿por qué habría de

preocuparse el colonizador de lo que no inquieta para nada al interesado? Sería hacerle un flaco favor, agrega con filosofía audaz y sombría, obligarlo a las servidumbres de la civilización. ¡Vamos! Recordemos que la sabiduría es oriental, aceptamos, como él lo hace, la miseria del colonizado. Del mismo modo aun, con respecto a la mentada ingratitud del colonizado, sobre la cual han insistido autores a los que se llama serios: recuerda al mismo tiempo todo lo que el colonizado debe al colonizador, que todas esas buenas acciones están perdidas y que es inútil pretender enmendar al colonizado.

Es notable que este cuadro no necesite de nada más. Por ejemplo, es difícil hacer concordar entre sí a la mayor parte de estos rasgos, proceder a su *síntesis objetiva*. No se ve por qué el colonizado sería al mismo tiempo inferior y malvado, perezoso e ignorante. Podría haber sido inferior y bueno, como el buen salvaje del siglo XVIII, o pueril y duro para el trabajo, o perezoso y astuto. Más aún: los rasgos adjudicados al colonizado se excluyen entre sí, sin que eso perturbe a su fiscal. Se lo pinta al mismo tiempo frugal, sobrio, sin amplias necesidades y engullendo repugnantes cantidades de carne, grasa, alcohol o cualquier otra cosa; como un cobarde que teme sufrir y como un bruto al que no detienen ninguna de las inhibiciones de la civilización, etc. Prueba suplementaria de que es inútil buscar esta coherencia fuera del colonizador mismo. En la base de toda la construcción, finalmente, se encuentra una dinámica única; la de las exigencias económicas y afectivas del colonizador, que reemplaza para él a la lógica, impone y explica cada una de los rasgos que adjudica al colonizado. En definitiva, todos son *ventajas* para el colonizador, incluso aquellos que, a primera vista, le serían perjudiciales.

La deshumanización

Es que en verdad, al colonizador le importa poco el colonizado. Lejos de querer aprehender al colonizado en su realidad, su preocupación es hacerle sufrir esta indispensable transformación. Y el mecanismo de esa remodelación del colonizado es esclarecedor por sí mismo.

En primer lugar consiste en una serie de negaciones. El colonizado *no es* esto, *no es* aquello. Nunca es considerado positivamente; o si lo es, la cualidad que se le concede deriva de una *carencia* psicológica o ética. Así sucede con la hospitalidad árabe, que difícilmente puede pasar por ser un rasgo negativo. Si se presta atención a ello, se descubre que el elogio es formulado por los turistas, por europeos de paso, pero no por los colonizadores, es decir, los europeos instalados en la colonia. En cuanto se establece en el lugar, el europeo no aprovecha más de esta hospitalidad, detiene los intercambios, contribuye a la erección de barreras. Muy pronto cambia de paleta para pintar al colonizado, que se convierte en celoso, encerrado en sí mismo, exclusivista, fanático. ¿En qué se convierte la mentada hospitalidad? Ya que no puede negar su existencia, el colonizador hace resaltar sus sombras y las consecuencias desastrosas que puede tener.

Proviene de la irresponsabilidad y de la prodigalidad del colonizado, que carece del sentido de la previsión, de la economía. Desde el notable hasta el *fellah* las fiestas son bellas y generosas, en efecto, pero ¡veamos en qué terminan! El colonizado se arruina, toma dinero prestado y finalmente paga con el dinero de los otros. ¿Se habla, por el contrario, de la modestia de la vida del colonizado? ¿De su no menos mentada falta de necesidades? Esto no prueba en mayor medida su sabiduría, sino su estupidez. Es como si, por fin, todo rasgo reconocido o inventado *debiera* ser indicador de una negatividad.

De este modo se reducen a polvo, una tras otra, todas las

cualidades que hacen del colonizado un hombre. Y la humanidad del colonizado, negada por el colonizador, se torna efectivamente opaca para éste. Es inútil, pretende, intentar *prever* las conductas del colonizado (“¡Son imprevisibles!”... “¡Con ellos nunca se sabe!”). Una impulsividad extraña e inquietante parece dirigir al colonizado. En realidad debe ser bastante raro el colonizado para seguir siendo tan misterioso después de tantos años de cohabitación... o es preciso pensar que el colonizador tiene poderosas razones para aferrarse a esta ilegibilidad.

Otra señal de esta despersonalización del colonizado: lo que se podría denominar *la marca del plural*. Nunca se caracteriza al colonizado de un modo diferencial; no tiene derecho sino a la sumersión dentro del colectivo anónimo. (“Ellos son así... ellos son todos iguales”). Si la sirvienta colonizada deja de venir una mañana, el colonizador no dirá que *ella* está enferma, o que *ella* lo engaña o que *ella* intenta no respetar un contrato abusivo. (Siete días por semana; las sirvientas colonizadas gozan raramente del descanso hebdomadario que se acuerda a las demás.) Afirmará que “No se puede contar con *ellos*”. Y esto no es una cláusula de estilo. Él se niega a encarar los acontecimientos personales, particulares de la vida de su sirvienta; esta vida en su especificidad no le interesa, su sirvienta no existe como *individuo*.

Finalmente, el colonizador niega al colonizado el derecho más precioso reconocido a la mayoría de los hombres: la libertad. Las condiciones de vida que la colonización impone al colonizado no la tienen en absoluto en cuenta; inclusive no la suponen. El colonizado no dispone de salida alguna para abandonar su estado de desgracia: ni salida jurídica (la naturalización), ni salida mística (la conversión religiosa). El colonizado no es libre para elegirse colonizado o no colonizado.

¿Qué puede quedarle al término de este obstinado esfuerzo de desnaturalización? Seguramente no es más un *alter ego* del colonizador. Es apenas, aún, un ser humano. Pero tiende rápi-

damente hacia el objeto. Ambición suprema del colonizador en su límite, debería *no existir más que en función de las necesidades del colonizador, es decir, hallarse transformado en colonizado puro*.

Puede verse la extraordinaria eficacia de esta operación. ¿Qué clase de deber serio puede tenerse hacia un animal o una cosa, aquello a lo que el colonizado se va pareciendo cada vez más? Se comprende entonces que el colonizador se permita actitudes y juicios tan escandalosos. Un colonizado conduciendo un automóvil es un espectáculo al que el colonizador se rehúsa a habituarse; le niega toda normalidad, como si fuera una pantomima simiesca. Un accidente, aunque fuera grave, que afecta al colonizado hace reír casi. El ametrallamiento de una multitud de colonizados hace que se encoja de hombros. Por otra parte, una madre indígena que llora la muerte de su hijo, una esposa indígena que llora a su marido, no le recuerdan sino vagamente el dolor de una madre o de una esposa. Si llegara a nacer su compasión, esos gritos desordenados, esos gestos insólitos, bastarían para reenfríarla. Últimamente un autor nos contaba con gracia cómo se arreaba hacia grandes jaulas, como se hace en las cacerías, a los indígenas sublevados. El hecho de que se haya imaginado primero y luego osado construir esas jaulas, y quizá más todavía, el que se haya permitido a los reporteros fotografiar las capturas, prueba en buena medida que, en el espíritu de sus organizadores, el espectáculo no tenía ya nada de humano.

La mistificación

No sorprende que este delirio de destrucción del colonizado, nacido de las exigencias del colonizador, les responda tan precisamente, que parezca confirmar y justificar la conducta del colonizador. Más notable, quizá más nocivo, es el eco que

suscita en el propio colonizado. ¿Cómo habría de reaccionar éste, confrontado constantemente con esta imagen de sí mismo; propuesta, impuesta tanto en las instituciones cuanto en todo contacto humano? Esa imagen no puede dejarlo indiferente como si estuviera como enchapado con ella desde el exterior, como si fuera un insulto que vuela con el viento. Termina por reconocerla, como si fuera un apodo aborrecido pero convertido en signo familiar. La acusación lo perturba, lo inquieta, tanto más cuanto que admira y teme a su poderoso acusador. ¿No tendrá éste un poco de razón?, murmura. ¿No seremos a pesar de todo nosotros un poco culpables? ¿Perezosos, dado que tenemos tantos desocupados? ¿Timoratos, dado que nos dejamos oprimir? Ese retrato mítico y degradante, querido y difundido por el colonizador, termina por ser aceptado y vivido en cierta medida por el colonizado. Adquiere de este modo cierta realidad y *contribuye al retrato real del colonizado*.

Este mecanismo no es desconocido: se trata de una mistificación. Es sabido que la ideología de una clase dirigente se hace adoptar en gran medida por las clases dirigidas. Pues bien: toda ideología de combate comprende, como parte integrante de sí misma, una concepción del adversario. Consintiendo esta ideología, las clases dominadas confirman, en cierto modo, el papel que se les ha asignado. Lo que explica, entre otras cosas, la relativa estabilidad de las sociedades; en ellas la opresión es tolerada, de buen o mal grado, por los propios oprimidos. En la relación colonial, la dominación se ejerce de pueblo a pueblo, pero el esquema sigue siendo el mismo. La caracterización y el papel del colonizado ocupan un lugar preponderante en la ideología colonizadora; caracterización infiel a la realidad, incoherente en sí misma, pero necesaria y coherente en el interior de esta ideología. Y a la cual el colonizado presta su asentimiento, perturbado, parcial, pero innegable.

He aquí la única parcela de verdad que contienen estas nociones a la moda: complejo de dependencia, colonizabilidad,

etcétera... Con toda seguridad existe —en un punto de su evolución— cierta adhesión del colonizado a la colonización. Pero esta adhesión es resultado de la colonización, y no su causa; nace *después* y no antes de la ocupación colonial. Para que el colonizador sea totalmente el amo, no basta con que lo sea objetivamente; es preciso además que crea en su legitimidad. Y para que esta legitimidad sea completa, no basta con que el colonizado sea objetivamente esclavo; es preciso que se acepte esclavo. En resumen, el colonizador debe ser reconocido por el colonizado. El vínculo entre colonizador y colonizado es, de este modo, destructor y creador. Destruye a los dos actores de la colonización y los recrea en colonizador y colonizado: uno de ellos se desfigura en opresor, ser parcial, incivil, tramposo, preocupado sólo por sus privilegios y su defensa a cualquier precio; el otro en oprimido, quebrado en su desarrollo, transigente frente a su aplastamiento.

Del mismo modo en que el colonizador intenta aceptarse como colonizador, el colonizado se halla obligado a aceptarse como colonizado para sobrevivir.

SITUACIÓN DEL COLONIZADO

Hubiera sido demasiado hermoso que ese retrato mítico se mantuviera como un puro fantasma, una mirada lanzada sobre el colonizado sin otro efecto que calmar la conciencia del colonizador. Pero compelido por las mismas exigencias que lo suscitaron, no puede dejar de traducirse en conductas efectivas, en comportamientos actuantes y constituyentes.

Desde que *se presume* que el colonizado es ladrón, es preciso cuidarse *efectivamente* de él. Siendo sospechoso por definición, ¿por qué no habría de ser culpable? Han robado alguna ropa blanca (incidente frecuente en esos países de sol, donde la ropa lavada se seca al viento y provoca a los que están desnudos). ¿Quién será culpable sino el primer colonizado detectado en la zona? Y dado que *quizá* sea él, se va hasta su casa y se lo conduce al destacamento de la policía.

“¡Linda injusticia!” —replica el colonizador—. “Una de cada dos veces se acierta. Y, de todos modos, el ladrón es un colonizado; si no se lo encuentra en la primera choza, está en la segunda”.

Lo cual es exacto: el ladrón (quiero decir el ladronzuelo) se recluta efectivamente entre los pobres, y los pobres entre los colonizados. Pero ¿debe concluirse acaso de esto que todo colonizado sea un ladrón y deba ser tratado como tal?

Conductas como ésta, comunes al conjunto de los colonizadores y que se dirigen al conjunto de los colonizados, en consecuencia, van a expresarse en instituciones. Dicho de otro modo, definen e imponen situaciones objetivas que cercan al colonizado y pesan sobre él hasta el punto de desviar su conducta y grabar arrugas en su rostro. Globalmente, esas situa-

ciones serán *situaciones de carencia*. A la agresión ideológica que tiende a deshumanizarlo primero y a mistificarlo luego, corresponden, en resumidas cuentas, situaciones concretas que apuntan al mismo resultado. Estar mistificado es ya, poco o mucho, avalar el mito y conformar a él la propia conducta, es decir, proceder de acuerdo al mismo. Y sucede que aquel mito, además, está sólidamente apoyado sobre una organización bien real, una administración estatal y una jurisdicción, y lo alimentan y renuevan las exigencias históricas, económicas y culturales del colonizador. Aunque el colonizado fuera insensible a la calumnia y al desprecio, aunque se encogiera de hombros ante el insulto o el atropello, ¿cómo habría de escapar a los salarios bajos, a la agonía de su cultura, a la ley que lo rige desde su nacimiento hasta su muerte?

Del mismo modo en que no puede escapar a la mistificación colonizadora, no sabría sustraerse a esas situaciones concretas, generadoras de carencias. En cierta medida, el retrato real del colonizado es función de esta conjunción. Invertiendo una fórmula precedente, podemos decir que la colonización fabrica colonizados así como hemos visto que fabrica colonizadores.

El colonizado y la historia...

La carencia más grave que experimenta el colonizado la constituye el hallarse situado *fuera de la historia y fuera de la ciudad*. La colonización le suprime toda participación libre así en la guerra como en la paz, toda decisión que contribuya al destino del mundo y al propio, toda responsabilidad histórica y social.

Ciertamente suele suceder que los ciudadanos de los países libres, sumidos en el abatimiento, se digan que no son nada en los asuntos de la nación, que su acción es irrisoria, que sus voces no se escuchan, que las elecciones son fraudulentas. La

prensa y la radio están en manos de unos pocos, no pueden impedir la guerra ni exigir la paz, ni siquiera obtener de ~~unos~~ elegidos que respeten, una vez electos, aquello por lo que se los envió al Parlamento. Pero en seguida reconocen que tienen el *derecho* de hacerlo; el poder potencial si no efectivo: que son engañados o están cansados, pero no son esclavos. Son hombres libres momentáneamente vencidos por la astucia o aturdidos por la demagogia. Y a veces, excedidos, montan en súbitas cóleras, quiebran sus cadenas de piolín y trastruecan los pequeños cálculos de los políticos. La memoria popular conserva un orgulloso recuerdo de esas justas tempestades periódicas. Bien pensado, más bien se acusarían de no rebelarse más a menudo; después de todo, son responsables de su propia libertad y si por fatiga o debilidad, o escepticismo, dejan de utilizarla, merecen su castigo.

El colonizado, en cambio, no se siente ni responsable, ni culpable, ni escéptico: está fuera de juego. De algún modo no es más sujeto de la historia; seguramente soporta su peso, a menudo más cruelmente que los demás, pero siempre como objeto. Ha terminado por perder la costumbre de toda participación activa en la historia y ya ni siquiera la reclama. Por poco que dure la colonización, pierde hasta el recuerdo de su libertad; olvida lo que cuesta o ya no se atreve a pagar su precio. Si así no fuera, ¿cómo explicar que una guarnición de algunos hombres pueda mantenerse en un puesto de montaña? ¿O que un puñado de colonizadores, a menudo arrogantes, pueda vivir en medio de una muchedumbre de colonizados? Hasta los propios colonizadores se asombran de esto y de allí deriva que acusen al colonizado de cobardía. En realidad, la acusación es demasiado ufana: saben perfectamente que si se vieran amenazados su soledad se quebraría rápidamente: todos los recursos de la técnica, teléfonos, telegramas, aviones, pondrían a su disposición, en pocos minutos, medios increíbles de defensa y destrucción. Por cada colonizador muerto, centena-

res, millares de colonizados han sido o serán exterminados. La experiencia ha sido demasiado a menudo renovada —quizás provocada— como para convencer al colonizado de la inevitable y terrible sanción. Todo ha sido puesto en acción para borrar en él el coraje de morir y de afrontar la visión de la sangre.

Resulta tanto más claro que, si se trata en buena medida de una carencia nacida de una situación y de la voluntad del colonizador, no se trata sino de eso. Y no de una suerte de impotencia congénita para asumir la historia. Esto ya lo prueba la misma dificultad del condicionamiento negativa, la obstinada severidad de las leyes. Mientras los pequeños arsenales del colonizador gozan de una indulgencia plenaria, el descubrimiento de un arma oxidada en poder del colonizado comporta un castigo inmediato. La famosa *fantasía** no es sino un número de animal doméstico al que se le pide que ruja como otrora para dar escalofríos a los invitados. Pero el animal ruge muy bien; y la nostalgia de las armas está siempre allí, integra todas las ceremonias, del Norte al Sur del África. La carencia guerrera parece proporcional a la importancia de la presencia colonizadora; las tribus más aisladas son las que se mantienen más dispuestas a servirse de sus armas. Esto no es una prueba de *salvajismo*, sino de que el condicionamiento no se halla suficientemente alimentado.

Es por esto, igualmente, que la experiencia de la última guerra fue tan decisiva. No sólo, como se dijo, porque haya enseñado imprudentemente a los colonizados la técnica de la guerrilla. Sino porque les recordó, les sugirió, la posibilidad de una conducta agresiva y libre. Los gobiernos europeos que, después de esta guerra, prohibieron la proyección en las salas coloniales de películas como *La batalla del riel*, no estuvieron equivocados desde su punto de vista. Los *westerns* americanos,

las películas de *gángsters*, los cortos de propaganda de guerra, ya mostraban —y esto se les objetó— la forma de utilizar un revólver o una metralleta. El argumento no basta. El significado de las películas de resistencia es completamente diferente: los oprimidos, apenas armados o totalmente desarmados, se atrevían a atacar a sus opresores.

Un poco más tarde, cuando estallaron las primeras revueltas en las colonias, los que no comprendieron su sentido se tranquilizaron al contar el número de combatientes activos, al ironizar sobre su insignificancia. En efecto, el colonizado duda antes de retomar en sus manos su destino. ¡Pero el sentido del acontecimiento sobrepasaba en tal medida su peso aritmético! ¡Algunos colonizados ya no temblaban frente al uniforme del colonizador! Se han hecho chistes acerca de la insistencia de los rebeldes en vestirse de color caquí y de manera homogénea. Seguramente esperan ser tratados como soldados. Pero hay algo más en esta obstinación: ellos reivindican la librea de la historia, se visten con ella; porque hoy en día —lamentablemente, sea— la historia esta vestida de militar.

... El colonizado y la ciudad

Lo mismo sucede con los asuntos de la ciudad: “No son capaces de gobernarse solos”, dice el colonizador. “Es por eso, explica, que no les permito... y no les permitiré nunca jamás acceder al gobierno”.

El hecho es que el colonizado no gobierna. Que hallándose estrictamente alejado del poder, termina en efecto por perder la costumbre y el gusto por él. ¿Cómo habría de interesarse en algo de lo que se halla tan decididamente excluido? Los colonizados no son ricos en hombres de gobierno. ¿Cómo habría de suscitar competencias una ausencia tan larga del poder autóno-

*Fantasía: ejercicio ecuestre árabe. (N. del T.)

mo? ¿Puede prevalecerse el colonizado de este presente falsificado para obstruir el porvenir?

A causa de que las organizaciones coloniales tienen reivindicaciones nacionalistas, se concluye a menudo que el colonizado es chauvinista. Nada menos cierto. Por el contrario, se trata de una ambición y de una técnica de reunión que apela a motivos pasionales. Excepción hecha de los militantes de este renacimiento nacional, los signos habituales del chauvinismo —amor agresivo a la bandera, utilización de canciones patrióticas, conciencia aguda de pertenecer a un mismo organismo nacional— son raros en el colonizado. Se repite que la colonización ha precipitado la toma de conciencia nacional del colonizado. Podría afirmarse igualmente que ha moderado su ritmo, al mantener al colonizado fuera de las condiciones objetivas de la nacionalidad contemporánea. ¿Es acaso una coincidencia que los pueblos colonizados sean los últimos en nacer a esta conciencia de sí mismos?

El colonizado no goza de ninguno de los atributos de la nacionalidad, ni de la propia, que es dependiente, discutida, reprimida, ni, seguramente, de la del colonizador. No puede en absoluto estar unido a la una ni reivindicar la otra. Al carecer de su ubicación justa en la ciudad, al no gozar de los derechos del ciudadano moderno, al no hallarse sometido a sus deberes habituales, al no votar, ni soportar el peso de los asuntos comunes, no puede sentirse un verdadero ciudadano. A consecuencia de la colonización, el colonizado no hace casi nunca la experiencia de la nacionalidad y de la ciudadanía sino en forma *privativa: Nacional y cívicamente, no es sino aquello que el colonizador no es.*

El niño colonizado

Esta mutilación social e histórica es probablemente la más

grave y la más preñada de consecuencias. Contribuye a generar las carencias que presentan los otros aspectos de la vida del colonizado; y, por un efecto de retorno, frecuente en los procesos humanos, se ve alimentada por las demás debilidades del colonizado.

Al no considerarse ciudadano, el colonizado pierde igualmente la esperanza de ver a su hijo convertido en tal. Muy pronto, renunciando a ello él mismo, no hace más proyectos al respecto, lo elimina de sus ambiciones paternas y no le deja ningún lugar en su pedagogía. En consecuencia, nada sugerirá al joven colonizado la confianza y el orgullo de su ciudadanía. No esperará de ella ventajas, ni estará preparado para asumir sus cargas. (Con seguridad, menos le sugerirá su educación escolar, donde las alusiones a la ciudad, a la nación, etc., se darán siempre con referencia a la nación colonizadora.) Este hueco pedagógico, resultado de la carencia social, viene entonces a perpetuar esta misma carencia, que llega a ser una de las dimensiones esenciales del individuo colonizado.

Más tarde, adolescente, apenas entrevé la salida a una situación familiar desastrosa: la rebelión. El círculo está bien cerrado. La rebelión contra el padre y la familia es un acto sano e indispensable a su propio acabado; le permite comenzar la vida de hombre; nueva batalla feliz y desgraciada, pero en medio de los demás hombres. El conflicto intergeneracional puede y debe resolverse en el conflicto social; inversamente, es de este modo factor de movimiento y progreso. Las jóvenes generaciones encuentran en el movimiento colectivo la solución de sus dificultades, y al elegir el movimiento, lo aceleran. Pero aún es preciso que ese movimiento sea posible. Pues ¿sobre qué vida, sobre qué dinámica social se desemboca aquí? La vida de la colonia está coagulada; sus estructuras están encorsetadas y esclerosadas al mismo tiempo. Ningún nuevo rol se le ofrece al hombre joven, ni es posible ninguna invención. Es lo que el colonizador reconoce con un eufemismo que se ha vuelto clá-

sico: proclama *respetar* los usos y costumbres del colonizado. Y ciertamente no puede sino *respetarlos*, aunque fuere a la fuerza. Siendo que *todo cambio no puede hacerse sino contra la colonización*, el colonizador es llevado a favorecer a los elementos más retrógrados. No es él el único responsable de esta momificación de la sociedad colonizada; es con relativa buena fe que sostiene que ella es independiente de su sola *voluntad*. Sin embargo, se deriva ampliamente de la *situación colonial*. Al no ser dueña de su destino, al no ser ya su propia legisladora, al no disponer de su organización, la sociedad colonizada ya no puede acordar sus instituciones a sus necesidades profundas. Pues son sus necesidades las que modelan el rostro institucional de toda sociedad normal, por lo menos relativamente. El rostro político y administrativo de Francia se ha transformado progresivamente a lo largo de los siglos bajo su presión constante. Pero si la discordancia se torna demasiado flagrante, e imposible de realizar la armonía con las formas legales existentes, se produce la revolución o la esclerosis.

La sociedad colonizada es una sociedad malsana donde la dinámica interna no llega a desembocar en estructuras nuevas. Su rostro endurecido desde hace siglos no es más que una máscara, bajo la cual se ahoga y agoniza lentamente. Una sociedad tal no puede resolver los conflictos intergeneracionales, pues no se deja transformar. La rebelión del adolescente colonizado, lejos de resolverse en movimiento, en progreso social, no puede sino hundirse en los pantanos de la sociedad colonizada. (A menos de que se trate de una rebelión absoluta, pero luego volveremos sobre este punto.)

Los valores-refugio

Tarde o temprano, se vuelve en consecuencia a posiciones de repliegue, es decir, a los valores tradicionales.

De este modo se explica la sorprendente supervivencia de la familia colonizada, que se ofrece como verdadero *valor-refugio*. Salva al colonizado de la desesperación de una derrota total, pero, en cambio, se encuentra confirmada por ese constante aporte de sangre nueva. El joven se casará, se transformará en padre de familia devoto, en hermano solidario, en tío responsable, y, hasta que tome el lugar del padre, en hijo respetuoso. Todo está nuevamente en orden: la rebelión y el conflicto han conducido a la victoria de los padres y de la tradición.

Pero es una triste victoria. La sociedad colonizada no se habrá movido ni medio paso; para el hombre joven es una catástrofe interior. Definitivamente permanecerá aglutinado a esta familia, que le ofrece calor y ternura, pero que lo incuba, lo absorbe y lo castra. ¿La ciudad no le exige deberes completos de ciudadano? ¿Se los negaría si siquiera soñara con reclamarlos? ¿Le concede pocos derechos, le prohíbe toda vida nacional? En realidad, ya no necesita imperiosamente todo eso. Su ubicación justa, siempre reservada en la dulce insipidez de las reuniones de clan, lo colma. Temería salir de allí. Ahora de buen grado, se somete como los demás a la autoridad del padre y se prepara para reemplazarlo. El modelo es débil, su universo es el de un vencido. Pero ¿qué otra salida le queda?... Por una curiosa paradoja, el padre es a la vez débil e invasor, a causa de hallarse completamente adoptado. *El hombre joven está ya listo para investir su rol de adulto colonizado: es decir, para aceptarse como ser de opresión.*

Lo mismo sucede con el indiscutido arrastre de una religión al mismo tiempo vivaz y formal. Complacientemente, los misioneros presentan este formalismo como rasgo esencial de las religiones no cristianas, sugiriendo de este modo que la única manera de desprenderse de él sería pasarse a la religión de al lado.

De hecho, todas las religiones tienen momentos de forma-

lismo coercitivo y momentos de indulgente flexibilidad. Queda por explicar por qué tal grupo humano, en tal período de su historia, experimenta uno u otro estadio. ¿Por qué esta rigidez profunda de las religiones coloniales?

Sería inútil echar los cimientos de una psicología religiosa particular al colonizado; o recurrir a la famosa naturaleza-que-todo-lo-explica. Si bien acuerdan cierta atención al hecho religioso, no he notado en mis alumnos coloniales una religiosidad superabundante. La explicación me parece ser paralela a la del arrastre familiar. No se trata de una psicología original que explique la importancia de la familia, ni de que la intensidad de la vida familiar explique el estado de las estructuras sociales. Se trata, por el contrario, de que la imposibilidad de una vida social completa, de un libre juego de la dinámica social, mantienen el vigor de la familia, y repliegan al individuo a esta célula más restringida, que lo salva y lo asfixia. Del mismo modo, el estado global de las instituciones colonizadas da cuenta del peso abusivo del hecho religioso.

Con su red institucional, sus fiestas colectivas y periódicas, la religión constituye otro *valor-refugio*; tanto para el individuo cuanto para el grupo. Para el individuo se ofrece como una de las raras líneas de repliegue; para el grupo es una de las raras manifestaciones que pueden proteger su existencia original. Al carecer la sociedad colonizada de estructuras nacionales, al no poder imaginarse un futuro histórico, debe contentarse con el entorpecimiento pasivo de su presente. Ese mismo presente debe sustraerlo a la invasión conquistadora de la colonización, que la cerca por todas partes, la penetra con su técnica, con su prestigio frente a las jóvenes generaciones. El formalismo, del cual el formalismo religioso es sólo un aspecto, es el quiste dentro del cual se encierra y se endurece, reduciendo su vida por salvarla. Reacción espontánea de autodefensa, medio de salvaguarda de la conciencia colectiva, sin la cual un pueblo deja de existir rápidamente. En medio de las

condiciones de dependencia colonial, la emancipación religiosa, así como la explosión de la familia, hubiera comportado un grave riesgo de muerte para la sociedad colonizada.

Su esclerosis es consecuencia, entonces, de dos procesos de signo contrario: *un enquistamiento nacido de su interior y un corset impuesto desde el exterior*. Los dos fenómenos tienen un factor común: su contacto con la colonización. Convergen también a un resultado común: la catalepsia social e histórica del colonizado.

La amnesia cultural

En tanto sufre la colonización, la única alternativa posible para el colonizado es la asimilación o la petrificación. Estándole negada la asimilación como lo veremos, no le queda sino vivir fuera del tiempo. La colonización lo constriñe a ello y en cierta medida, el colonizado se adapta. Viéndose privado de proyectar y construir un futuro, se limita a un presente, y ese presente mismo es abstracto y está mutilado.

Agreguemos ahora que dispone cada vez menos de su pasado. El colonizador ni siquiera ha conocido ese pasado; y todo el mundo sabe que el plebeyo, cuyos orígenes se ignoran, carece de él. Y hay algo más grave. Preguntemos al mismo colonizado cuáles son sus héroes populares, sus grandes líderes, sus sabios. Apenas podrá soltar algunos nombres, en completo desorden, y cada vez menos a medida que se descende en las generaciones. *El colonizado parece condenado a perder progresivamente la memoria*.

El recuerdo no es un fenómeno de puro espíritu. Del mismo modo que la memoria del individuo es el fruto de su historia y su fisiología, la de un pueblo descansa en sus instituciones. Ahora bien: las instituciones del colonizado están muertas o esclerosadas. No cree en absoluto en aquellas que mantienen

una apariencia de vida, pues verifica su ineficacia todos los días, llega a avergonzarse de ellas como de un monumento ridículo y caduco.

Por el contrario, toda la eficacia, todo el dinamismo social, parecen acaparados por las instituciones del colonizador. ¿El colonizado necesita ayuda? Es a ellas a las que se dirige. ¿Ha cometido una falta? De ellas recibe la sanción. Infaltablemente termina frente a los magistrados, colonizadores. Cuando por casualidad un hombre de autoridad viste *chechia*, tendrá la mirada huidiza y el gesto más duro, como si quisiera prevenir todo llamado, como si estuviera bajo la vigilancia constante del colonizador. ¿La ciudad se viste de fiesta? Se trata de las fiestas del colonizador, incluso las religiosas, que se celebran con magnificencia: Navidad y la fiesta de Juana de Arco, Carnaval y el Catorce de Julio... son los ejércitos del colonizador los que desfilan, los mismos que aplastaron al colonizado, que lo mantienen en su lugar y que lo volverían a aplastar si fuera preciso.

Seguramente en virtud de su formalismo, el colonizado conserva todas sus fiestas religiosas idénticas a sí mismas desde hace siglos. Precisamente, son las únicas fiestas religiosas que, en un sentido, están fuera del tiempo. Más exactamente, se encuentran en el origen del tiempo histórico, y no en la historia. Desde el momento en que fueron instituidas, no ha sucedido nada más en la vida de ese pueblo. Nada particular a su existencia propia, que merezca ser recordado por la conciencia colectiva y festejado... Nada más que un gran vacío.

Las pocas huellas materiales de ese pasado, finalmente, se borran poco a poco, y los vestigios futuros no llevarán ya la marca del grupo colonizado. Las pocas estatuas que jalonan la ciudad representan, con un increíble desprecio hacia el colonizado que las bordea día a día, los hechos salientes de la colonización. Las construcciones adquieren las formas amadas por el colonizador, y hasta los nombres de las calles recuerdan a las

lejanas provincias de donde proviene. Es cierto que llega a suceder que el colonizador produzca un estilo neo-oriental, del mismo modo que el colonizado imita el estilo europeo. Pero no se trata sino de exotismo (viejas armas y cofres antiguos) y no de renacimiento. El colonizado no hace sino evitar su pasado.

La escuela del colonizado

¿A través de qué se transmite aún la herencia de un pueblo? A través de la educación que imparte a sus hijos y del lenguaje, maravilloso reservorio enriquecido sin cesar por experiencias nuevas. De este modo se legan e inscriben en la historia las tradiciones y las adquisiciones, las costumbres y las conquistas, los hechos y los gestos de las generaciones precedentes.

Ahora bien: la gran mayoría de los niños colonizados están en las calles. Y aquel que tiene la oportunidad insigne de ser acogido en una escuela, no se salvará nacionalmente allí: la memoria que se le asigna no es seguramente la de su pueblo. La historia que se le enseña no es la suya. Sabe quién fue Colbert o Cromwell, pero no quién fue Khaznadar; quién fue Juana de Arco, pero no la Kahena. Todo parece haber sucedido más allá de su casa; su país y él mismo están en el aire, o no existen sino por referencia a los galos, los francos, el Marne; por referencia a aquello que él no es, al cristianismo, siendo que él no es cristiano, al Occidente que se detiene ante su nariz, sobre una línea tanto más infranqueable cuanto que es imaginaria. Los libros le hablan de un universo que no recuerda al suyo en nada; el niño se llama Totó y la niña María, y en las noches de invierno María y Totó, volviendo a su casa por caminos cubiertos de nieve, se paran frente al vendedor de castañas asadas. Finalmente, sus maestros no asumen la continuación del padre, no son los reveladores prestigiosos y salvadores como todos los maestros del mundo, son diferentes. La trans-

ferencia no se opera, ni del niño al maestro, ni (demasiado a menudo, hay que confesarlo) del maestro al niño. Y esto el niño lo siente perfectamente. Un antiguo compañero de clase me confesó que la literatura, las artes, la filosofía, habían permanecido para él como efectivamente extrañas, como pertenecientes a un mundo extraño, el de la escuela. Sólo tras una larga estada en París, comenzó a asumirlas verdaderamente.

Si la transferencia acaba por operarse, no es sin peligro: el maestro y la escuela representan un universo demasiado diferente del universo familiar. En los dos casos, finalmente, lejos de preparar al adolescente para asumirse *totalmente*, la escuela establece en su seno una definitiva dualidad.

El bilingüismo colonial...

Este desgarramiento esencial del colonizado se encuentra particularmente expresado y simbolizado en el bilingüismo colonial.

El colonizado no se salva del analfabetismo sino para caer en el dualismo lingüístico. Y esto si tiene esta oportunidad. La mayoría de los colonizados no tendrá nunca la buena suerte de sufrir los tormentos del bilingüe colonial. Dispondrá sólo de su lengua madre, es decir, una lengua no escrita ni leída, que no permite sino la incierta y pobre cultura oral.

Es cierto que grupitos de letrados se obstinan en cultivar la lengua de su pueblo, en perpetuarla en sus esplendores sabios y pasados. Pero esas formas sutiles han perdido con el tiempo todo contacto con la vida cotidiana, se han tornado opacas para el hombre de la calle. El colonizado las considera reliquias, y a esos hombres venerables, sonámbulos que viven un viejo sueño.

Inclusive si el habla madre permitiera al menos una incursión actual sobre la vida social, o atravesara las ventanillas de

las oficinas públicas u ordenara el tráfico postal. Pero no es así. Toda la burocracia, la magistratura, la técnica, no comprende ni utiliza sino la lengua del colonizador, del mismo modo que los mojones indicadores de distancias en las rutas, los tableros en las estaciones, las chapas con los nombres de las calles y los recibos. Provisto únicamente de su lengua, el colonizado es un extranjero en su propio país.

En el contexto colonial, el bilingüismo es necesario. Es condición de toda comunicación, de toda cultura, de todo progreso. Pero el bilingüe colonial no se salva del emparedamiento sino para sufrir una catástrofe cultural, nunca completamente superada.

La falta de coincidencia entre la lengua madre y la lengua cultural no es exclusiva del colonizado. Pero el bilingüismo colonial no puede asimilarse a cualquier otro dualismo lingüístico. La posesión de dos lenguas no es sólo la posesión de dos instrumentos, es la participación en dos reinos psíquicos y culturales. Ahora bien: aquí, *los dos universos simbolizados, expresados, por las dos lenguas, están en conflicto*: son el del colonizador y el del colonizado.

Por otra parte, la lengua madre del colonizado, la que se nutre de sus sensaciones, sus pasiones y sus sueños, aquella en la que se liberan su ternura y sus sorpresas, aquella que encubre, finalmente, la mayor carga afectiva, es, precisamente, *la menos valorizada*. Carece de toda dignidad en el país o en el concierto de los pueblos. Si el colonizado quiere adquirir un oficio, construir su lugar, existir en la ciudad y en el mundo, en primer lugar debe plegarse a la lengua de los otros, la de los colonizadores, sus amos. En el conflicto lingüístico en el que vive el colonizado, su lengua madre es la humillada, la aplastada. Y él termina por hacer suyo ese desprecio objetivamente fundado. Por sí mismo comienza a descartar esta lengua valedudinaria, a esconderla a los ojos de los extranjeros, a no parecer cómodo sino usando la lengua del colonizador. En resu-

men, el bilingüismo colonial no es ni una diglosia, donde coexisten un idioma popular y una lengua de puristas, pertenecientes ambas al mismo universo afectivo, ni una simple riqueza políglota, que se beneficia de un teclado suplementario pero relativamente neutro. Se trata de un *drama lingüístico*.

...Y la situación del escritor

Uno se asombra de que el colonizado no tenga una literatura viva en su propia lengua. ¿Cómo se dirigiría a ella, desde que la desdeña? ¿Cómo vuelve la espalda a su música, a sus artes plásticas, a toda su cultura tradicional? Su ambigüedad lingüística es el símbolo y una de las mayores causas de su ambigüedad cultural. Y la situación del escritor colonizado es una perfecta ilustración de esto.

Las condiciones materiales de la existencia del colonizado bastarían, es cierto, para explicar su rareza. La miseria de la gran mayoría reduce al extremo las posibilidades estadísticas de ver nacer y crecer un escritor. Pero la historia nos muestra que no hace falta sino una clase privilegiada para proveer de escritores a todo un pueblo. De hecho, el papel del escritor colonizado es demasiado difícil de sostener: él encarna todas las ambigüedades, todas las imposibilidades del colonizado, llevadas a su grado máximo.

Supongamos que haya aprendido a manejar su lengua hasta recrearla en obras escritas, que haya vencido su rechazo profundo a servirse de ella, ¿para quién escribiría, para qué público? Si se obstina en escribir en su lengua, se condena a hablar a un auditorio de sordos. El pueblo es inculto y no lee ningún idioma, los burgueses y los letrados no comprenden sino el del colonizador. Le queda una sola salida que se presenta natural: escribir en la lengua del colonizador. ¡Como si no hiciera así otra cosa que cambiar de dificultad!

Es necesario seguramente que supere su handicap. Si bien el bilingüe colonial tiene la ventaja de conocer dos lenguas, no domina totalmente ninguna. Esto explica igualmente la lentitud con que nacen las literaturas colonizadas. Hace falta malbaratar mucha materia humana, una multitud de golpes de dados para tener la chance de una bella casualidad. Después de lo cual resurge la ambigüedad del escritor colonizado bajo una forma nueva pero más grave.

¡Curioso destino escribir para un pueblo que no es el propio! ¡Más curioso aún escribir para un pueblo que es el vencedor del propio! Uno se asombra de la aspereza de los primeros escritores colonizados. ¿Olvidan acaso que se dirigen al mismo público cuya lengua toman prestada? No se trata sin embargo de inconsciencia, ni de ingratitud, ni de insolencia. Precisamente a este público, desde que se atreven a hablar, ¿qué van a decirle sino su malestar y su rebelión? ¿Se esperan palabras de paz de aquel que padece una larga discordia? ¿Reconocimiento, por un préstamo cuyos intereses son tan gravosos?

Por un préstamo que, por lo demás, no será nunca más que un préstamo. A decir verdad, abandonamos aquí la descripción por la previsión. ¡Pero resulta tan legible, tan evidente! La emergencia de una literatura de colonizados, la toma de conciencia de los escritores norafricanos, por ejemplo, no es un fenómeno aislado. Participa de la toma de conciencia de sí de todo un grupo humano. El fruto no es un accidente o un milagro de la planta, sino el signo de su madurez. Cuando más, el surgimiento del artista colonizado se adelanta un poco a la toma de conciencia colectiva de la que participa, y a la que acelera al participar de ella. Pues la reivindicación más urgente de un grupo que se ha recuperado es sin duda *la liberación y restauración, de su lengua*.

Si me asombro, en verdad, es porque uno puede asombrarse. Sólo esta lengua permitiría al colonizado reanudar su tiem-

po interrumpido, reencontrar su continuidad perdida y la de su historia. La lengua francesa ¿es sólo un instrumento eficaz y preciso? ¿O es ese cofre maravilloso donde se acumulan los descubrimientos y los logros de los escritores y los moralistas, de los filósofos y los sabios, de los héroes y los aventureros, donde se transforman en una leyenda única los tesoros del espíritu y del alma de los franceses?

El escritor colonizado, que llegó penosamente a la utilización de las lenguas europeas —las lenguas de los colonizadores, no lo olvidemos—, no puede sino servirse de ellas para reclamar en favor de la suya. No hay en esto ni incoherencia ni pura reivindicación o ciego resentimiento, sino una necesidad. Si no lo hiciera, todo su pueblo terminaría por hacerlo. Se trata de una dinámica objetiva a la cual, es cierto, él alimenta, pero que lo nutre y continuaría sin él. Al hacerlo, si bien contribuye a liquidar su drama de hombre, confirma y acentúa su drama de escritor. Para conciliar su destino consigo mismo, podría tratar de escribir en su lengua madre. Pero no se rehace un aprendizaje semejante en el lapso de una vida. El escritor colonizado está condenado a vivir sus divorcios hasta su muerte. El problema no puede cerrarse sino de dos maneras: o por agotamiento natural de la literatura colonizada (las próximas generaciones, nacidas en la libertad, escribirán espontáneamente en su lengua reencontrada) o, sin esperar tanto, otra posibilidad puede tentar al escritor: decidir pertenecer totalmente a la literatura metropolitana. Dejemos de lado los problemas éticos provocados por tal actitud. Se trata entonces del suicidio de la literatura colonizada. En las dos perspectivas, sólo el plazo es diferente: *la literatura colonizada en lengua europea parece condenada a morir joven.*

El ser de carencia

Todo sucede, finalmente, como si la colonización contemporánea fuera un yerro de la historia. Por su fatalidad propia y por egoísmo habrá frustrado todo, habrá profanado todo lo que tocó. Habrá podrido al colonizador y destruido al colonizado.

Para hacer mejor su triunfo, ha pretendido hallarse al exclusivo servicio de sí misma. Pero al excluir al hombre colonizado por cuya única mediación hubiera podido señalar a la colonia, se ha condenado a permanecer extranjera en ella, y en consecuencia, necesariamente efímera.

Sin embargo, de su suicidio es sólo responsable ante sí misma. Más imperdonable es su crimen histórico contra el colonizado, a quien habrá arrojado al costado de la ruta, fuera del tiempo contemporáneo.

La cuestión de saber si el colonizado librado a sí mismo hubiera marchado al mismo ritmo que los demás pueblos, no tiene gran significación. En puridad de verdad, no sabemos nada de eso. Es posible que no. Ciertamente no es sólo el factor colonial el que explica el atraso de un pueblo. No todos los países han seguido el mismo ritmo que los Estados Unidos o Inglaterra; cada uno tuvo sus causas particulares de atraso y sus propios frenos. Sin embargo, cada uno marchó con su propio paso y por su camino. Por lo demás, ¿se puede legitimar la desgracia histórica de un pueblo por las dificultades de los otros? Seguramente los colonizados no son las únicas víctimas de la historia, pero la desgracia histórica propia de los colonizados fue la colonización.

En este mismo falso problema desemboca la pregunta que tanto preocupa a muchos: *A pesar de todo, ¿el colonizado no se ha beneficiado con la colonización? A pesar de todo, ¿el colonizador no ha abierto carreteras, construido hospitales y escuelas?* Esta restricción a la vida tan mala vuelve a decir que

la colonización fue a pesar de todo positiva, pues *sin ella* no hubiera habido ni carreteras, ni hospitales, ni escuelas. ¿Qué sabemos acerca de eso? ¿Por qué debemos suponer que el colonizado se habría quedado congelado en el estado en que lo halló el colonizador? Se podría igualmente afirmar lo contrario: si no se hubiera producido la colonización habría más escuelas y más hospitales. Si se conociera mejor la historia tunecina se hubiera visto que el país estaba entonces en pleno parto. Después de haber excluido al colonizado de la historia, de haberle prohibido todo futuro, el colonizador afirma su inmovilidad raigal, pasada y definitiva.

Por lo demás, esta objeción no perturba sino a quienes se hallan dispuestos a serlo. He renunciado hasta aquí a la comodidad de las cifras y las estadísticas. Sería el momento de recurrir discretamente a ellas: ¡tras varias décadas de colonización la multitud de niños en las calles sobrepasa de tan lejos al número de los que están en clase! ¡El número de camas en los hospitales es tan irrisorio frente al número de enfermos, la intención de quienes trazaron las carreteras es tan clara, tan desprendida respecto del colonizado, tan estrechamente sometida a las necesidades del colonizador! Verdaderamente, para tan poco la colonización no era indispensable.

¿Es acaso audacia pretender que el Túnez de 1952 hubiera sido de todas maneras muy diferente al de 1881? Existen finalmente otras posibilidades de influencia y de intercambio entre los pueblos además de la dominación. Otros países pequeños se han transformado ampliamente sin haber necesitado que se los colonizara. De este modo numerosos países de Europa central...

Pero desde hace un momento nuestro interlocutor sonríe, escéptico.

—A pesar de todo, no se trata de la misma cosa...

—¿Por qué? ¿Usted quiere decir, no es cierto, que esos países están poblados por europeos?

—Este... ¡sí!

—¡Ahí está, señor! Usted es simplemente racista.

En efecto, volvemos aquí al mismo prejuicio fundamental. Los europeos conquistaron el mundo porque su naturaleza los predisponía a ello, los no europeos fueron colonizados porque su naturaleza los condenaba a serlo.

Vamos, seamos serios y dejemos de lado el racismo y esta manía de rehacer la historia. Dejemos de lado inclusive el problema de la responsabilidad *inicial* de la colonización. ¿Fue resultado de la expansión capitalista o empresa contingente de voraces hombres de negocio? En definitiva todo eso no es tan importante. Lo que cuenta es la *realidad actual* de la colonización y del colonizado. Ignoramos en absoluto qué hubiera sido el colonizado sin la colonización, pero vemos perfectamente en qué se ha convertido a causa de la colonización. Para dominarlo y explotarlo mejor, el colonizador lo ha hecho retroceder fuera del circuito histórico y social, cultural y técnico. Lo que es actual y verificable es que la cultura del colonizado, su sociedad, sus habilidades, se hallan gravemente afectadas y que no ha adquirido un nuevo saber y una nueva cultura. Un resultado patente de la colonización es que ya no hay artistas y todavía no hay técnicos colonizados. Es cierto que existe también una carencia técnica del colonizado. "Trabajo árabe", dice el colonizador con desprecio. Pero lejos de encontrar allí una excusa para su conducta y un punto de comparación que lo favorece, debe ver en ello su propia acusación. Es cierto que los colonizados no saben trabajar. Pero ¿dónde se les enseñó a hacerlo, quién les inculcó la técnica moderna? ¿Dónde están las escuelas profesionales y los centros de aprendizaje?

Usted insiste demasiado, se dice a veces, acerca de la técnica industrial. ¿Y los artesanos? Vea usted esta mesa de madera blanca. ¿Por qué está hecha con madera de cajón? ¿Y mal terminada, mal pulida, ni pintada ni barnizada? Es cierto, esta

descripción es exacta. Lo único correcto que tienen esas mesas de té es la forma, regalo secular hecho al artesano por la tradición. Pero en lo que respecta al resto, es el pedido el que suscita la creación. Ahora bien: ¿para quién están hechas esas mesas? El comprador no tiene con qué pagar esos golpes de cepillo suplementarios, ni el barniz ni la pintura. En consecuencia, las mesas siguen siendo tablas de cajón mal unidas, donde los agujeros de los clavos quedan abiertos.

El hecho verificable es que la colonización crea para el colonizado un estado de carencia, y que todas las carencias se sostienen y alimentan entre sí. La no industrialización, la falta de desarrollo técnico del país, conducen al lento aplastamiento económico del colonizado. Y el aplastamiento económico, el nivel de vida de las masas colonizadas, impiden que exista el técnico, así como impiden que el artesano se perfeccione y cree. Las causas últimas son la negativa del colonizador que se enriquece más vendiendo materias primas que compitiendo con la industria metropolitana. Pero por lo demás, el sistema funciona en círculo, adquiere una autonomía en la desgracia. Si se hubieran establecido más centros de aprendizaje o inclusive universidades, éstos no hubieran salvado al colonizado, que no hubiera encontrado, al egresar, empleo alguno para su saber. ¡En un país al que le falta de todo, los pocos ingenieros colonizados que han conseguido obtener sus diplomas son empleados como burócratas o docentes! La sociedad colonizada no tiene una necesidad directa de técnicos, y no la suscita. Pero ¡desgraciado del que no es indispensable! La mano de obra colonizada es intercambiable; ¿por qué pagarla a su justo precio? Además, nuestro tiempo y nuestra historia son cada vez más técnicos: el atraso tecnológico del colonizado aumenta y parece justificar el desprecio que inspira. Concreta —así lo parece— la distancia que lo separa del colonizador. Y no es inexacto que la distancia tecnológica sea una causa parcial de la incompreensión entre las dos partes. El nivel general de vida

del colonizado es tan bajo a menudo que el contacto es casi imposible. Se sale de ello hablando de la edad media colonial. Se puede proseguir de este modo por largo tiempo. El uso y goce de las técnicas crean tradiciones tecnológicas. El niño francés, el niño italiano, tienen ocasión de manipular un motor, una radio; están rodeados por los productos de la técnica. Muchos colonizados esperan dejar la casa paterna para poder aproximarse a la más mínima máquina. ¿Cómo habrían de tener el gusto por la civilización mecanizada y la intuición de la máquina?

Todo en el colonizado, por fin, es carencial; todo contribuye a carenciarlo. Inclusive su cuerpo, mal nutrido, enclenque y enfermo. Mucho palabrerío se ahorraría si antes de iniciar cualquier discusión se comenzara por plantear que, en primer lugar, está la miseria, colectiva y permanente, inmensa. La simple y estúpida miseria biológica, el hambre crónica de un pueblo entero, la subalimentación y la enfermedad. Con seguridad, desde lejos esto suene un poco abstracto, y haría falta una imaginación alucinatoria para que no fuera así. Recuerdo aquel día en que el coche de la “Automóvil Tunecina” que nos transportaba hacia el sur se detuvo en medio de una multitud cuyas bocas sonreían, pero cuyos ojos, casi todos los ojos, se vertían sobre las mejillas; donde busqué con malestar una mirada que no fuera tracomatosa en la que pudiera reposar la mía. Y la tuberculosis, la sífilis, y esos cuerpos esqueléticos y desnudos que se pasean entre las sillas de los cafés, como muertos vivientes pegajosos como moscas, las moscas de nuestros remordimientos...

—¡Ah, no! —exclama nuestro interlocutor—, ¡esta miseria estaba allí! ¡Nosotros la encontramos al llegar!

Sea. (Ver, por lo demás; el habitante de las villas miseria es a menudo un *fellah* desposeído.) Pero ¿cómo podría sostenerse tanto tiempo un sistema social así, que perpetúa tales miserias —suponiendo que no las cree? ¿Cómo hay quien se atre-

ve a comparar las ventajas y los inconvenientes de la colonización? ¿Qué ventajas, así fueren mil veces más importantes, podrían hacer aceptar catástrofes semejantes, interiores y exteriores?

3

LAS DOS RESPUESTAS DEL COLONIZADO

¡Ah! ¡No son nada bellos el cuerpo y la cara del colonizado! No es sin perjuicio que se sufre el peso de tamaña desgracia histórica. Si el rostro del colonizador es el rostro odioso del opresor, el de su víctima ciertamente no expresa la armonía y la calma. Según el mito colonialista el colonizado no existe, pero sin embargo es reconocible. Ser de opresión, es fatalmente un ser de carencia.

¿Después de esto cómo puede creerse que pueda resignarse nunca? ¿Aceptar la relación colonial y esta cara de sufrimiento y desprecio que le asigna? Existe en todo colonizado una exigencia fundamental de cambio. Y debe ser inmenso el desconocimiento del hecho colonial o el enceguecimiento interesado como para ignorarla. Para afirmar, por ejemplo, que la reivindicación colonizada es producto de unos pocos: intelectuales o ambiciosos, de la decepción o el interés personal. Lindo ejemplo de proyección, dicho sea de paso: explicación del otro por el interés en quienes no se hallan motivados sino por el interés. En resumen, el rechazo del colonizado es considerado un fenómeno de superficie, en cuanto se deriva de la naturaleza misma de la situación colonial.

El burgués sufre más el bilingüismo, es cierto; el intelectual vive más intensamente el desgarramiento cultural. El analfabeto, en cambio, está emparedado en su lengua simplemente y rumia las migajas de la cultura oral. Aquellos que comprenden su suerte, es cierto, se tornan impacientes y no soportan más la colonización. Pero se trata de los mejores, que sufren y se niegan: y ellos no hacen sino traducir la desgracia común. Si así no fuera, ¿por qué se los escucha tan pronto, se los entiende tan bien y se los obedece?

Si se elige entender el hecho colonial, debe admitirse que es inestable, que su equilibrio se halla amenazado sin cesar. La gente puede arreglarse en cualquier situación y el colonizado puede esperar vivir largo tiempo. Pero tarde o temprano, con mayor o menor violencia, por todo el movimiento de su personalidad oprimida, un día comienza a rechazar su existencia imposible de vivir.

Entonces intenta, sucesiva o paralelamente, las dos salidas históricamente posibles. Intenta *ya sea convertirse en otro, ya reconquistar todas sus dimensiones* que le fueron amputadas por la colonización.

El amor por el colonizador y el odio hacia sí mismo

La primera tentativa del colonizado es cambiar de condición cambiando de piel. Un modelo tentador y muy próximo se le ofrece y se le impone: precisamente el del colonizador. Éste no sufre de ninguna de sus carencias, tiene todos los derechos, goza de todos los bienes y se beneficia con todos los prestigios; dispone de riquezas y honores, de la técnica y la autoridad. Finalmente, es el otro término de la comparación, el que aplasta al colonizado y lo mantiene en la servidumbre. La ambición primera del colonizado será igualar a ese modelo prestigioso, parecersele hasta desaparecer en él.

De este procedimiento, que en efecto supone la admiración por el colonizador, se ha deducido la aprobación de la colonización. Pero por una dialéctica evidente, en el momento en que el colonizado transige en mayor medida con su suerte, se rechaza a sí mismo con mayor tenacidad. Es decir que rechaza, de otro modo, la situación colonial. El rechazo hacia sí y el amor por el otro son comunes a todo candidato a la asimilación. Y los dos componentes de esta tentativa de liberación están estrechamente ligados: el amor por el colonizador se

halla subterfugado por un complejo de sentimientos que van desde la vergüenza hasta el odio por sí mismo.

Lo extremo de esta sumisión al modelo es ya revelador. La mujer rubia, aunque fuera insípida y de rasgos comunes, parece superior a toda morena. Un producto que fabrica el colonizador, una promesa hecha por él, se reciben con confianza. Se copian estrechamente sus costumbres, sus vestidos, su alimentación, su arquitectura, aunque fueren inconvenientes para el lugar. El matrimonio mixto es el fin último de este impulso para los más audaces.

Este arrebato hacia los valores colonizadores no sería tan sospechoso, sin embargo, si no comportase un reverso semejante. El colonizado no busca solamente enriquecerse con las virtudes del colonizador. En nombre de aquello en que desea convertirse, se encarniza en empobrecerse, en separarse con pesar de sí mismo. Volvemos a encontrar, bajo una forma diferente, un rasgo que ya señaláramos. El aplastamiento del colonizado está incluido entre los valores de la colonización. Cuando el colonizado adopta esos valores, adopta entre ellos su propia condena. Para liberarse —al menos así lo cree— acepta destruirse. El fenómeno es comparable a la negrofobia de los negros, o al antisemitismo de los judíos. Hay negras que se desesperan por desrizar sus cabellos, que vuelven a rizarse siempre, y torturan su piel por blanquearla un poco. Muchos judíos, si pudieran, se arrancarían el alma; esa alma de la que se les dice que es irremediablemente mala. Se le ha declarado al colonizado que su música es un maullido de gato; su pintura, jarabe azucarado. Él repite que su música es vulgar y su pintura repugnante. Y si a pesar de todo esta música lo conmueve, si lo emociona más que los sutiles ejercicios occidentales a los que halla fríos y complicados; si esa unisonancia de colores cantarinos y ligeramente ebrios regocija su vista, es contra su voluntad que esto sucede. Se indigna por esto contra sí mismo, lo oculta a los ojos de los extranjeros, o afirma repugnancias

tan fuertes que resultan cómicas. Las mujeres de la burguesía prefieren la alhaja mediocre proveniente de Europa a la joya más pura de su tradición. Y son los turistas los que se maravillan ante los productos del artesanado secular. Finalmente, negro, judío o colonizado, hay que parecerse cuanto sea posible al blanco, al no judío, al colonizador. Del mismo modo como mucha gente evita exhibir a sus parientes pobres, el colonizado enfermo de asimilación oculta su pasado, sus tradiciones, todas sus raíces, por fin, que se han tornado infamantes.

Imposibilidades de la asimilación

Esas convulsiones interiores y esas contorsiones hubieran podido hallar su fin. Al cabo de un largo proceso, doloroso y conflictual sin duda, el colonizado podría quizá haberse fundido en el seno de los colonizadores. No existen problemas en los que el desgaste de la historia no pueda llevar a cabo algo. Es cuestión de tiempo y de generaciones. A condición, sin embargo, de que no contengan datos contradictorios. Ahora bien: *dentro del cuadro colonial, la asimilación se ha revelado imposible.*

El candidato a la asimilación llega casi siempre a cansarse del precio exorbitante que se le hace pagar y que nunca termina de saldar. También descubre con espanto *todo* el sentido de su tentativa. Es dramático el momento en que comprende que ha restablecido a su cargo las acusaciones y condenas del colonizador; que se acostumbra a mirar a los suyos con la mirada de su fiscal. Ellos no carecen de defectos ni son intachables, es cierto. Existen fundamentos objetivos para su impaciencia contra ellos y sus valores; casi todo en ellos está perimido, es ineficaz y ridículo. ¡Pero qué! ¡Son los suyos, es uno de ellos, nunca ha dejado de serlo! Esos ritmos en equilibrio desde hace siglos, esta alimentación que le llena tan bien la boca y el estó-

mago son todavía los suyos, es él mismo. ¿Debe acaso, durante toda su vida, tener vergüenza de aquello que en él es lo más real? ¿De aquello que es lo único que no ha tomado en préstamo? ¿Debe acaso encarnizarse en negarse y, por lo demás, soportará hacerlo todos los días? Finalmente, su liberación, ¿debe pasar por una agresión sistemática contra sí mismo?

Sin embargo, la imposibilidad mayor no se halla allí. Pronto la descubre: aunque consienta en todo, no será saldado. Para asimilarse no es suficiente despedirse del propio grupo, es preciso penetrar en otro: *entonces encuentra el rechazo del colonizador.*

Al esfuerzo obstinado del colonizado por superar el desprecio (que merecen, como termina por admitir, su atraso, su debilidad, su alteridad), a su sumisión admirativa, su aplicada preocupación por confundirse con el colonizador, por vestirse como él, por hablar, conducirse como él hasta en sus tics y su manera de hacer la corte, el colonizador opone un segundo desprecio: *la burla*. Declara, y lo explica al colonizado, que esos esfuerzos son inútiles, que no gana con ellos sino un rasgo suplementario: el ridículo. Pues nunca jamás llegará a identificarse con él, ni siquiera a reproducir correctamente su papel. En el mejor de los casos, si no quiere herir demasiado al colonizado, el colonizador empleará toda su metafísica caracterológica. Los genios de los pueblos son incompatibles; cada gesto está sostenido por el alma entera, etcétera... Más brutalmente, dirá que el colonizado no es sino un mono. Y cuanto más sutil es el mono, cuanto mejor imita, más se irrita el colonizador. Con esta atención y ese olfato aguzado que desarrolla la malevolencia, hallará la pista del matiz revelador, en el vestuario o en el lenguaje, la "falta de gusto" que termina siempre por descubrir. Raramente está bien sentado un hombre que cabalga entre dos culturas, en efecto, y el colonizado no siempre encuentra el *tono* exacto.

Finalmente, todo está preparado para que el colonizado no

pueda franquear el umbral, para que comprenda y admita que esta vía es un callejón sin salida y la asimilación imposible.

Lo que torna bastante inútiles los lamentos de los humanistas metropolitanos, e injustos sus reproches dirigidos al colonizado: ¿Cómo se atreve éste a rehusar, se asombran, esta síntesis generosa en la cual —murmuran— no puede sino salir ganancioso? *Es el colonizado el primero en desear la asimilación y es el colonizador quien se la niega.*

Hoy en día, cuando la colonización toca a su fin, tardías buenas voluntades se preguntan si la asimilación no ha sido la gran ocasión perdida por los colonizadores y las metrópolis. ¡Ah, si lo hubiéramos querido! ¿Ve usted, sueñan, una Francia de cien millones de franceses? No está prohibido y a menudo es consolador reimaginar la historia. A condición de descubrirle otro sentido, otra coherencia oculta. La asimilación, ¿podía tener éxito?

Hubiera podido, quizás, en otros momentos de la historia del mundo. En las condiciones de la colonización contemporánea, parece que no. Quizá se trate de una desgracia histórica, quizá debamos lamentarlo todos juntos. Pero no sólo ha fracasado, sino que ha parecido imposible a todos los interesados.

En definitiva, su fracaso no se debe solamente a los prejuicios del colonizador, no más que a los atrasos del colonizado. La asimilación, fracasada o realizada, no es cuestión de buenos sentimientos o de psicología únicamente. Una serie bastante larga de felices coyunturas puede cambiar la suerte de un individuo. Algunos colonizados han tenido éxito prácticamente en desaparecer dentro del grupo colonizador. Frente a esto resulta claro que un drama colectivo nunca podrá extinguirse a golpes de soluciones individuales. El individuo desaparece en su descendencia y el drama del grupo continúa. Para que la asimilación de los colonizados tenga valor y sentido, haría falta que alcanzara a un pueblo entero, es decir, que sea modificada *toda la condición colonial*. Ahora bien: como lo hemos mostrado

suficientemente, la condición colonial no puede cambiarse sino por *la supresión de la relación colonial*.

Volvemos a encontrar el vínculo fundamental que une a nuestros dos retratos, dinámicamente engranados, uno al otro. Verificamos una vez más que es inútil pretender actuar sobre uno u otro sin actuar sobre ese vínculo, o sea, sobre la colonización. Decir que el colonizador podría o debería aceptar de buen grado la asimilación, y en consecuencia la emancipación del colonizado, *es escamotear la relación colonial*. O dar por sobreentendido que puede proceder por sí mismo a un trastocamiento total de su estado: a la condena de los privilegios coloniales, de los derechos exorbitantes de los colonos y de los industriales, a pagar humanamente la mano de obra colonizada, a la promoción jurídica, administrativa y política de los colonizados, a la industrialización de la colonia... En resumen, al fin de la colonia como tal, al fin de la metrópoli como tal. Simplemente, se invita al colonizador a terminar consigo mismo.

En las condiciones contemporáneas de la colonización, *asimilación y colonización son términos contradictorios*.

La rebelión...

¿Entonces, qué le queda por hacer al colonizado? Al no poder abandonar su condición de acuerdo y en comunión con el colonizador, intentará liberarse contra éste: se rebelará.

Lejos de asombrarse con las rebeliones de los colonizados, uno debería estar sorprendido, por el contrario, de que esas rebeliones no sean más frecuentes y más violentas. En realidad, el colonizador vela por eso: esterilización continua de *las élites*, destrucción periódica de las que a pesar de todo llegan a surgir, por medio de la corrupción o de la opresión policial; abortamiento por medio de la provocación de todo movimien-

to popular y su aplastamiento brutal y rápido. Hemos destacado también las hesitaciones del mismo colonizado, la insuficiencia y la ambigüedad de una agresividad de vencido que, a pesar de todo, admira a su vencedor, la esperanza tenaz durante largo tiempo de que la omnipotencia del colonizador pariría una bondad suprema.

Pero la rebelión es la única a la situación colonial que no constituye una engañifa, y el colonizado termina por descubrirlo, tarde o temprano. Su condición es absoluta y reclama una solución absoluta, una ruptura y no un compromiso. Ha sido arrancado de su pasado y detenido en su futuro, sus tradiciones agonizan y pierde la esperanza de adquirir una nueva cultura, carece de idioma, de bandera, de tecnología, de existencia nacional e internacional, de derechos, de deberes: *no posee nada, no es ya nadie ni espera nada*. Además, la solución se hace cada día más urgente, cada día, necesariamente, más radical. El mecanismo de anulación del colonizado, puesto en movimiento por el colonizador, no puede sino agravarse día a día. Cuanto más aumenta la opresión, más necesita justificarse el colonizador, para lo cual debe envilecer más al colonizado, lo que lo hace sentir más culpable, por lo que debe justificarse más, etc. ¿Cómo salir de esto sino por la *ruptura*, el estallido, cada día más explosivo, de ese *círculo* infernal? La situación colonial, por su propia fatalidad interior, llama a la rebelión. Pues la condición colonial no puede ser *reparada*; como a un cepo, no puede sino quebrársela.

...Y el rechazo del colonizador

Se asiste entonces a una inversión de los términos. Una vez abandonada la asimilación, la liberación del colonizado debe efectuarse por su autorreconquista y la adquisición de una dignidad autónoma. El impulso hacia el colonizador exigía, en su

grado extremo, el rechazo de sí mismo; el rechazo del colonizador será el preludio indispensable a la recuperación de sí. Hay que desembarazarse de esta imagen acusadora y aniquiladora; hay que embestir de frente a la opresión, desde que es imposible contornearla. Después de haber sido rechazado por tanto tiempo por el colonizador, ha llegado el día en que es el colonizado quien rechaza a aquél.

Sin embargo, esta inversión no es absoluta. No existe una voluntad sin reservas de asimilación y luego un repudio total del modelo. En lo más intenso de su rebelión el colonizado conserva lo que ha tomado prestado y las lecciones recibidas durante una cohabitación tan prolongada. Del mismo modo en que la sonrisa o los hábitos musculares de una vieja esposa, inclusive en trance de divorcio, recuerdan curiosamente a los del marido. De donde surge la paradoja (citada como prueba decisiva de su ingratitud): el colonizado reivindica, batiéndose en nombre de ellos, los mismos valores del colonizador, utiliza sus técnicas de pensamiento y sus métodos de combate. (Es preciso agregar que es el único lenguaje que entiende el colonizador.)

Pero, de ahora en adelante, el colonizador se ha convertido sobre todo en negatividad, en tanto que era más bien positividad. Sobre todo, es *decidido* negatividad, por toda la actitud activa del colonizado. A cada instante es puesto en cuestión nuevamente, en su cultura y en su vida, y con él, todo lo que él representa, incluida por supuesto la metrópoli. Se sospecha de él, se lo contradice, se lo combate hasta en el más mínimo de sus actos. El colonizado comienza a preferir con rabia y ostentación los automóviles alemanes, las radios italianas y las heladeras norteamericanas; se privará del tabaco, si lleva la *estampilla* de la colonización. Son medios de presión y castigo económicos, es cierto, pero, al menos en la misma medida, ritos del sacrificio de la colonización. Hasta llegar a los días atroces en que el furor del colonizador y la exasperación del

colonizado, culminando en odio, se descargan en locuras sanguinarias. Y luego recomienza la existencia cotidiana, un poco más dramatizada, un poco más irremediabilmente contradictoria.

Es dentro de este contexto donde debe reubicarse la xenofobia e inclusive cierto racismo del colonizado.

Considerado en bloque como *ellos, aquéllos o los otros*, siendo diferente desde todo punto de vista, homogeneizado dentro de una radical heterogeneidad, el colonizado reacciona rechazando en bloque a todos los colonizadores. E inclusive, a veces, a todos los que se les parecen, a todo el que no es un oprimido como él. La distinción entre hecho e intención no tiene demasiada significación en la situación colonial. *Para el colonizado, todos los europeos de las colonias son colonizadores de hecho*. Y quieranlos ellos o no, lo son por algún lado: por su situación económica de privilegiados, por su pertenencia al sistema político de la opresión, por su participación en un complejo afectivo negador del colonizado. Por otra parte, en último extremo, los europeos de Europa son colonizadores en potencia: les bastaría con desembarcar. Quizás inclusive saquen algún beneficio de la colonización. Son solidarios, o al menos cómplices inconscientes de esta gran agresión colectiva de Europa. Intencionalmente o no, contribuyen con todo su peso a perpetuar la opresión colonial. Finalmente, si la xenofobia y el racismo consisten en culpar globalmente a todo un grupo humano, en condenar *a priori* a cualquier individuo de ese grupo, adjudicándole un ser y un comportamiento irremediabilmente fijo y nocivo, el colonizado es, en efecto, xenófobo y racista; ha llegado a serlo.

Todo racismo y toda xenofobia son mistificaciones de sí mismo y agresiones absurdas e injustas hacia los otros. Incluidos los que caracterizan al colonizado. Con mayor razón, desde que se extienden más allá de los colonizadores, a todo aquel que no es rigurosamente colonizado; hasta entregarse,

por ejemplo, al regocijo por las desgracias de otro grupo humano porque no es un grupo esclavo. Pero se debe destacar al mismo tiempo que el racismo del colonizado es resultado de una mistificación más general: la mistificación colonialista.

Al ser considerado y tratado separadamente por el racismo colonialista, el colonizado termina por aceptarse como segregado, por aceptar esta división maniquea de la colonia y, por extensión, del mundo entero. Definitivamente excluido de una mitad del universo, ¿cómo no sospechar de ella que ratifica su condena? ¿Cómo no juzgarla y condenarla a su vez? En resumen, el racismo del colonizado no es ni biológico ni metafísico, sino social e histórico. No se halla basado en la creencia en la inferioridad del grupo detestado, sino sobre la convicción, y en buena medida sobre la comprobación, de que ese grupo es definitivamente agresor y perjudicial. Más aún, si el racismo europeo moderno odia y desprecia más de lo que teme, el del colonizado teme y sigue admirando. En pocas palabras, no es un racismo de agresión sino de defensa.

De modo que debería ser relativamente fácil de templar. Las pocas voces europeas que se han elevado estos últimos años para negar esta exclusión, esta radical inhumanidad del colonizado, han hecho más que todas las buenas obras y toda la filantropía en las cuales la segregación se mantenía subyacente. Es por eso que puede sostenerse esta aparente enormidad: si la xenofobia y el racismo del colonizado contienen, seguramente, un inmenso resentimiento y una evidente negatividad, pueden ser el preludio de un movimiento positivo: la autorrecuperación del colonizado.

La autoafirmación

Pero al comienzo, la reivindicación colonizada adopta este rostro diferencial y replegado en sí mismo: se halla estrecha-

mente delimitada, condicionada por la situación colonial y las exigencias del colonizador.

El colonizado se acepta y se afirma, se reivindica con pasión. Pero ¿quién es? Con seguridad no el hombre en general, portador de los valores universales, comunes a todos los hombres. Precisamente ha sido excluido de esta universalidad, tanto en el plano verbal cuanto en los hechos. Por el contrario, se ha investigado y endurecido hasta la sustantificación lo que lo diferencia de los demás hombres. Se le ha demostrado con orgullo que no podría nunca asimilarse a los otros; se lo ha empujado con desprecio hacia aquello que en él sería inasimilable por los demás. ¡Y bien, sea! Es, será, aquel hombre. La misma pasión que le hacía admirar y absorber Europa, le hará afirmar sus diferencias, dado que esas diferencias, finalmente, lo constituyen, constituyen propiamente su esencia.

Entonces el joven intelectual que había roto con la religión, al menos interiormente, y comía durante el Ramadán, comienza a ayunar ostentadamente. Él, que consideraba los ritos como inevitables cargas familiares, los reintroduce en la vida social, les otorga un lugar en su concepción del mundo. Para utilizarlos mejor, reexplica los mensajes olvidados, los adapta a las exigencias actuales. Descubre, por lo demás, que el hecho religioso no es sólo una tentativa de comunicación con lo invisible, sino un extraordinario lugar de comunión para el grupo entero. El colonizado, sus jefes y sus intelectuales, sus tradicionalistas y sus liberales, todas las clases sociales, pueden reencontrarse allí, resoldarse allí, verificar y recrear su unidad. Es cierto que es considerable el riesgo de que el medio se torne en fin. Al acordar tanta atención a los viejos mitos, al rejuvenecerlos, los revivifica peligrosamente. Reencuentran así una fuerza inesperada que los hace escapar de los designios limitados de los jefes colonizados. Se asiste a un verdadero resurgir religioso. Sucede inclusive que el aprendiz de hechicero, intelectual o burgués liberal, para quien el laicismo parecía condi-

ción de todo progreso intelectual y social, retome el gusto por esas tradiciones desdeñadas que su máquina doblegaba...

Todo esto, por lo demás, que parece tan importante a los ojos del observador externo, que quizá lo es para la salud general de un pueblo, es en el fondo secundario para el colonizado. De ahora en adelante ha descubierto el principio motor de su acción, el que ordena y valoriza todo lo demás: se trata de afirmar a su pueblo y de afirmarse solidario con él. Ahora bien: su religión es evidentemente uno de los elementos constitutivos de ese pueblo. En Bandung, para incómodo asombro de los izquierdistas del mundo entero, uno de los dos principios fundamentales de la conferencia fue la religión.

Del mismo modo, el colonizado no conocía su idioma sino bajo la forma de un habla indigente. Para salir de lo cotidiano y lo afectivo más elemental, debía dirigirse a la lengua del colonizador. Al regresar a un destino autónomo y separado, vuelve de inmediato a su propia lengua. Se le hace notar irónicamente que su vocabulario es limitado, su sintaxis bastardeada, que causaría risa oír un curso de matemática superior o de filosofía en ese idioma. Inclusive el colonizador de izquierda se sorprende por esta impaciencia, por este desafío inútil, finalmente más costoso para el colonizado que para el colonizador. ¿Por qué no seguir empleando las lenguas occidentales para describir los motores o enseñar lo abstracto?

Allí de nuevo, existen para el colonizado de ahora en adelante cosas más urgentes que las matemáticas y la filosofía, e inclusive que la técnica. Es necesario restituir a ese movimiento de redescubrimiento de sí de todo un pueblo, la herramienta más apropiada, la que encuentra el camino más corto hacia su alma, porque le llega directamente. Y ese camino, sí, es el de las palabras de amor y de ternura, de cólera e indignación, las palabras que emplea el alfarero al hablar a sus cacharros y el zapatero a sus suelas. Más tarde la enseñanza, más tarde las letras y las ciencias. Ese pueblo ha aprendido suficientemente

a esperar... ¿Y es acaso seguro, por lo demás, que ese idioma hoy balbuceante, no podrá abrirse y enriquecerse? Desde ya, gracias a él, descubre tesoros olvidados, entrevé una posible continuidad con un pasado no desdeñable... Vamos, ¡basta de dudas y medidas insuficientes! Por el contrario, hay que saber romper, hay que saber arremeter hacia adelante. Elegirá inclusive la mayor dificultad. Llegará hasta prohibirse las comodidades suplementarias de la lengua colonizadora; la reemplazará tan a menudo y tan rápidamente como pueda. Entre el habla popular y la lengua culta, preferirá la culta, arriesgando con su impulso tornar más difícil la comunión buscada. Lo importante ahora es reconstruir a su pueblo, cualquiera fuere su naturaleza auténtica, rehacer su unidad, comunicarse con él y sentirse miembro de él.

Cualquiera fuere el precio que debiera pagar por eso el colonizado, y contra los demás si fuere preciso. De este modo será nacionalista y no, con toda seguridad, internacionalista. Es claro que, al hacerlo, arriesga volcarse en el exclusivismo y en el chauvinismo, contentarse con lo más limitado, oponer la solidaridad nacional a la solidaridad humana e inclusive la solidaridad étnica a la solidaridad nacional. Pero esperar del colonizado, que ha sufrido tanto el no existir por sí mismo, que sea abierto al mundo, humanista e internacionalista, parece una ligereza cómica. Cuando todavía está ocupado en recobrase, en mirarse con asombro, cuando aún reivindica apasionadamente su lengua... usando para ello la del colonizador.

Es notable, por lo demás, que será tanto más ardiente en su afirmación cuanto más se haya alejado hacia el colonizador. ¿Es acaso una coincidencia que tantos jefes colonizados hayan contraído matrimonios mixtos? ¿Que el líder tunecino Bourguiba, los dos líderes argelinos Messali-Hadj y Ferhat Abbas, que varios otros nacionalistas que han consagrado sus vidas a guiar a los suyos se hayan casado entre los colonizadores? Habiendo llevado adelante la experiencia del colonizador hasta

sus límites vividos, hasta hallarla imposible de ser vivida, se han replegado a sus bases. Aquel que nunca ha dejado su país ni a los suyos, nunca sabrá hasta qué punto está ligado a ellos. Ahora ellos saben que su salvación coincide con la de su pueblo, que deben mantenerse lo más cerca posible de él y de sus tradiciones. No está prohibido agregar la necesidad de justificarse, de redimirse a través de una sumisión completa.

Las ambigüedades de la autoafirmación

Pueden verse, al mismo tiempo que su necesidad, las ambigüedades que entraña esta autorrecuperación. Si bien la rebelión del colonizado es en sí misma una actitud clara, su contenido puede ser turbio: es que esa rebelión es el resultado inmediato de una situación poco límpida, la situación colonial.

1. Al recoger el desafío de la exclusión, el colonizado se acepta como segregado y diferente, *pero su originalidad es la delimitada y definida por el colonizador.*

En consecuencia, es religión y tradición, ineptitud para la técnica, una esencia particular llamada oriental, etcétera... Sí, eso está bien, conviene. Un autor negro se esforzó por explicarnos que la *naturaleza* de los negros, los suyos, no es compatible con la civilización mecanizada. Y se enorgullecía de ello. En resumen: sin duda provisoriamente, el colonizado admite que posee este rostro de sí mismo propuesto e impuesto por el colonizador. Se recupera, pero *continúa suscribiendo la mistificación colonizadora.*

Ciertamente que no es llevado a ello por un proceso puramente ideológico; no es que sea sólo *definido* por el colonizador, sino que su situación *la hizo* la colonización. Es evidente que vuelve a hacer suyo a un pueblo carenciado, en su cuerpo y en su espíritu, en su *tono*. Regresa a una historia poco gloriosa y corroída por espantosos agujeros, a una cultura mori-

bunda que pensaba abandonar, a tradiciones congeladas, a un idioma enmohecido. La herencia que termina por aceptar está gravada por un pasivo que descorazonaría a cualquiera. Debe avalar los billetes y los pagarés, y los pagarés son numerosos e importantes. Por otra parte, es un hecho que las instituciones de la colonia no funcionan directamente para él. El sistema educativo no se dirige a él sino por carambola. Las rutas no le están abiertas sino porque son gratuitas.

Pero le parece necesario, para llegar hasta el fin de su rebelión, aceptar esas interdicciones y mutilaciones. Se prohibirá el empleo del idioma colonizador, inclusive si todas las cerraduras del país funcionaran con esta llave; cambiará los tableros y los mojones indicadores en las rutas, aun siendo él el primer confundido. Preferirá un largo período de errores pedagógicos a dejar en su lugar los cuadros escolares del colonizador. Elegirá el desorden institucional para destruir más rápidamente las instituciones construidas por el colonizador. Hay en ello, es cierto, un impulso reactivo de profunda protesta. De este modo no deberá ya nada al colonizador, habrá roto definitivamente con él. Pero se trata también de la convicción confusa, y mistificadora, de que todo eso *pertenece al colonizador y no es adecuado para el colonizado*: es exactamente lo que el colonizador afirmó siempre. En pocas palabras: el colonizado que se rebela comienza por *aceptarse y quererse como negatividad*.

2. Al tornarse esta negatividad un elemento esencial de su autorrecuperación y de su combate, la afirmará y glorificará hasta lo absoluto. No sólo aceptará sus arrugas y llagas, sino que las proclamará bellas. Al asegurarse de sí mismo, al proponerse al mundo tal como es de ahora en adelante, difícilmente puede al mismo tiempo proponer su propia crítica. Si bien sabe repudiar con violencia al colonizador y a la colonización, no parte de lo que es verdaderamente y de lo que ha adquirido desastrosamente en el curso de la colonización. Se propone íntegramente, se confirma globalmente, es decir, co-

mo ese colonizado que a pesar de todo ha llegado a ser. De un golpe, exactamente al revés de la acusación colonialista, el colonizado, su cultura, su país, todo lo que le pertenece, todo lo que lo representa, se torna *perfecta positividad*.

En definitiva, vamos a encontrarnos frente a una *contrami-tología*. Al mito negativo, impuesto por el colonizador, sucede un *mito positivo* de sí mismo, propuesto por el colonizado. Del mismo modo que existe, según parece, un mito positivo del proletario, opuesto a su negativo. Si se escucha al colonizado, y a menudo a sus amigos, todo es bueno, todo debe conservarse, en sus costumbres y tradiciones, sus actos y proyectos; inclusive lo anacrónico o lo desordenado, lo inmoral o lo equivocado. Todo se justifica desde que todo se explica.

La autoafirmación del colonizado, nacida de una protesta, continúa definiéndose con relación a ella. *En plena rebelión, el colonizado sigue pensando, sintiendo y viviendo en contra de (y en consecuencia con relación a) la colonización y el colonizador*.

3. El colonizado presiente todo eso, lo revela en su conducta, lo confiesa a veces. Al darse cuenta de que sus actitudes son esencialmente reactivas, comienzan a afectarlo la mayor parte de las inquietudes de la mala fe.

Inseguro de sí mismo, se confía a la ebriedad del furor y de la violencia. Inseguro de la necesidad de ese regreso al pasado, lo reafirma agresivamente. Inseguro de poder convencer de ello a los demás, los provoca. Provocativo y susceptible al mismo tiempo, de ahora en adelante hace alarde de sus diferencias, rehúsa dejarse olvidar como diferente y se indigna cuando se alude a ello. Sistemáticamente desconfiado, supone en su interlocutor intenciones hostiles, considerándolas ocultas si no están expresadas, y reacciona en función de ellas. Exige de sus mejores amigos una aprobación sin límites, inclusive que se apruebe aquello de lo que él mismo duda y lo que condena. Frustrado por la historia durante tan largo tiempo, reclama-

ma ahora tanto más imperiosamente cuanto que permanece siempre inquieto. No sabe ya qué se debe a sí mismo y qué puede pedir, qué le deben los demás verdaderamente y qué debe pagar en cambio; en fin, la medida exacta de todo comercio humano. Complica y estropea *a priori* sus relaciones humanas a las que ya la historia ha tornado tan difíciles. “¡Ah!, ¡están enfermos! —escribía otro autor negro—, ¡están todos enfermos!”

La dislocación interior

Tal el drama del hombre producto y víctima de la colonización: no alcanza casi nunca a coincidir consigo mismo.

La pintura colonizada, por ejemplo, se balancea entre dos polos: de una sumisión a Europa, lindante con la impersonalidad por sus excesos, pasa a un regreso a los orígenes tan violento que resulta nocivo y estéticamente ilusorio. De hecho, no encuentra la adecuación, y la puesta en cuestión de sí mismo continúa. Tanto durante como antes de la rebelión, el colonizado no deja de tener en cuenta al colonizador, como modelo o antítesis. Continúa debatiéndose contra él. Estaba desgarrado entre lo que era y lo que hubiera querido ser, y lo vemos ahora desgarrado entre lo que hubiera querido ser y aquello en que se convierte. Pero persiste su dolorosa dislocación interna.

Para ver la curación completa del colonizado es necesario que cese totalmente su alienación: es preciso esperar la desaparición *completa* de la colonización, es decir, incluido el período de la rebelión.

Conclusión

No ignoro que el lector espera ahora soluciones: tras el diagnóstico, exige la medicación. En realidad no era ése mi propósito inicial y este libro debía detenerse aquí. No lo había concebido como obra de combate ni siquiera como una búsqueda de soluciones: nació de una reflexión acerca de un fracaso aceptado.

Para muchos de nosotros, que rechazamos el rostro de Europa en las colonias, no se trataba en absoluto de rechazar a Europa por completo. Deseábamos solamente que reconociera nuestros derechos, del mismo modo que estábamos dispuestos a aceptar nuestros deberes, del mismo modo que, en la mayoría de los casos, ya lo habíamos hecho. Deseábamos, en resumen, una simple *reparación* de nuestra situación y de nuestras relaciones con Europa. Con dolorosa sorpresa hemos descubierto y comprobado lentamente que tal esperanza era ilusoria. He querido entender y explicar por qué. Mi designio inicial no era sino reproducir, *completa y realmente*, los retratos de los dos protagonistas del drama colonial y de la relación que los unía.

Nunca se había mostrado, me parece, la *coherencia* y la *génesis* de cada rol, la génesis del uno por el otro y la coherencia de la *relación colonial*, la génesis de la relación colonial a partir de la *situación colonial*.

Luego, ya en camino, se me aparecieron simultáneamente la *necesidad* de esta relación, la necesidad de sus desarrollos, los rostros necesarios que imprimía al colonizador y al colonizado. En resumen, la lectura completa y atenta de esos dos retratos y de esta situación me ha obligado a esta conclusión: *Ese aco-*

modamiento, esa reparación, no podían producirse porque eran imposibles. La colonización contemporánea llevaba en sí misma su propia contradicción, la que tarde o temprano debía producir su muerte.

Entiéndaseme bien: no se trata en absoluto de un *augurio* sino de una *comprobación*. La confusión entre esos dos conceptos me parece demasiado frecuente hoy, y de las más perniciosas. Sin embargo, separa radicalmente todo pensamiento serio y objetivo de las proyecciones sentimentales o de las engañosas demagógicas a las que se libran demasiado habitualmente los políticos sin darse demasiada cuenta (sea esto dicho en su descargo). Seguramente no existe el fatalismo en política: a menudo una situación puede rectificarse. Pero precisamente en la medida en que el augurio no sobrepase las exigencias de la comprobación objetiva. Ahora bien: lo que aparece al finalizar este itinerario —si estos dos retratos son conformes a la verdad de sus modelos— es que es imposible que la situación colonial perdure, porque es imposible repararla.

Sucede simplemente que toda revelación es, en definitiva, eficaz; que toda verdad es, en definitiva, útil y positiva; aunque sólo fuera porque suprime ilusiones. Lo que se hace evidente aquí, cuando se piensa en los esfuerzos desesperados de Europa para salvar la colonización, tan costosos para ella como para los colonizados.

¿Puedo agregar que, una vez hecha esta revelación, y admitida la crueldad de la verdad, las relaciones entre Europa y sus antiguas colonias deben reconsiderarse? ¿Que una vez abandonados los marcos coloniales, es importante para todos nosotros que descubramos una manera nueva de vivir esas relaciones? Me encuentro entre aquellos para quienes reencontrar un orden nuevo con Europa es volver a poner orden en sí mismos.

Una vez dicho esto, sigo deseando que el lector distinga ese *balance* humano de la colonización de las *lecciones* que me parece posible extraer del mismo. Sé que tendría que reclamar

a menudo que se me leyera antes de refutarme. Pero deseo un esfuerzo suplementario: que el que se oponía *a priori* a las enseñanzas de esta investigación no se niegue a esta precaución metodológica pero saludable. Verá luego si cabe admitir la necesidad de las siguientes conclusiones:

1. Aparece, en definitiva, que el colonizador es una enfermedad del europeo, de la cual debe curárselo *completamente* y preservarlo. Y ciertamente existe un drama del colonizador que sería absurdo e injusto subestimar. Pues su curación supone una terapéutica difícil y dolorosa, una extirpación y refundición de sus condiciones actuales de existencia. Pero se ha visto lo suficiente que el drama existe igualmente, aún más grave, si la colonización continúa.

La colonización no podía sino desfigurar al colonizador. Lo ubicaba frente a una alternativa cuyas dos salidas eran igualmente desastrosas: entre la injusticia cotidiana aceptada para su beneficio y su autosacrificio necesario y nunca consumado. Tal es la situación del colonizador, que si la acepta se pudre en ella, y si la rechaza, se niega a sí mismo.

El papel del colonizador de izquierda es insostenible por un largo tiempo, es imposible de vivir. No puede sino ser de mala conciencia y de desgarramiento, y finalmente de mala fe, si se perpetúa. Siempre al borde de la tentación y de la vergüenza, y en definitiva culpable. El análisis de la situación colonial por el colonialista, y su conducta derivada del mismo, son más coherentes y quizá más lúcidos: *pues precisamente él ha actuado siempre como si fuera imposible una reparación de la situación*. Al comprender que toda concesión lo amenazaba, confirma y defiende absolutamente el hecho colonial. Pero ¿qué privilegios, qué ventajas materiales merecen que se pierda el alma por ellos? En resumen: si bien la aventura colonial es gravemente perjudicial para el colonizado, no puede sino resultar seriamente deficitaria para el colonizador.

Por supuesto que no se han dejado de imaginar transforma-

ciones en el interior del sistema colonial que conservarían para el colonizador las ventajas adquiridas, preservándolo de sus desastrosas consecuencias. Se olvida solamente que la naturaleza de la relación colonial se deriva inmediatamente de esas ventajas. Dicho de otro modo: o la situación colonial subsiste y sus efectos continúan, o desaparece, y con ella, el colonizador y la relación colonial. Así sucede al menos con dos propuestas, una radical en el mal, la otra radical en el bien (o tenida por tal): la exterminación del colonizado o su asimilación.

No hace tanto tiempo que Europa abandonó la idea de la posibilidad de la exterminación total de un grupo colonizado. Una humorada, dicha medio en serio y medio en broma, afirmaba respecto de Argelia: "Existen sólo nueve argelinos por cada francés... bastaría con dar a cada francés un fusil y nueve balas". Se evoca también el ejemplo norteamericano. Y realmente, la famosa epopeya nacional del Lejano Oeste se parece mucho a una masacre sistemática. Pero del mismo modo, ya no existe un problema indio en los Estados Unidos. La exterminación no salva en absoluto a la colonización sino más bien todo lo contrario. La colonización es, en primer lugar, una explotación económico-política. Si se suprime al colonizado, la colonia se tornará un país cualquiera, lo escucho a menudo, pero ¿quién habrá de explotarlo? *Junto con el colonizado, desaparecería la colonización, colonizador incluido.*

En cuanto al fracaso de la asimilación, no me regocija particularmente. Tanto más cuanto que esta solución tiene un aroma universalista y socialista que la torna respetable *a priori*. No digo siquiera que sea imposible en sí misma, por definición; a veces ha tenido éxito históricamente, así como ha fracasado a menudo. Pero está claro que nadie la ha deseado expresamente en la colonización contemporánea, ni siquiera los comunistas. Ya me he explayado bastante al respecto. Pero además, he aquí lo esencial: *también la asimilación es lo contrario de la colonización*; ello desde que tiende a confundir

colonizadores y colonizados, y en consecuencia a suprimir los privilegios, en consecuencia la relación colonial.

Dejo de lado las seudosoluciones menores. Por ejemplo, la de quedarse en la colonia convertida en independiente, luego como extranjeros, pero con derechos especiales. ¿Quién puede dejar de ver, además de la incoherencia jurídica de construcciones semejantes, que todo eso está destinado a ser carcomido por la historia? No se ve tampoco en absoluto por qué el recuerdo de injustos privilegios bastaría para garantizar su perennidad.

Finalmente, parece que dentro del marco de la colonización no hay salvación para el colonizador.

Razón de más, se dirá, para que se aferre, para que rechace todo cambio: puede, en efecto, aceptarse como monstruo, aceptar su alienación por sus propios intereses. Pero no es ni siquiera así. Si se niega a dejar su lucrativa enfermedad, será constreñido a ello tarde o temprano por la historia. Porque, no lo olvidemos, existe otra cara del díptico: un día será constreñido a ello por el colonizado.

2. Llega necesariamente un día en que el colonizado levanta la cabeza y sacude el equilibrio siempre inestable de la colonización.

Porque, igualmente para el colonizado, no existe otra salida que el fin total de la colonización. Y el rechazo del colonizado no puede sino ser *absoluto*, es decir, no sólo *rebelión*, sino superación de la rebelión, es decir, *revolución*.

Rebelión: la simple existencia del colonizador crea la opresión y sólo la liquidación total de la colonización permite la liberación del colonizado. Se ha esperado demasiado de las reformas últimamente, por ejemplo, del burguismo. Me parece que hay en esto un equívoco. El burguismo, si significa proceder por etapas, nunca significó contentarse con una sola etapa, cualquiera fuere. Los jefes negros hablan actualmente de Unión Francesa. Ello no es sino una etapa en el camino de la

independencia completa, por lo demás inevitable. Si Burguiba creyera en ese burguismo que se le adjudica, o si los jefes de África del Norte creyeran en una Unión Francesa definitiva, el proceso de liquidación de la colonización los dejaría por el camino. Ya los menores de treinta años no comprenden la relativa moderación de sus mayores.

Revolución: se ha destacado que la colonización materialmente mataba al colonizado. Es preciso agregar que lo mata espiritualmente también. La colonización falsea las relaciones humanas, destruye o esclerotiza las instituciones y corrompe a los hombres, colonizadores y colonizados. El colonizado necesita suprimir la colonización para vivir. Pero para convertirse en hombre, necesita suprimir al colonizado que ha llegado a ser. Si el europeo debe aniquilar en sí al colonizador, el colonizado debe superar al colonizado.

La liquidación de la colonización no es sino un preludio a su liberación completa: a su autorreconquista. Para liberarse de la colonización le fue preciso partir de su misma opresión, de las carencias de su grupo. Para que su liberación sea completa, es necesario que se libere de esas condiciones, ciertamente inevitables en su lucha. Nacionalista, porque debía luchar por la emergencia y la dignidad de su nación, será preciso que se conquiste libre frente a frente con esta nación. Por supuesto que podrá confirmarse como nacionalista. Pero es indispensable que sea libre de elegirlo y no que exista sólo por su nación. Será preciso que se conquiste libre frente a frente con la religión de su grupo, a la que podrá conservar o rechazar, pero debe cesar de existir sólo por ella. Del mismo modo con respecto al pasado, lo étnico, etcétera... En resumen: debe cesar de definirse por las categorías colonizadoras. Del mismo modo respecto de lo que lo caracteriza negativamente. La famosa y absurda oposición Oriente-Occidente, por ejemplo; esta antítesis consolidada por el colonizador que instauraba así una barrera definitiva entre el colonizado y él. ¿Qué significa entonces

el regreso al Oriente? Si bien la opresión tomó el rostro de Inglaterra o de Francia, las adquisiciones culturales y tecnológicas pertenecen a todos los pueblos. La ciencia no es ni occidental ni oriental, no más de lo que no es burguesa ni proletaria. No hay sino dos formas de verter el hormigón: la correcta y la incorrecta.

¿En qué habrá de convertirse entonces? ¿Qué es en realidad el colonizado?

No creo ni en la esencia metafísica ni en la esencia caracterológica. Actualmente puede describirse al colonizado; he intentado mostrar que sufre, juzga y se conduce de cierta manera. Si deja de ser este ser de opresión y de carencias externas e internas, dejará de ser un colonizado, devendrá *otro*. Existen evidentemente permanencias geográficas y de tradiciones. Pero entonces quizá habrá menos diferencias entre un argelino y un marsellés que entre un argelino y un libanés.

Una vez reconquistadas todas sus dimensiones, el ex colonizado habrá llegado a ser un hombre como los demás. Con toda la suerte y la desgracia de los hombres seguramente, pero, por fin, será un hombre libre.

Túnez-París, 1955-1956.

Índice

Nota del editor a la segunda edición francesa	7
Prefacio del autor a la edición de 1966	9
Prólogo de <i>Jean-Paul Sartre</i>	21
 <i>Retrato del colonizador</i>	
1. ¿Existe el colonial?	29
2. El colonizador que se niega	43
3. El colonizador que se acepta	65
 <i>Retrato del colonizado</i>	
1. Retrato mítico del colonizado	91
2. Situación del colonizado	101
3. Las dos respuestas del colonizado	125
 <i>Conclusión</i>	 143